

LE BAIN, cuadro de C. H. Gléze.

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA

::: ARTE, CRITICA Y LITERATURA :::

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD

Nº 108

20 cts.

EDITORIAL CLARIDAD

DIRECTOR
ANTONIO ZAMORA

SUMARIO

PUBLICACIONES:

LOS PENADORES

BIBLIOTECA CIENTIFICA

LOS NUEVOS

CLASICOS DEL AMOR

BIBLIOTECA COSMOS

LOS POETAS

EDICIONES POPULARES

LIBROS Y REVISTAS

Dirija toda la correspondencia a

EDITORIAL CLARIDAD

CASILLA DE CORREO

736

Buenos Aires

Reseñas	<i>El serpe de la vida por su su (sumarios).</i>
Amo Rosales	<i>La Vida (novela).</i>
Mariano Barrios	<i>El...</i>
Luis María Barrios	<i>La vida del serpe.</i>
Juan Antonio Barrios	<i>Unos y otros: El diputado Patricio Pardo.</i>
Bernardo J. Lora	<i>El serpe.</i>
David Alvarado	<i>Reseñas.</i>
Humberto C. Barrios	<i>Tres mujeres criollas.</i>
Mario Barrios	<i>Reseñas.</i>
Luis Tizabi	<i>El serpe vivo.</i>
M. Barrios	<i>La importancia de la obra de la vida.</i>
Juan de Dios	<i>La evolución biológica y sus bases.</i>
Antonio Barrios	<i>Las bases biológicas.</i>
Juan Barrios	<i>Las producciones argentinas: El serpe.</i>
Antonio Barrios	<i>Comentarios.</i>
Juan Barrios	<i>Reseñas.</i>
Humberto Barrios	<i>La vida y la obra.</i>
W. Francisco Pardo	<i>La evolución biológica.</i>
Juan Pedro Pardo	<i>Reseñas.</i>
Reseñas	<i>Los libros científicos.</i>
Tomas J. Barrios	<i>El serpe científico.</i>
J. María de Pardo	<i>Los libros científicos.</i>
Antonio Pardo	<i>El serpe de la vida.</i>
Luis V. Barrios	<i>Una evolución a los serpes Argentinas.</i>
Antonio Guzmán Barrios	<i>La evolución biológica en Argentina.</i>
Mario Barrios	<i>Comentarios.</i>

Administración, Distribución, Venta única de
revistas, etc.



DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 736

Administración:
BOEDO 837
U. T. 4999 y 6197. Mitre
CAPITAL FEDERAL.

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
::: ARTE, CRITICA Y LITERATURA :::
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD
APARECE EL 2.º Y 4.º MARTES DE CADA MES

SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países
de la convención postal
AÑO . . . \$ 5.- M/N
SEMESTRE " 2.50 "
En los demás países
AÑO . . . \$ 3.- ORO
CADA EJEMPLAR 20 CTS.

AÑO IV

Buenos Aires, Marzo 24 de 1925

Núm. 108

AL MARGEN DE LA VIDA QUE PASA...

Punto final

Ya hemos hablado demasiado de los llamados poetas. Pero, no queremos cerrar el ciclo de nuestros sueltos, sin colocar antes en su sepulcro, algo así como una lápida funeraria. Queremos echar el resto y punto final. Después, haremos el juramento de no volver a reincidir en el asunto. Dijimos que aquí no había poetas, sino, versificadores. Buenos y malos, pero versificadores al fin. Conocedores expertos de la métrica. Especies de cotorras literarias más o menos huecas, más o menos híbridas e inocuas. Dijimos que era fácil distinguir a un versificador nativo, de un poeta como Edgar Poe para no citar otros. Y vayan ahora unos cuantos ejemplos. Los versificadores, gracias a su inapreciable paciencia para ensartar frases y rebuscar rimas, llegan a veces a conquistar gloria y fama. Pero, esto le dura poco: diez o veinte años. No hay versificador que traspase una cantidad determinada y exigua de años en el espacio de la historia. Todos mueren a plazo fijo. En 1945 no quedará en pie un solo ladrillo del edificio de nuestra lírica. Todos los versificadores tienen los días contados. Unos mueren en vida, otros mueren, cuando mueren... El caso de Guido y Spano es un ejemplo de muerte natural acaecida después de su muerte... ¿Quién se acuerda de Guido y Spano? Los niños de las escuelas de afásicos y retardados... La gloria de nuestros versificadores es trágicamente efímera. Hace diez años no se discutía el valor de Ghirardo, Angel Falco, Armando Vasseur, Torcuato Blak, sin mencionar a Evaristo Carriego y Almafuerte, a quienes hoy el público no lee como antes. Preguntemos: ¿qué es de la vida de Roberto de las Carreras, Angel Falco, Alberto Ghirardo, Torcuato Blak, etc.? ¿Dónde están esas lumbreras? Han muerto. Es decir: algunos viven. ¿Cómo viven? ¡Ah, vaya a saber cómo viven! Si, cómo viven los que han muerto en vida. Sólo sabemos decir que Torcuato Blak es comisario radical. De anarquista lírfobo pasó a ser rompe-huelgas peludista. No nos extendemos mucho sobre este punto en obsequio a que puede enviarnos un vigilante con machete y todo a la redacción.

¿Y a qué se debe esta mortandad horrible y prematura de nuestros versificadores? Se debe, en primer término a que simulan una inteligencia que naturalmente no poseen. Engañan al público un año, dos, diez y al final se los descubre. Se debe también a que hablan el idioma de

una época. Cada época o ciclo tiene una jerga idiomática propia y artificiosa que nada tiene que ver con el idioma universal. Cualquier época, sin embargo, por más *romas* que sea, comprende el idioma universal. Ese idioma que hablan los poetas de verdad. El poeta no aparece el año tal o cual para satisfacer los caprichos lunfardos o gongorianos de la nación cual o tal. No es tampoco una cotorra que aprende lo que su patrón le enseña. El poeta, surge del fondo de los siglos como un fantasma o un aparecido. Habla el idioma de todos los tiempos que no está escrito en ninguna parte, y no se sujeta a los cánones de ninguna época. No habla para cuatro o cinco papanatas que duran diez o veinte años. El poeta, es algo así como la trasmigración de un alma que ha atravesado el osario de todos los siglos. Tiene algo de resucitado. Y trae siempre nuevas para la vieja humanidad. Su voz tiene un timbre extraño e inconfundible: una vez que uno la escucha no la olvida jamás.

Con los versificadores ocurre lo contrario: se los escucha una eternidad y se los olvida a los cinco minutos. ¿Para qué gastan la garganta, tinta, papel y sacrificar a tantos obreros en la confección de tantos libracos inútiles? ¿Para qué: si a la vuelta de diez o veinte años, todo, todo eso, desaparecerá para siempre, para no volver nunca más? ¿O es que no saben esto? Probablemente, nuestros versificadores, no lo saben. Ocurre que todos saben que el enfermo se va a morir, todos, menos el enfermo. Y si alguien se lo dijera, el propio enfermo no lo creería.

Amén.

Pobres los panaderos

Pobrecitos los panaderos, están que se los lleva el diablo porque se ven obligados a vender al peso exacto.

La cosa está bien clara; el pueblo es un dragón hambriento y ellos, pobres víctimas, tienen que darle pan a precio reducido. ¡Y cuidado que el pueblo tiene gustos refinados! Quiere comer pan de primera y pagarlo como de segunda.

Esto dicen los pobrecitos patrones panaderos. Después de todo, agregan, si el pan les parece caro, que no lo coman.

Todavía se podía ir tirando y hasta se hubiera podido abaratar el pan, dando de menos en el peso exacto no se podrá vivir.

Pobrecitos los patrones panaderos!

Debe destituirse al comisario Ferro

Se trata de un funcionario incompetente y abusador, a cargo de la sección 22, que comprende a una zona importantísima.

El comisario Ferro debe ser separado de su cargo inmediatamente, si es que se lo permiten al Jefe de Policía, los padrinos políticos que han conseguido el puesto al tiranuelo en cuestión.

De su incompetencia dan fe los innumerables sumarios que por accidentes del trabajo se instruyen a diario en su comisaría, ninguno de los cuales ha podido ser utilizado por los obreros accidentados en sus reclamaciones, por deficiencia, error, desidia y maliciosa despreocupación.

Algunos obreros portuarios nos han informado a este respecto y lamentamos no poder concretar los hechos porque todos ellos viven en jurisdicción de esa comisaría y se veían objeto de represalias.

El comisario Ferro es un hombre semianalfabeto, si bien es cierto que los funcionarios policiales de su categoría no le aventajan gran cosa.

Muchos obreros deben a este comisario una reputación inmerecida. Con una falta de tacto propia de un vigilante provincial, echó sombras sobre muchos hombres honrados.

Recuérdese sino el caso del robo de relojes en el galpon 30. del dique 4, donde hizo perder el empleo a dos o tres peones, perjudicando su reputación.

Uno de ellos estuvo diez y seis horas sin probar bocado, al solo objeto de prestar declaración.

El comisario Ferro, no tiene maneras, ni tiene la educación que su puesto requiere.

A una persona inteligente se le puede perdonar que sea malcriada; pero esta debe ser condición indispensable en un pelagatos que desempeña un puesto público.

El comisario Ferro grita, echa espumarajos, acude con harta frecuencia al adjetivo de grueso calibre y en esta forma trae atemorizado al personal a sus órdenes y los vecinos de su sección.

Un hombre que pasea por esos barrios mirando a la gente provocativamente, seguido de media docena de perros, no puede ser otro que el comisario Ferro.

De su educación dan una idea las repetidas denuncias que sobre el particular llueven a la jefatura. Hace dos años, el propio intendente de guerra, coronel Marcolosi hubo de observar al jefe de policía la conducta de su subordinado.

Pero el comisario Ferro sabe con quien se mete y en esa oportunidad metió el rabo entre las piernas.

No ocurre lo mismo cuando se trata de un simple ciudadano sin vinculaciones políticas. En la comisaría, donde representa un papel de tiranuelo, insulta, veja y atropella con toda impunidad.

A los delincuentes los hace golpear y los tiene quince o veinte días medios muertos de hambre. Algunos murieron luego de este inhumano tratamiento.

Ultimamente un hombre que comió en una fonda y no tenía dinero para pagar fue herido y ultrajado en esa sección.

El comisario Ferro que es tan celoso de las ordenanzas, recorre el barrio desde hace años en un ford con las luces apagadas.

En un tiempo se le dió por moralizar a los vigilantes que apresaran las parejas que iban a enamorarse a las plazas; incluso prohibió que se sentaran.

De manera que por obra y gracia de un simple comisario de policía se establecía al estado de sitio para los vecinos de San Telmo.

Algunas muchachas le deben el ser hoy día prostitutas. El fué el primero en ultrajar sus sentimientos haciéndolas llevar a la comisaría, interrogándolas con malicia, insultándolas con viles sospechas.

Pero, — ¡caso curioso! — este mismo comisario Ferro que moralizaba con el público, se aprovechaba de una pobre chica que vivía en un rancho de madera y zinc, en las calles Paseo Colón e Independencia, en el mismo sitio en que se halla el campamento de deportes de la Asociación Cristiana.

Las muchachas que se veían perseguidas por los vigilantes, encontraban al comisario embaucando a una humilde mujer.

De este hecho puede dar fé el vecindario.

Dos odios tiene metido bien adentro del alma el comisario Ferro: el odio al periodista y el odio al obrero.

Del odio al periodista dan buena cuenta los expedientes formados con tal motivo. Desde la detención de Antonio García Pintos, hasta la del reporter que dió poder al doctor Jaime González Bonorino para que lleve el asunto a los tribunales.

Para certificar el odio al obrero no hay más que preguntar a cualquier estibador, quien es el comisario Ferro.

— ¡Es un porro! — responderán invariablemente.

Con estos antecedentes ¿puede este hombre seguir desempeñando un cargo público? Si es así no hay más que ir en busca del "Petizo orejudo" y nombrarlo juez de paz.

¡Ojo!

Primo de Rívera — ¡otra vez! — debe estar a estas horas, sumido en hondas reflexiones, al enterarse por los cables que llegan a la península, del homenaje que en nuestro país se le ha tributado al "ciudadano de la humanidad", presidente Alessandri.

Y decimos que debe estar embargado en hondas meditaciones, porque a los tiranuelos de todas las épocas les preocupó la situación de sus colegas, aseverando al dicho popular: "cuando las barbas de tu vecino... etc... etc...".

El caso de Chile es una lección para los militares de capa y espada, que de un tiempo a esta parte se están destacando por su tendencia a apoderarse de los gobiernos.

¡Ojo, Marques de Estella; ojo, Musolini; ojo, Leguía... ¡ojo al cristo, que es de palo!

Murió Arcadio Averchenko

Arcadio Averchenko el humorista ruso, falleció en Praga, el 12 del mes que corre. Era un humorista de buena ley; un escritor de una inteligencia profunda y clara. No recurría al chiste, ni del contraste de situaciones ridículas surgía la comicidad de sus cuentos; en menos palabras: no se proponía ser humorista. Lo era porque de la observación directa de la vida un espíritu bondadoso desprende múltiples enseñanzas, en las que actúan, vivos personajes, ya risueños, ya tristemente ridículos. Y es que la inteligencia nos pinta caracteres, nos presenta almas y no hombres exteriormente diferentes y en sus almas todos los hombres tienen puntos de contacto hablen el chino o el castellano.

En la obra de Averchenko una especie de ternura, una fina melancolía suaviza las situaciones algunas veces grotescas de sus escritos. Pero casi siempre es la narración graciosa la que le atrae. Además hay en su obra otra cosa que un propósito puramente artístico. A menudo asoma la mano de un hombre bueno y generoso que desea el bien de sus semejantes en la crítica finamente velada de la organización social.

Los protagonistas de sus cuentos son casi siempre gente de la clase humilde. Con la pintura de estos seres, al par que nos regocija refiriéndonos sus costumbres y maneras torpes, nos emociona mostrándonos sus almas ingenuas y adoloridas.

Así como otros vieron en el alma del pueblo ruso y nos la presentaron en su trágica desnudez, hurgando en sus heridas, descubriendo el fondo de sus males y la causa de sus dolores, Averchenko, simple y risueño, melancólicamente risueño, nos relató el modo, la vida, los simples defectos, las llamadas virtudes de un pueblo que incubaba en su seno el máximo de las rebeliones.

No ahondó Averchenko en el carácter de sus personajes; pero, por especial particularidad de sus espíritus sabe ver tan bien en ellos que en pocos trazos ya andan a nuestro lado y son nuestros hermanos.

Quizás su obra hubiese sido más vasta si la muerte no le hubiese llamado; pero es ley de que muera el malo y el bueno, el que hizo reír y el que hizo llorar.

La libertad no es libre

El juez Ortega se metió en los dominios de los cirujas y salió más que corrido a balazos.

Nuestro amigo el atorrante se defendió como pudo. Con piedras, con palos, con armas. Lo que el ciruja quería es que le dejaran tranquilo en su barrio. Eso y nada más. ¿Y quienes eran los señorones de lentes, bien vestidos, bien calzados, que venían a inquietarlos sin ninguna razón? ¿Querían huesos; querían trapos? Entonces, ¿a que diablos o a que santos venían?

La colonia se revolucionó. Las mujeres se armaron de palos, de picas; los hombres sacaron a relucir unas armas que no relucían y se armó la de San Quintín.

Ahí tienes, amadísimo lector, lo que es la especie humana. El juez Ortega y el inspector Lugones, hijo, son dos incansables benefactores de la humanidad. Y con un criterio científico, muy científico, querían que los pequeños cirujas abandonaran la quema y fuesen a parar al reformatorio, de donde iban a salir, como de un baño lunar, probos y rectos.

Pero los cirujas entienden que la libertad es libre y prefieren seguir el entretenido oficio de traperos, que Gorki exaltó, que estar presos en el reformatorio empajando damajuanas, bajo la vara del encargado.

Y ahora bien: la libertad, ¿es libre?

¿Progresamos?

Amado lector: cada día que transcurre es un paso que damos hacia el progreso. Ahora que, el progreso queda en el mundo y nosotros nos hundimos irremisiblemente en la noche de los tiempos.

El progreso, *chere amie*, es una cosa que se puede ver, gustar, oír, tocar y oler. Contentémonos por ahora con verlo. Tomemos un buen diario. Un diario importante no lo lee sino gente importante. Vamos a ver si descubrimos el progreso. Sección cablegramas: *Un divorcio preocupa a los Estados Unidos*. La esposa de un consul francés deberá responder a la acusación de doble adulterio. La agencia agrega que el adulterio por partida doble no es caso frecuente.

Progresamos; evidentemente progresamos. La gente se independiza. El concepto arcaico del honor se ha perdido. Antes un marido dos veces cornudo se suicidaba, asesinaba a su infiel consorte, mataba a los amantes, se refugiaba en la soledad, en el retiro absoluto; el deshonor, en suma gravitaba sobre su cabeza como plomo. Ahora, *chere amie*, — como decimos nosotros los italianos de Boedo — el marido burlado esparce a los cuatro vientos la noticia de que su mujer se ha solazado con un actor cinematográfico y con un dentista. El dentista, al saber lo del actor se ha enfurruñado y los tres hombres han estado de acuerdo en que la travieza mujer los engañaba.

Y esta es el momento en que el pueblo yanqui ha quedado pendiente de lo que resolverán los jueces.

¿Que es esto? ¿Son pasos hacia el amor libre? Pero no, todavía quedan románticos.

En otra página del mismo diario, leemos: *Joven distinguido, que posee varios títulos universitarios, de 27 años, de buena posición social y de buen físico, desea recibir proposiciones amorosas de señorita Honrada para contraer matrimonio.*

Después de leer este aviso, muchacha lectora; linda modistilla, deliciosa fabriquera que paseas sin novio por Boedo, los sábados y los domingos, muchacha que te asomas al balcón dejando caer sobre el transeunte las tristes miradas de tu soltería, ¿no sientes el deseo de transformarte en mula para arreglarlo todo a coces, en este mundo de chiflados?

Cosas de la democracia

Lloraban las mujeres, lloraban los niños, lloraban los hombres. El triunfo de la democracia les hacía verter dulces lágrimas.

Una mujer del pueblo se acercó al presidente Alessandri y le dijo:

—¿Me permite que le abrace excelencia? El secretario movió la cabeza y pensó para sí: —¡Zas, otra más. No se de dónde vá a sacar tantos empleos!

Un ciudadano lloraba a lágrima viva delante del primer magistrado de la aventura de marras. Nos preguntamos: ¿ya estará empleado?

Porque, amado lector, el triunfo de la democracia reside casi siempre en la mayor o menor prodigalidad de los empleos públicos.

Los estoicos

Los maestros provinciales no cobran sus sueldos desde hace cuatro meses. Se nos ocurre que los hombres de gobierno se han dicho con perfecta razón: ¿para que quieren sus sueldos los maestros? ¿Para comer? Pues, que no coman. ¿Para vestirse? Los antiguos preceptores iban apenas cubiertos por un sayal, calzaban sandalias o iban descalzos, simplemente, comían sopitas de ajo, hierbas hervidas y bebían H 20.

Soportaban heroicamente las burlas y las persecuciones y sabían de antemano que en este pícaro mundo se recibe mal por bien.

En cambio nuestros maestros en general y nuestros maestros provinciales en particular no hacen más que lamentarse. ¿Que trabajan mucho, que no se les paga y otras cosas más!

Y bien, ¿a quien se quejan? ¿Porqué se quejan? ¿Qué han hecho, no yá por la libertad económica de los otros, sino por la de ellos mismos?

Se han sometido al plan de enseñanza que aprueba el estado y que resume en esta frase atribuida al Coronel Falcón: ?

¡Viva mi patria aunque yo perezca!

Entonces, ¿qué es lo que quieren los maestros provinciales? ¿Que se coman los codos!

La sub pequeña burguesía

Hemos descubierto amados ciudadanos una sub quequeña burguesía entre las regocijadas gentes de nuestra ciudad. Es la de las hijas de los muebleros, joyeros, colchoneros, almaceneros, zapateros, cigarreros, quinieleros y encargados de casas de inquilinato. Todo extramuros, claro está.

Son pequeñas muchachas de carnes redondas y ojos soñadores. Visten bien, de acuerdo al último figurín, con fajas de rica textura, pero zurcidas y aperguñadas en casa. Asimismo se colocan en las orejas las arracadas enormes justificando con su belleza esa deliciosa costumbre café de perforarse el pabellón por donde escuchan los tiernos suspiros de sus galanes, amén del Nocturno a Rosario.

De invierno estas mujeres se exhiben en las puertas de los negocios de sus papás, dibuján-

dose en el marco de las tiendas como un tinte idealista en la esposa materialidad de la urbe. Y en ese mismo invierno son esas chicas las que hacen pensar al pobre poeta que aterido cá grandes zancadas para calentarse, que están en la puerta esperando a un novio. A un imposible novio, rudo y hereúleo y con auto, y que nunca llega... Y en verano el poeta las vuelve a encontrar en el Balneario, en los cines, en la Avenida de Mayo los días de colectiva sugestión patriótica, y en la Rural las noches de concierto de la banda municipal. Y esto es lo que vale.

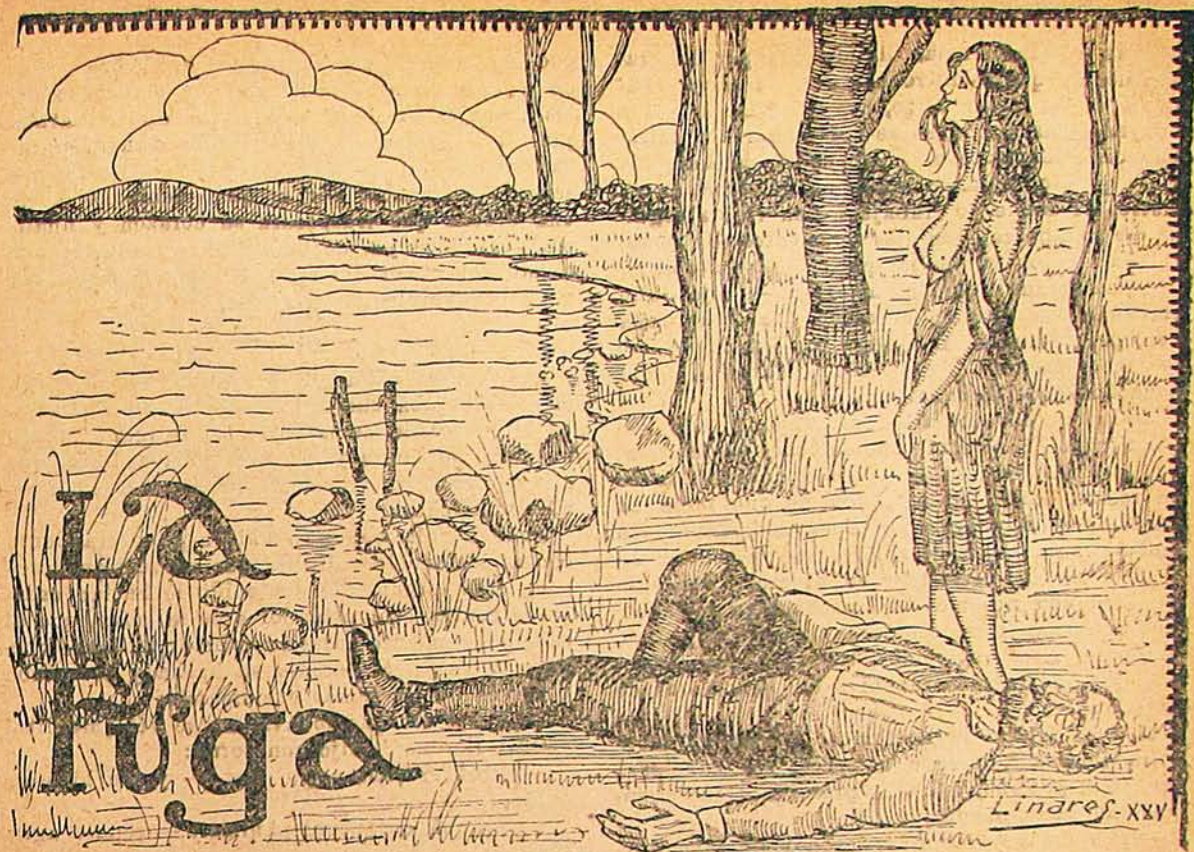
Esas hijas de la pequeña burguesía a quienes tanto amamos, quizás porque nos recuerdan nuestra cuna, hacen con su sóla exhibición un derroche de revolucionarismo práctico. Y se explica, estas mujeres se exhiben cuando las otras mujeres de la verdadera burguesía, se van a Mar del Plata o a las estancias de sus dignos progenitores. De modo que a las otras, a las verdaderas burguesas no las echamos de menos para nada ante las hijas de esta pequeña burguesía socialista. Hacen soñar igualmente con amores que nunca tendremos, con afectos colorines. Hacen soñar amores irreales con rubias cleróticas de palle espigado y senos breves, entrevistas fugazmente al paso rápido de un tranvía en cualquier quinta de los alrededores de la ciudad; niñas flacas espiritualizadas en la aspiración del aroma de una flor, mientras un galgo snob y gran señor las mira fijamente con sus ojos en donde brilla el escepticismo fin de raza de su noble aleurnia.

Y si ante las hijas de la pequeña burguesía socialista no echamos de menos a las verdaderas hijas de la burguesía gorda e imponente, que cosa más graciosa será cuando éstas vuelvan y encontrando el sitio ocupado se vean en la necesidad de hacerse socialistas para recuperar el sitio perdido en la Rural, en la Avenida Alvear, en los tés de caridad, en los cines de moda y hasta en las quintas de Flores, donde en vez de galgos fin de raza hay lanudos perros proletarios que enseñan los dientes a las perfumadas caricias de sus blancas manos. Pero si aun así no fuera queda la grande ilusión, frente a las hijas de la pequeña burguesía vueltas a sus cuarteles de invierno: la zapatería, la cigarrería, la mueblería extramuros, de pensar ante sus trajecitos bien cortados, ante sus bellezas cálidas y prometedoras, ante sus grandes arracadas patricias que ellas poseen para siempre la suprema aristocracia de las mujeres hermosas.

El próximo número de

LOS PENSADORES

aparecerá el martes 14 de Abril



CUENTO INEDITO DE ÁBEL RODRIGUEZ

El alarido del clarín nos sobresaltó. Hasta nosotros llegaban confusamente rumores vagos y extraños. Chirriaron los goznes de los cerrojos y gritos hostiles se dejaron oír por todos los rincones del edificio.

—¡Eh! ¡Arriba! ¡Arriba!

—¿Y ese... qué hace? ¡A ver, marica, si no querés que te descoyunte a patadas!

Sobre el patio pavimentado de piedra se alineó un cordón de hombres. Los muros del cuartel impedían que entrase la luz de la mañana y su interior estaba bañado de un azul ténue que hacía perfilar vagamente nuestras siluotas. Los soldados y los condenados vestidos de blanco y moviéndose automáticamente por los ángulos en sombras, tenían un aspecto grotesco.

—¿Listos? — dijo un oficial — ¡En marcha! — ordenó.

Instantes después, formados de dos en fondo y espoleados por la voz que nos mandaba, marchábamos por un estrecho sendero, al fin del cual la masa del bosque describía una línea vigorosa sobre la frente plateada del alba. En nuestros hombres se balanceaban las hachas con que debíamos tumbar los árboles que atalayaban la isla, y a cada lado de la fila nos custodiaban hombres uniformados, tras de cuyas espaldas se asomaban las puntas aceradas de las bayonetas.

Al ascender una cuesta nuestro paso se hizo irregular. Entonces la voz ronca del cabo sonó extrañamente en toda la selva sumergida en silencio:

—¡Uno!... ¡Dos!... ¡A ver quién es el animal que habla! ¡Uno!... ¡Dos!... ¡Uno!... ¡Dos!...

La luz matinal iba envolviendo la copa de los árboles con círculos luminosos. La tierra desprendía un hálito caliente y la brisa nos enviaba desde la pradera lejana densos perfumes que nos obligaban a erguir la cabeza y olfatear el horizonte, como animales jóvenes y alegres.

Nuestra marcha producía un chasquido seco y dejaba impresa en el césped largas huellas paralelas. Los ásperos ademanes del cabo, contrastaban brutalmente con la fisonomía dulce de los soldados, cuya misión parecían aceptar con cristiana mansedumbre. Orillamos una chacra verduzca, de donde se desprendió una verdadera nube de mosquitos que se nos amontonó en el rostro, obligándonos a golpearlos las mejillas para espantarlos; pero estos movimientos irritaron al cabo que gritó:

—¡Quietas las manos! ¡Todavía no han aprendido a marchar? ¡Más que baguales!

En el linde del bosque se nos mandó hacer alto, y luego de explicarnos la forma de cómo debíamos realizar el trabajo, la fila se dislocó, y los hombres que la componían se internaron por parejas entre el espeso ramaje, donde la naturaleza se ofrecía en toda su grandiosidad.

Al poco rato el filo de las hachas abrió heridas blancas en los troncos rugosos. El suelo se matizaba de astillas. Los hombres impulsaban el movimiento de las herramientas con un je-dear rápido y profundo. Las hojas de acero des-

cribían circunferencias iluminadas por los rayos del sol que se introducían en la selva. Sentados en un árbol caído, los guardianes tenían apoyadas las armas sobre los hombros y miraban distraídamente el juego de las hachas.

De pronto, alguien lanzó un grito. A pocos metros de donde yo trabajaba una víbora erguida me miraba con sus ojos relucientes. Un preso la alcanzó con su hacha, partiéndola en dos.

—¡La indina! Casi te madruga — dijo Julio clavando sus ojos en el ofidio que se retorcía desesperadamente. Y agregó con calma — No contás el cuento si te flecha... Yarará... Más ponzoñosa que el cabo...

Julio era un muchacho correntino, alto y delgado, cuyo andar tenía ondulaciones de pantera. Sus pómulos sobresalientes labraban sombras en su rostro, dando la impresión de que tenía un carácter malo y agresivo. Buen compañero, sin embargo, era capaz de abrirse las piernas de un tejo, a fin de demostrar su afecto. Trabajaba también con nosotros un muchacho melancólico que, cuando los celadores no se lo impedían, entonaba aires regionales, tristes y quejumbrosos que hacían más fúnebres las penumbras de la selva.

A este último le habíamos puesto de mote "La llorona", porque a veces, sus canciones irritaban al cabo, quien se presentaba interrumpiéndole airadamente:

—¿Ya estás yorando? ¡Trabajá sin lamentarlo, bestial!

Entonces él replicaba con cierta acritud:

—¡Ya ni desahogarse lo dejan a uno! ¡Maldita!

—¿Qué murmurás? — le grita el cabo dispuesto a cruzarle la espalda de un machetazo.

—Nada... — se excusaba él sumisamente — sino que este tronco es más duro que corneta e güey... y hace saltar lágrimas de rabia.

Julio tenía contextura. Miraba a sus superiores con un gesto despreciativo y un aire de insolencia que daba miedo. Por esa misma causa una vez se le castigó hasta hacerle sangrar las espaldas; pero él aguantó los golpes despedazándose los labios para no gritar. En cambio "La llorona", soportaba todo pacientemente con tal de eludir el castigo; era taimado y en más de una ocasión otro fué golpeado por él.

Recuerdo que una noche, "La llorona", acurrucado en la sombra, le tiró una piedra a un celador que nos había hecho no sé qué mala acción. El proyectil no dió en el blanco; pero inmediatamente se tomaron severas medidas. Llegó un oficial y nos hizo levantar a todos, y como nadie reconociera la culpa, se iba a generalizar el castigo. Entonces Julio se atribuyó el hecho e inmediatamente fué llevado a golpes al calabozo.

Yo me sublevé contra un acto tan repugnante e increpé a "La llorona".

—Decime, desgraciado, ¿por qué dejaste castigar a Julio?

—¡Perdoname, hermano!... — me repuso con los ojos grávidos de lágrimas — El es más hombre... ¡Yo no aguanto los palos!...

Me ofendía con ello, perfectamente y, aun-

que de temperamentos opuestos habíamos llegado a fraternizar al extremo que solicitábamos los trabajos más duros con tal de hallarnos juntos. Y unidos de tan extraña manera pasaban los días y los días, siempre metidos en esa selva emmarañada, por la que debíamos abrir una brecha que traspasara su corazón y finalizara en la playa, de donde continuamente nos llegaba el rumor del río que baja la hojarasca y los cañaverales de la ribera.

—:—

Las hachas abrían claros en el bosque y ya el sol dibujaba chales de sombras en la tierra. El aire pesado de la selva no fatigaba tanto nuestros pulmones y el viento del sudeste, que absorbíamos con verdadero placer, nos traía un aire vivificante.

Julio hendía con más ahinco su herramienta contra los árboles; diríase que un secreto deseo o un odio largamente contenido le hacían ensañarse contra esos pobladores de la selva, que al caer pesadamente parecían exhalar un largo quejido. A veces, él detenía su hacha y escrutaba a través de las ramas exclamando:

—¡Y ese río que todavía no se vé! ¡Maldito! "La llorona", dijo con sorna:

—¿Río?... ¡Altro que río! — y me hizo un guiño.

—¿Lo qué, entonces? ¡Animal! — repuso agresivamente Julio.

—Nada... decía no más... — eludió él taimadamente. Luego, cantó:

"Como una piedra botada en la calle.

¡Ay!... ¡Ay!...

Penita que andás rodando.

¡Ay!... ¡Ay!...

Lo cierto es que Julio tenía un enriado amoroso con una muchacha que habitaba en la isla. La vez que los sorprendí, ella pegada junto al cuerpo de él, pendiente de sus palabras violentas y cálidas, me produjo verdadera repugnancia y causóme la sensación de esas raíces parasitarias que emergen de los pantanos y adhieren su pulpa al tronco de los árboles para sorberles la savia.

Ella se llamaba Emilia, pero uno de esos bromistas que sienten una secreta voluptuosidad en ofender a los desgraciados, la significó con el apodo de "Malhecha" y así la nombraban en toda la isla.

Vivía con su padre en un rancho torcido que se empinaba sobre la orilla del río, y no faltó quien afirmase que entre ella y su genitor, alimentaban una pasión incestuosa. La pobre no podía ser más fea; una pronunciada cojera, ocasionada a consecuencia de una caída, le hacía torcer violentamente dándole al caminar un aire caricaturesco que provocaba la risa; tenía el rostro cubierto de hoyos de viruela y su voz era ronca y entrecortada, defecto que se acentuaba por el espanto casi animal que demostraba ante la necesidad de seguir cualquier conversación; una enfermedad repulsiva carcomía sus pestañas obligándola a mirar con los párpados entornados. Su sonrisa era profundamente antipática porque tan solo dos dientes

colgaban de sus encías desbastadas; sin embargo, había en este ser desgarrado algo magnífico: eran sus senos que se insinuaban agresivos a través de una balsa de percal; pétreos y amplios, generosos y excitantes como una bebida fuerte, era lo único que en todo su ser hacía llamcar el deseo en los condenados y cancerberos que poblaban la isla.

Era la encargada de traernos agua. La primera vez que saltando penosamente por entre los troncos caídos, apareció con el balde rebosante, yo hundí mi jarro, y luego de beber ávidamente le pregunté por decirle algo:

—¿Cómo te llamas?

Ella me miró con cierto asombro y creyendo, sin duda, que me burlaba, me dijo ásperamente:

—¡Qué te importa! — e hizo un esguince grotesco para demostrarme su desprecio.

De pronto una voz ronca resonó en la selva:

—¡Eh... Malhecha, hacé pronto que reventamos de sed!

—¡Tomem orines! — gritó ella riendo estúpidamente de su propia ocurrencia.

—¡Hija de perra! — contestó la misma voz.

—¡Bueno! Pero, ¿cómo te llamas? — le interrogó Julio con dureza.

—¿Lo qué?

—¡Tu nombre, bestial! — le gritó Julio más duramente aún, clavándole su mirada penetrante.

—Emilia.

—¡Ah! Bueno. ¡Andate!

Ella quedó mirándole indecisa.

—¿Qué hacés? ¡Andate, basural! ¿No ves que aquí no se puede hablar. Hay que trabajar siempre. ¡Llévale el agua a los otros! ¡Vamos!

Al día siguiente, Julio le hizo otra serie de preguntas, y así, poco a poco, llegó a intimar con la muchacha. El le salía al encuentro, sumergía el jarro en el cubo rebosante de agua y después de saciada la sed le hablaba, siempre con tono agrio e imperativo. Más de una vez ambos se perdieron en las penumbras de la selva. Entonces los centinelas complacientes hacían guiñadas canallescas y "La llorona" iniciaba el lamento de una copla de sabor provinciano.

Aquella mañana los ví a los dos afirmados contra un árbol, junto a una ciénaga. Ella hacía agujeros en el barro con los dedos de los pies y él hablaba baja y misteriosamente. A ratos diríase que Emilia no escuchaba; los labios entreabiertos, embriagada por la voluptuosidad del instante, temblaba todo su cuerpo contrahecho a la espera de una caricia. Por momentos creía que un zarpazo brutal del macho la doblaría toda, tumbándola a la orilla de la charca mugrienta y ansió anhelante que ello sucediera; pero no, Julio, sañudo y fiero le señalaba el sudeste, y luego la sacudía para obtener no sé qué respuesta. Al fin hubo un beso que ella absorbió afiebrada, y la ví alejarse estremeida, arrastrando el balde vacío y doblándose de un lado a otro, lastimosamente, como una barca que bordejase.

—:—

Eramos siete hombres, mudos y rígidos, alineados en el patio de piedra.

La noche era fría y tormentosa y una legión de nubes grises rodaban por encima de nuestras cabezas. Kachas heladas nos castigaban el rostro y desde la selva nos llegaba un tropel de aullidos. Estábamos firmes, la mirada al frente de un murallón, tratando de adivinar formas en las sombras que se arrastraban por los rincones. El centinela, menos desgraciado que nosotros, podía andar, entreferirse vigilándonos con la culata del máuser, cuando algunos de los castigados, fatigado de mantener semejante posición violenta, movía un solo músculo.

Hacia rato que cumplíamos el castigo y nos faltaba mucho aún para terminar. Los minutos transcurrían lentos y desesperantes. El viento nos traía, entremezclados con los ruidos de la selva, el alerta de los guardianes que se numeraban: ¡Unoool... gritaba una voz. Y allá, un poco más lejos, respondía otra: ¡Doooss!... Y seguían y seguían, y las sílabas se estiraban como un lamento. Los demás números se iban debilitando, lejos y más lejos, hasta que el eco de los últimos llegaba hasta nosotros abafido, arrastrándose, quejumbroso...

El centinela, de vez en cuando, soplabla las manos y trotaba alrededor de los castigados, uno de los cuales se tiró al suelo lamentándose:

—No puedo más...

—¿Qué? — gritó el centinela. — ¡Arribal! ¡Arribal! ¡Cabo cuarto! ¡Firmes los demás!

Al poco rato llegó el cabo. Venía con un humo pésimo porque se le había moestado. El centinela le explicó y aquél fué derechamente al caído:

—¡Por qué no querés hacer el plantón? ¡Habla!

—No es que no quiera, cabo... Es que estoy descompuesto... Se me agarrotan las piernas... — respondió el preso.

—¡Parecés hembra por lo mulita! ¡Levantate! El hombre se incorporó penosamente. Entonces le ordenó:

—¡Corré! ¡Vivo!

Y el preso empezó una carrera precipitada en rededor nuestro. Jiraba y jiraba fantásticamente, como un poseído, y cuando decaía la marcha los gritos del cabo lo punzaban:

—¡Vivo! ¡Vivo!

El preso sin querer, en su carrera, estrechaba más el círculo y pasaba casi rozándonos y su respiración silbante nos daba en el rostro. Por fin, el cabo le obligó a que volviera a colocarse en su lugar. Luego se dirigió a los demás:

—Y que ésto no sirva de ejemplo ¡eh!, porque entonces procederé en otra forma.

Tratábamos de adivinar el tiempo que nos faltaba aún para cumplir el castigo. Obcecados por esa única idea, nuestro pensamiento se negaba a plasmar imágenes o hechos que nos entretuvieran y acortaran el martirio. La imaginación se defendía en esa frontera: terminar, terminar cuanto antes con el plantón.

El viento arreciaba con más fuerza y a intermitencia nos hacía temblar las carnes. Empezó a caer una llovizna sutil que nos obligaba a entornar los párpados fuertemente. Sentíamos punzadas horribles en los pies yertos; el mareo

nos hacía oscilar y, seguramente, que pareceríamos siete péndulos humanos, puestos en mitad de la noche borrascosa por un absurdo capricho del destino.

—¡Dios mío! — gimió un castigado.

—¡Silencio! — gritó con acritud el centinela.

Volvimos a oír las voces lejanas y dolientes de los guardianes. Ahora los números nos parecían más tristes, como si quisieran emitirlos estuviesen abrumados por un dolor inmenso.

Por fin, se nos levantó el castigo. Los primeros pasos los dimos con dificultad, sosteniéndonos los unos a los otros para no caer; estábamos verdaderamente descañalados.

Yo andaba como si alguien me empujase. Las luces del cuartel bailoteaban extrañamente ante mi vista. Sentía que un cansancio infinito y una enorme vaciedad me arrastraba hacia mi cubil, en el cual hubiese deseado dormir siempre; sin embargo sabía que me quedaban pocas horas, y que pasado un sueño que parecerían diez minutos el alarido penetrante del clarín agujerearía mi espíritu, sacudiría mis nervios y me lanzaría sobre el pavimento de piedra, donde los gritos de un hombre harían erguir la bestia a pique de derrumbarse...

Cuando me tiré sobre la cama y con un largo suspiro entorné los ojos, una sombra se arrastró sigilosamente junto a mí, y me sacudió:

—Sentí... Sentí...

—¿Qué? ¿Qué?

Era Julio que esperaba mi llegada para revelarme un gran secreto.

—Sabés — me decía apagando la voz. — Mañana me voy...

—¿Qué... te vás?

—Sí... Me disparo. He convenido con "La Malhecha" y "La llorona". El bote del padre me servirá para cruzar el río. Yo le he dicho a ella que la llevo; pero es de cuento. ¿Sabés? Y... de otra manera no me puedo ir. El bote está amarrado con candado... Ella le va a robar la llave al padre y nos vamos con "La llorona". Si vos te animaras... Bueno me voy, ahí viene el imaginaria... No dejés maliciar nada... ¿Eh?

Y se fué apretándose contra el tabique, hasta su cama. Yo quedé confuso; una sensación extraña aturdió mi espíritu y el cansancio aplazaba mi pensamiento, y me dormí sobresaltado, esperando las notas agudas de la diana y soñando que un montón de hombres hendían en mi pecho lanzas brillantes.

La selva se llenaba de resplandores y los ruidos ásperos de las hachas turbaban hasta sus rincones más oscuros. Al través de las ramas ahora podíamos contemplar fragmentos rizados del río, cuyas aguas fulgían a la luz del sol. Los golpes violentos se multiplicaban y las voces de los castigados se oían a menor distancia.

Julio denotaba una tranquilidad pasmosa y ni una sombra alteraba su fisonomía. La pesada hacha era en sus manos grácil instrumento que manejaba con la misma destreza que otras veces y nada hacía suponer que dentro de breves instantes arriesgaría su vida.

Golpes brutales hacían estremecer la selva;

los árboles se tumbaban vencidos, con un gran crujimiento de ramas, y el hombre, entonces, respiraba satisfecho, colocando un pie sobre el tronco partido y pasándose el dorso de la mano mugrienta por la frente sudorosa.

"La llorona" cantaba con más entusiasmo que nunca; diríase que el temor o las ansias de libertad atormentaban su alma y gritaba para sosegarla; buscaba las partes soleadas y allí hacía jugar su herramienta perezosamente. Sus pupilas brillaban con singular entusiasmo y sonreía de todo de una manera candorosa.

Había llegado el momento decisivo. Los guardianes, echados en el suelo entretenían su ocio con un naípe sucio. "La llorona" dijo, temblándole algo la voz:

—Que jarda "La Malhecha". Vamos a reventar de sed...

—Yo no puedo más y voy a escupir hasta las tripas. ¡Pua! — dijo Julio con asco. Luego se dirigió a los soldados:

—¿Quieren que me allegue hasta el rancho para ver? A lo mejor está con el padre, y...

Julio obtuvo el consentimiento. Abandonó el hacha y se dirigió resueltamente hacia la ribera. Breves instantes después "La llorona" se internó en la maleza. Y yo para observar los pormenores de la fuga me encaramé en un árbol y simulé cortar ramas. Desde ese sitio dominaba la playa. Nunca mi corazón latió con tanta violencia ni jamás mi pensamiento fué tan vertiginoso como en aquellos instantes, pues la fuga de mis compañeros me parecía imposible y sentía un verdadero espanto por la suerte que ellos correrían.

"La Malhecha" apareció en la ribera y rápidamente fué hasta la orilla del río; saltó sobre un boje, lo desamarró y quedó atisbando el bosque. En seguida se vió llegar a Julio y tras éste a "La llorona". Entre los dos tomaron violentamente a la infeliz muchacha, la sacaron de la embarcación y la arrojaron contra la playa, amenazándola con uno de los remos. Luego saltaron dentro del bote y empezaron a bogar hacia el centro del río.

Esa escena rápida y brutal me desconcertó y esperaba oír por momentos el grito faladrante y delatador de "La Malhecha", burlada en su amor y vejada de aquel modo; pero ella permanecía, tumbada como un estropeajo, contemplando cómo la barca se alejaba.

De pronto apareció el botero. Un escalofrío de terror sacudió todo mi ser. El viejo al darse cuenta de lo ocurrido, sorprendido por la emoción, atinó tan solo a levantar los brazos y a dar un grito débil, que yo, anticipándome apagué con los golpes que daba a las ramas. Consideré fracasada la fuga y me imaginé a mis compañeros agujereados por los proyectiles de los fusiles; pero "La Malhecha", con una agilidad que jamás había visto en ella, saltó sobre su padre y tapándole la boca se trabó en lucha con él. El viejo no pudo resistir los ímpetus fieros de la muchacha y cayó vencido, y ella, toda desgredada, con el vestido desgarrado, miraba el bote que ya era una mancha negra sobre el azul purísimo del horizonte.

La voz de uno de los guardianes me hizo estremecer:

—¡Pucha qué tarda esof...

Recordé las puercas suposiciones de Julio:

—A lo mejor estaba el padre con "La Malhecha" y... — repuse tajando rudamente las ramas, a fin de que no me vendiese el temblor de mi voz.

Los soldados denotaron cierta inquietud por la tardanza de Julio. Uno de ellos propuso acercarse hasta la orilla del río y partió con el arma al hombro. Yo observé por última vez el bote que ahora era como un punto débil y confuso que aparecía y desaparecía a ras del río.

Alguien lanzó un grito de sorpresa y en seguida se oyó el estampido de dos detonaciones; el otro soldado corrió hasta la ribera; pero al poco rato regresaron los dos tristes y desfallecientes:

—¡Y ahora? — dijo uno de ellos.

Pero el otro no repuso; yo podía sentir desde arriba el chasquido de su lengua cuando raspaba su garganta reseca, para contener los sollozos.

Las detonaciones del máuser habían hecho suspender la tarea de los demás presos y sólo los golpes de mi hacha resonaban en toda la selva.

ABEL RODRIGUEZ.

SI...

Si conservas tu cabeza cuando todos a tu lado
 Hayan perdido la suya, y de esto te hacen pecado;
 Si guardas tu fe en ti mismo cuando otros de ésta han dudado
 Y aún así les perdonas por el dudar demasiado;
 Si eres capaz de esperar, y la espera no te cansa:
 Si la falsía te cerca y su influjo no te alcanza;
 Si alguien te profesa su odio, mas no le guardes agravio
 Y ni te crees el más bueno ni hables en tono de sabio;
 Si sueñas, pero no haces del ensueño única guía;
 Si piensas, pero no crees que idea mejor no habría;
 Si al triunfo y a la derrota encuentras a tu camino,
 Y a esas dos imposturas las das al mismo destino;
 Y llegas a oír un día las verdades que digiste,
 En trampa o red para tontos por los malvados trocadas,
 O al mirar rotas las cosas por las que tu vida diste,
 Persistes en reconstruirlas con herramientas gastadas;
 Si has juntado en un montón la fortuna que ganaste
 Y en una sola aventura la empeñaste toda entera
 Y la perdiste, y de nuevo a conquistarla empezaste
 Sin alentar un reniego por tu pérdida primera;
 Si corazón, nervio y músculo, a tu mandato cedieron,
 Y te sirven más allá que sus fuerzas se extinguieron,
 Y así pueden sostenerlo cuando sola queda en tí
 La voluntad que le dice: sosténganse, porque sí!
 Si hablas con la tumba y puedes salvar tu decoro ileso,
 Y andas con reyes y no pierdes — con su halago — el seso;
 Si ni enemigos ni amigos daño o dolor te han costado;
 Si todos cuentan contigo, mas no cuentan demasiado;
 Si puedes llenar el tiempo del implacable minuto,
 Y medir, lo que corriste por su valor absoluto,
 La tierra y lo que hay en ella tuyo será, y no te asombre,
 Y lo que es más, — hijo mío, — llegarás a ser un hombre.

RUDYARD KIPLING.

LA CHICA DEL HERRERO

— POR —
LEONIDAS BARLETTA

Me estoy acordando de aquellos tiempos en que iba a la escuela del lugar, de la mano de la chica vecina, que solía ser la hija del almacenero, del panadero o cualquier otro personaje importante del barrio.

Lo que más me emocionaba era esto. Nunca estuve bajo la tutela de persona alguna que no tuviera un padre mentado en diez leguas a la redonda. La primer chica que, por encargo de mi familia, me acompañaba a la escuela, era la hija de un herrero. El hombre tenía fama por su fuerte contextura, sus musculosos brazos, su altura excepcional. La hija se le parecía algo.

Cuando por las mañanas, su mano roja y gruesa tomaba mi manito de niño y, tras la familiar despedida, emprendíamos junto el camino de la escuela, mi abuela sonreía pensando que iba bien seguro. Al principio la tiranía de aquella chica corpulenta, que me tiraba las orejas, me hacía quejar amargamente de mi destino, pero luego me acostumbré a ir colgado de su mano, al trotecito para igualar su paso, con una pizarrita bajo el brazo libre, arrastrando las esponjas por las calles enfangadas.

Cuando llegábamos a la escuela, tenía un instante de reposo, esperando, con una mano yerta de frío y la otra caliente y roja, azulada por la presión sufrida, que el portero, un hombre de mal talante, hiciese sonar la temible capana.

Y ahí empezaban todas mis aflicciones. Las clases que no me gustaban y el mal humor variable de las maestras, — cosa muy natural — eran mi pesadilla. Aquellas largas clases de gramática, de aritmética, la inmovilidad que nos exigían a gritos destemplados, sólo era interrumpido por un recreo limitado de diez minutos, como si a la expansión de los niños pudiera fijársele un máximo.

Y luego, la exactitud del programa de estudios. A tal hora, Historia, a tal otra, Geografía. Esto entontece.

En los días de lluvia era cuando más me gustaba asistir a clase. Recuerdo que para vencer la resistencia de mi abuela, ponía el ejemplo de Sarmiento, que no faltó — dicen — ni un sólo día a clase, y que fué luego presidente de la Nación. Mi abuela quedaba derrotada, ante la fuerza de este argumento.

Felizmente la chica del herrero pasaba



siempre a recojermé, aunque soplase un ciclón ¡Qué lindos los días de lluvia en clase! Faltaban casi todas las maestras. Rompíamos toda la estúpida disciplina y en el aula que más nos agradaba, entrábamos los pocos que habíamos asistido. Hacíamos pronto amistad con los chicos de otros grados y nos sentábamos en el banco que queríamos.

La maestra, contagiada de la melancolía del cielo oscuro, sin temer de que llegara el inspector, ese hombre de grandes bigotes y mirada inquisitiva que hacía temblar el edificio, nos decía cariñosamente:

—Hagan un deber cualquiera. El que más gusten.

Y todos nos poníamos a trabajar con entusiasmo.

Un día hice la rabona con la chica del herrero. La pobre no había hecho los deberes, y no quería presentarse sin ellos. Al principio anduvimos vagando sin rumbo fijo, pero luego nos metimos en un potrero lleno de hongos. El terreno era bajo y anegadizo. Nos mojamos los pies, pero cogimos tal cantidad de hongos, que no supimos explicar luego de donde los traíamos y nos descubrieron la falta.

¡Aquellos tiempos! Ahora que recuerdo estas cosas y las juzgo con mi criterio de hombre, lamento interiormente este sistema arcaico de enseñanza escolar, que los niños ven como una tortura que tienen que sufrir porque la ley lo ordena.

Sistema en que impera una disciplina militar que aleja la posibilidad de hacer hombre sensibles y buenos. Sistema a base de la mentira, del engaño solapado tendente a conseguir nuevos adeptos para un régimen social injusto.

Sistema que la burguesía mantiene para conservar a su vez las posiciones que ha conquistado, utilizando al maestro para deformar y destruir la naturaleza del niño y prepararlo y amoldarlo a una vida de esclavo.

Y me viene a la memoria — ¡Oh, ironía! — la frase de una canción que cantaba hasta el cansancio, la chica del herrero:

“Es muy lindo y muy hermoso mi país”

EL DIPUTADO PATRICIO FIERRO

POR JUAN ANTONIO SOLARI

—Que no falte asado ni caña, y déjelos jugar a todos. El corralón es grande.

Esta era la voz de orden y don Patricio, con su indiscutida autoridad de caudillo, la repetía una vez más.

La elección presentábase reñida como nunca. El caballo del comisario, en esta ocasión no tenía, como de costumbre, ganada la carrera antes de correrla. Para el gobierno, la oposición era una amenaza en ese distrito y don Patricio, caudillo gubernista, había recibido la consigna de ganar "eueste lo que eueste"... En el lenguaje de los políticos criollos, esto quiere decir que no falta dinero y que se puede atropellar con toda impunidad.

Don Patricio acordaba a la elección de ese día, por su parte, una importancia decisiva para sus prestigios de caudillo. Vencido por pocos votos en recientes elecciones comunales, quería demostrar a sus adversarios que él era el don Patricio de siempre.

—La otra vez fué changüí que le dimos, para que le tomaran gusto al queso... — decía, riendo socarronamente.

Lo cierto es que los desalojados del gobierno, convertidos de la noche a la mañana en encarnizados opositores, redoblaron sus esfuerzos y habíanse empeñado en derrotarlo nuevamente.

Era una lucha en la que se mezclaba mucho de odio personal de los dirigentes "opositores" hacia don Patricio, a quien presentaban como un "vendido" porque al caer su partido derrotado, desertó de las filas para incorporarse a la agrupación que hasta la víspera había dicho combatir y que en ese momento llegaba al poder.

—Se acuesta del lado que más calienta el sol— decían de él.

Así era, y sólo así don Patricio había logrado conservar su diputación durante casi veinte años. Por lo demás, ese equilibrio político de parte de caudillos dueños de situaciones locales no constituía una novedad, ni asombraba a nadie. Considerábase como una habilidad necesaria para progresar en política, y no faltaban quienes envidiaran a los felices salvadores de la patria cuyos servicios aceptaban complacidos los gobiernos.

Citábanse casos y más casos y se conocía y nombraba a diputados "opositores" que cambiaron — sobre la base de un precio determinado y serios ofrecimientos — de denominación partidaria para salvar, en una votación legislativa, no sabemos qué escandalosa combinación financiera del gobierno.

Don Patricio, después de todo, no había llegado a tanto...

—Soy un hombre honesto — se le había escuchado más de una vez. En política tengo mis "euerpeadas" — no lo niego, — pero siempre en bien del país... Porque yo soy patriota como el que más y si ando mezclado en estas cosas, no

es porque necesite, sino para ayudar a que gobiernen los más inteligentes y los mejor intencionados... Con la mitad de "La Linda" podría vivir tranquilo y todavía darle de comer a los hambrientos que me critican, y con las otras dos estancias que me dejó mi padre — "La Estrella" y "9 de Julio" — y los campos flor que tengo por ahí, podría, si quisiera, comprarlos y venderlos a todos al precio que se me antojara..."

Don Patricio solía hacer mérito de su fortuna, si bien cuidábase de decir que no había aumentado en nada el patrimonio paterno... Por el contrario, como consecuencia de las porfiadas lides electorales, cada año disminuía, aunque conservara el prestigio tradicional de la fortuna de su padre. Francisco Fierro, señor de vidas y haciendas en el pueblo y fuerte sostén de los viejos partidos de esa provincia.

A él, sin duda, habíale escuchado don Patricio estos versos, que eran como la síntesis de su norma de conducta, no obstante las apariencias de patriótico desinterés:

"Yo voy donde me conviene
Y jamás me descarrilo;
Llévate el ejemplo mío
Y llenarás la barriga;
Aprendé de las hormigas,
No van a un noque vacío".

Consejo que en el "Martín Fierro" — lejano pariente suyo, según don Patricio, — se pone en labios de Vizcacha, y que él solía repetir, recordando a su padre, y luciendo su erudición literaria... No concebía — ni conocía, — nada mejor. Había cursado, no sin dificultades, hasta segundo grado y de la escuela pasó a trabajar al lado de su padre. Poco antes de cumplir los veintinueve años, y con el prestigio de una fortuna y de una sólida situación política, ¿iba, entonces, a tiecho años quedó solo, con hermanos menores a aprender latín?...

—Ya sé que dicen mis contrarios que apenas leo y escribo... Es verdad que no hice grandes estudios, pero me río de muchos doctoritos *lidos* que hablan con palabras rebuscadas y no tienen más que el cuello duro y la corbata de seda... — protestaba con toda la fuerza de su odio gaucho y su pampeana aversión a la cultura.

Y los que le combatían ahora ¿quiénes eran? ¿qué autoridad tenían para hacerlo?

Eran opositores porque no estaban en el gobierno, no porque los separara de quienes lo detentaban en la actualidad una diferencia fundamental. Su oposición terminaba al poder distribuirse a su antojo el presupuesto, reincidiendo en lo mismo que hoy aparecían criticando y que era, punto más o menos, lo que ellos habían hecho ya. Las mismas mañas, iguales costumbres, idénticos procedimientos.

Desde el punto de vista del gobierno, al juzgar la obra de unos y otros, era tarea imposible de-

terminar dónde comenzaba la acción de un partido y dónde terminaba la del otro. Sólo se distinguían en que unos respondían a don Patricio y los otros a don Tomás.

Era, en rigor de verdad, cuestión de nombres y no de ideas y sentimientos. Todos trabajaban, por igual, en bien del país...

•••

Don Patricio ganó la elección. Sus opositores, con don Tomás como jefe, no se resignaban. Llevarían a la cámara denuncias de los fraudes cometidos, pruebas concretas de presión policial, analizarían la acción nefasta del caudillismo, etc., etc.

El anuncio de un "debate político" en el que intervendría — después de dos décadas de inalterable silencio legislativo — el diputado don Patricio Fierro, llevó gente a la barra y despertó el interés de los de la casa.

—Hoy habla Fierro.

—Imposible!

—Tiene un discurso escrito.

—Sabrá leerlo!...

El buen negro Francia, que, como ordenanza de la cámara, conocía a don Patricio desde su primer año de diputación, quería morirse de asombro.

—¿Hablar don Patricio? No lo creo; han de ser cuentos que hacen correr sus enemigos!...

Primera sesión preparatoria. Diputados electos que caminan como con miedo, mirándolo todo como con ojos de asombro, temerosos, sin duda, de que les echen sin aprobarles el diploma... Los que no habían terminado su mandato, familiarizados con las cosas de la cámara, conversaban entre sí y comentaban.

Cuando el secretario declaró abierta la sesión, el recinto presentaba el aspecto de las grandes ocasiones. Las bancas ocupadas en su casi totalidad y un público numeroso en las galerías.

Elegido el presidente, se resuelve que la comisión de elecciones presente su despacho después de un cuarto intermedio, "en mérito a que los comicios no han merecido críticas serias y a que ya habían llegado al seno de la misma las formuladas por los partidos de oposición".

Era el primer triunfo de don Patricio, que entraba al recinto en ese momento, con paso firme, como quien pisa terreno conocido!...

Su samigos políticos querían abreviar el debate y de ahí que, por las razones apuntadas, resolvieran discutir esa misma tarde el dictamen de la comisión.

Se da entrada al despacho, informa el presidente, diputado oficialista, quien declara, en tono declamatorio, "que la provincia puede estar orgullosa y esta cámara recibir con aplauso a los nuevos representantes, entre los cuales cúpleme destacar la presencia de nuestro distinguido colega, el señor diputado Patricio Fierro". (Aplausos).

Después de algunas ligeras observaciones del miembro opositor de la comisión, pidió la palabra en medio de la expectativa general, don Tomás, electo por la minoría en la 7a. sección electoral. Era el adversario político y personal de don Patricio y el que le llevaría el ataque.

—"Llego a este debate, — comenzó diciendo el "opositor" don Tomás Arias — avergonzado, como patriota y como demócrata sincero (sic), por las condiciones en que se realizaron las elecciones en nuestra sección".

Y prosiguió denunciando, en un tono que hacía honor a sus conocidos antecedentes de rematador, "la escandalosa presión del gobierno en favor de la política del señor Fierro, a cuyo servicio se puso la policía y todos los recursos imaginables".

El señor gobernador, so pretexto de inaugurar un monumento a un olvidado vecino, llegó en compañía de sus ministros y altas autoridades, inclusive el obispo, para hacer propaganda en favor del señor Fierro, prometiéndole, de paso, la construcción, a plazo perentorio, de un ramal ferroviario que permitiría el traslado de pasajeros y carga con una rebaja del ochenta por ciento sobre los precios que actualmente cobran las otras empresas!...

La policía, por su parte, detuvo y molestó, sin causa justificada, a los opositores más conspicuos, interviniendo descaradamente en la propaganda electoral. El día del comicio el automóvil de la comisaría, manejado por empleados de la Municipalidad y del consejo escolar, sirvió al comité del señor Fierro, en el que se jugó y bebió de la manera más desvergonzada.

Hizo referencia a la propaganda que, desde uno de los más importantes diarios de la capital, realizaba, en su carácter de corresponsal, un hermano del señor Fierro, en favor de la política de éste "faltando a la verdad y presentando a su propio hermano, cuyos pasos sigue con perenne obsecuencia, como un héroe nacional. La inmoralidad que esto significa me obliga a denunciar el hecho para que se conozca el origen de esas informaciones y crónicas"!

Habló de no sabemos qué fraudes y citó casos concretos de fallecidos y ausentes que aparecían votando, "fraudes, presión policial y gubernativa, arbitrariedades, vergüenza política, en suma, que ha permitido, una vez más, el triunfo del señor Fierro para desdoro de las instituciones de nuestra querida provincia!"

Cuando el "opositor" Arias terminó la lectura del discurso, entre los aplausos de los diputados de su sector y algunos espectadores, todas las miradas convergieron hacia don Patricio. Se le había atacado seriamente y si bien todos los años se decían esas o peores cosas con respecto a los actos eleccionarios, no podía creerse que él callara frente al ataque de su adversario.

—¿Hablará?

El negro Francia, firme en su puesto junto a la mesa de la presidencia, observaba a don Patricio y mirábase un sí no es compasivamente!...

Un

—Pido la palabra! —, seguro y claro despertó aún más la expectativa de la cámara y del público.

—Habla Fierro!

—No!...

—Sí!...

No. Era el presidente del bloque oficialista quien había pedido la palabra.

Para dejar bien al amigo, dijo que un imperioso deber de solidaridad política con el gobierno le obligaba, como presidente del bloque, a refutar las apreciaciones del señor Arias, "dictadas, antes que nada, por la nueva y esta vez definitiva victoria de la causa reparadora, que había echado por tierra las ambiciones de los viejos y vetustos partidos políticos que hasta ayer degobernaron la provincia".

Afirmó que el señor Arias era el menos indicado para hablar de democracia porque había hecho lo mismo que ahora le alarmaba tanto; rechazó enérgicamente que el gobierno interviniera en nada y, después de casi una hora, cerró su discurso, ruidosamente aplaudido por sus colegas y por la barra, compuesta, en su mayoría, por empleados públicos y amigos de la situación.

Y, cuando, un poco decepcionados, todos pensaban que iría a votarse sin que el diputado Patricio Fierro...

—Señor presidente... — dijo, con tímida voz. Y, leyendo, agregó:

—"Después del elocuente y documentado discurso del presidente de mi bloque, diputado Pérez, yo nada tendría que decir, porque él ha destruido la débil argumentación de nuestros adversarios. Pero quiero agregar..."

No pudo agregar gran cosa porque, poco acostumbrado a esa tarea, perdió la línea de lo escrito y tuvo que decir de viva voz, para salir del trance, en medio del asombro general, lo que se le ocurrió. Y dijo esto, que si no consta en el "Diario de Sesiones", todos escucharon:

—... "quiero agregar que si le ganamos al señor Arias es porque somos más muchos y mejores que los de su partido. Nosotros gastamos 150 mil pesos y tuvimos tres corralones en los que la muchachada se divirtió cuanto quiso; hicimos correr todos los trenes que fueron necesarios y... ¡todavía nos sobraron muchos pesos!.. El partido del señor Arias no contaba con más de 30.000 pesos y, siendo contrarios al gobierno, esa es poca plata, amigo, para ganar elecciones. ¡Qué aguanten callados!"

Las risas y los aplausos duraron largo rato. ¡Don Patricio, después de veinte años de silenciosa diputación, había obtenido su primer triunfo oratorio!

Un pequeño grupo de diputados de la izquierda, los más combativos y capaces, hombres pertenecientes a un partido empeñado en una obra entusiasta, alta y seria de educación democrática y que combatiera siempre a los don Patricios y los don Tomás, festejaba la sinceridad del orador...

—Ha hecho — dijo uno de esos diputados, refiriéndose a las palabras de Fierro —, la más breve y cierta historia de los partidos criollos...

El negro Francia había desaparecido del recinto. Después de muchas vueltas, le encontramos en un rincón, desternillándose de risa:

—¡Qué bárbaro, mi Dios! ¡Qué bárbaro!... A este don Patricio hay que hacerlo gobernador...

JUAN ANTONIO SOLARI.

Avellaneda, marzo 1925.

EL NOSOCOMIO

"Poderoso caballero, es Don Dinero"

Blanquísimas camas todas en hilera,
Que ostentan un número en la cabecera
Ocupan la sala grandiosa, sin fin...
Y bajo el guarismo, en un leterrito,
Está el diagnóstico del enfermo, escrito
Con definiciones del griego o latín...

Caras macilentas, caras afebradas,
Hunden la cabeza en las almohadas
Como si quisieran ocultar su mal;
Son los proletarios, esa humilde gente
Que por la miseria y físicamente
Agotados, llegan hasta el Hospital.

Se acerca mi turno. Es el medio día...
Llévanme a Otorinolaringología
¡Para examinarme de nuevo! ¡Quizás!
Me observa un galeno de finos modales
Y, con sorna exclama — palabras textuales —
Mirando a un colega "¡Otro clavo más!"

Es que los galemos, como el usurero,
Sólo se prosternan ante Don Dinero
Y olvidan la Ciencia y la Humanidad...
Mientras la moral de la burguesía
Cubre con el manto de la hipocresía
¡Todas estas lacras de la Sociedad!

RENATO J. LENZI.

BEATRICE

Tanto gentile e tanto onesta pare
La donna mia, quand'ella altrui saluta.
Ch'ogni lingua divien tremando muta,
E gli occhi non ardiscon di guardare.

Ella sen va, sentendosi laudare,
Benignamente d'umiltá vestuta;
E par che sia una cosa venuta
Di cielo in terra a miracol mostrare.

Mostrasi sí picente a chi la mira,
Che dá per gli occhi una dolcezza al core,
Che intender non la può chi non la prova

E par che della sua labbia sí muova
Uno spirto soave e pien d'amore,
Che va dicendo all'anima: sospira.

Questo sonetto é sí piano ad intendere, per quello che narrato é dinanzi, che non ha bisogno d'alcuna divisione.

DANTE ALIGHIERI.

La ocasión es como el fierro: se ha de machacar caliente.

Hernández.

Los volcanes arrojan piedras y las revoluciones hombres.

Hugo.

TRES MUJERES EXTRAÑAS

LA CELOSA

Cierto que él le había creado la vida, la vida moral. Ella rodaba y rodaba, cada vez más hondo y más vertiginosamente.

Era lo peor de una mala mujer porque no se entregaba por placer, ni por vicio, sino por afán de dinero. Un dinero que estúpidamente se le escurría de los dedos inútiles y abiertos.

Pero un día se encontró con este hombre que se le impuso y ella cambió.

El la hizo de nuevo y le infiltró lo único que puede hacer la felicidad: un ideal.

Despreció el dinero, y la vida, plena se alzó en su corazón, donde no estaba del todo muerto el bien, por que no muere nunca en ningún ser.

Después nació un hijo, un hijo como una realidad de amor.

Entonces, ella que lo había deseado con el alma, tuvo celos del hijo.

—“Ya no me quiere a mí sola. — Sollozaba. — Ahora viene y pregunta por el nene y lo besa primero...”

Al principio fué una obsesión, una tortura en el cerebro. Después se hizo ansiedad en el corazón.

Se lo dijo a él:

—“Tú lo quieres más al nene que a mí.”

El repuso:

—“¿Cómo crees eso? Quiero a los dos igual. En él te amo a ti y en ti lo amo a él...”

Pero ella no quería así. Ella, con ser la madre, no lo quería tanto al hijo como al hombre. Y crecieron sus celos, unos celos tenaces que partían el corazón.

Tanto, que un día ya no pudo más y se fué. Y llevó el chiquito con ella.

Al poco tiempo él le escribía:

—“Ven, no puedo vivir sin vosotros.”

¡Sin vosotros! Ella hubiera querido que él dijera: “no puedo vivir sin tí.”

Pero, “¡sin vosotros!”...

Y entonces ella le mandó el hijo, desgarrándose el corazón porque ella también lo quería.

Y la mujer volvió a rodar, a rodar en la vida, pero no cada vez más hondo porque ahora la salvaba el recuerdo de su amor. Y no era ya lo peor de las malas mujeres porque no se entregaba por dinero, sino por encontrar quien la quisiera a ella sola, sola, más que a nada ni a nadie...

LA AHORCADA

También esta se fué, que la mayoría de estas mujeres raras solucionan el conflicto de su existencia, yéndose, yéndose lejos, donde nadie sepa de ellas o yéndose de la vida.

Y así se fué ésta: de la vida.

Llevaba siempre — en eso consistía su rareza — invierno y verano, vestidos de cuello alto, ajustado.

Surgía así, con imponencia de reina su cabeza rubia, de un rubio rojizo.

Sus amigas comentaban al verla:

—“Tendrá alguna cicatriz o marca en el cuello, que la desfigure.”

Pero no había tal, pues su cuello era una verdadera columna de mármol sobre sus hombros blancos y redondos.

De noche, al desvestirse, quedaba su cuello libre, pero solo un momento, porque ella aprisionaba con sus dedos nerviosos la garganta tan suave y palpitante como la de un cisne. Y coseguida anudábase una cinta, una ancha cinta negra de terciopelo. Dormía así y de otro modo no podía ser.

Sentía al ceñirse el cuello, un verdadero placer físico, un goce, una voluptuosidad que la hacía suspirar entrecerrando los ojos. Parecía como si todas las fibras sensitivas de su cuerpo, estuvieran ahí en la garganta, atentas a vibrar con el roce.

—“Apriétame el cuello, fuerte, fuerte”... pedía ella.

Pero el novio no podía apretar esa garganta delicada que resbalaba en sus dedos.

Después tuvo miedo de esta mujer extraña que quería solo fuertes caricias en el cuello. Tuvo miedo, y la dejó.

Fué entonces cuando la encontraron una mañana, rígida, en la cama.

Se había ceñido, hasta ahorcarse, la cinta de terciopelo negra.

Tenía la cara congestionada, y la boca abierta, pero los ojos semicerrados parecían gozar aún el último temblor de voluptuosidad...

LA VAGABUNDA

Observaba, apretados los labios, cómo su padre ebrio golpeaba a su madre.

También ella soportó los golpes.

—“¡Pobre hija mía!, ¡pobre hija mía!”, repetía su madre curándole la carne magullada por el padre brutal.

La chica no lloraba ni decía jamás una palabra, que estas mujeres extrañas se obstinan en callar, atormentadas por la visión interior de una vida que sueñan distinta a la que llevan.

Pero cuando pudo ganarse el pan en la fábrica, no volvió más a su casa.

Se quedó esa noche a dormir bajo un puente.

Su padre, enfurecido al saber su huída dió un mal golpe a su mujer que murió. A él lo encarcelaron. Sus hermanitos han debido entrar en un hospicio de huérfanos donde viven y sufren.

Ella, a quien tanto costó su libertad: — la muerte de su madre, la prisión de su padre, la reclusión de sus hermanitos — la vive con fruición, salvajemente.

Se ha ido por los campos, vagando y pide limosna donde llega.

Como tiene diez y ocho años y sus ojos son negros y expresivos, no le faltan hombres que le ofrecen dinero...

Pero ella huye de los hombres porque sabe que si vende su cuerpo aunque sea por una hora, pierde una hora de su libertad. De esa libertad que tan cara le costó.

Y sigue vagando con fruición, salvajemente...

HERMINIA C. BRUMANA.

Avellaneda, Marzo 1925.



SUPERVIVENCIAS

UN CUENTO DE LA VIDA LIBERTINA



□ Por MARIO MARIANI □

Eran dos supervivientes del derrumbe de todos los sentimientos vanos.

Dos criaturas que habían visto y experimentado sufrimientos.

Mucho habían meditado sobre la vida, sobre las experiencias, sobre el dolor.

Habían, ambos, llegado a la edad del juicio tranquilamente.

Y se habían encontrado y ambos se habían decidido quererse mucho sin hacerse mal.

Ella, Laura Dianti, rubia, rostro ovalado, ojos azules, llanos, serenos. Voz dulce. Bondad infinita. Sonrisa indulgente. Principio de doble barba. Boca roja sin necesidad de carmin, carnosa. Dientes bien colocados y blancos. Cuello un poco grueso. Hombros perfectos. Brazos, finos y largos. Un poco gorda. Cuerpo todo curvo, de carnes sobre fuertes. Mórvida, un poco blanquecina, rosa. Andar lento.

Para los amantes: treinta años. Para los amigos: treinta y cuatro.

En el pasado: ordinarias, inevitables borrascas. Primeros deseos a los doce años, espera paciente, pero penosa hasta los quince. Caída más por curiosidad que por necesidad, salvando la cosa principal. Amorcillos incompletos, pervertidos. Un poco por pasatiempo un poco por dinero. Deseando regalos, teatro.

A los diez y ocho, primeros vislumbres de seriedad. Búsqueda páfida y afanosa del marido, a cualquier costo. Matrimonio. Felicidad durante el primer año. Luego: descubrimiento de las infidelidades del marido. Llanto. Actitudes de víctima. Rebelión.

El, el marido, la dejaba siempre atrás, en calle con la sirvienta, para ir delante con los amigos y poder libremente mirar todas las muchachas que encontraba.

Y un día, dándose vuelta para llamar a Laura, no la había visto más.

La señora había simplemente volado por una calle transversal y no quiso volver más a casa.

Se había puesto a hacer la prostituta sin convicciones. Así... para ganarse la vida. Como hacen todas las mujeres que dejan el marido sin un centavo y sin saber hacer nada.

El hecho de tener en la ciudad un marido vivo y sano le había impedido caer muy abajo.

Quien paga cien francos quiere siempre eludirse de poner las astas a alguno.

Tal es nuestro amor y nuestra veneración por la honestidad que nosotros pagamos furiosamente y locamente para quitarnos el gusto de corromper y de encanallar siempre más a todas aquellas mujeres que tienen todavía un pequeño sentido de honestidad.

Ella había podido pasar del lecho de un amante al de otro siendo siempre, invariablemente, esposa del abogado Dianti, la señora Dianti.

Y sus mantenedores la habían mantenido más por esto que por su carne gorda y rosada; más

por la íntima satisfacción de contarse y de contar a los amigos: yo soy el amante de la mujer del abogado Dianti"; y por la maligna satisfacción y en placer de constatar la noche en el teatro y decirle a Laura: "sabes... está también tu marido". Estos merecimientos de adulterio costaban algunos billetes de mil pero se es peligrosa una cachetada o un balazo.

Luego el abogado Dianti caía más y corría atrás, él también, por cuenta suya, a fáciles conquististas.

Después del tercero o cuarto mantenidos, Laura Dianti se encontró también en la calle: desventura que sucede a todas las mujeres de aventuras.

Hasta aquel día no había amado todavía verdaderamente, ni habría sufrido por amor.

Había tomado marido simplemente para casarse y había plantado al marido por amor propio ofendido y por ansias de libertad. Había pasado de un amante a otro por necesidad.

También "a gozar completamente" había aprendido solamente una noche que estaba ebria de champagne, y que el amante de entonces, de cincuenta años, la había torturado tres o cuatro horas, incapaz, por los humos del vino, de llegar a un resultado cualquiera.

Pero luego el espasmo no se había repetido más que a raros momentos, en condiciones especialísimas y con hombres robustos. Ni ella había tenido el ansia de besarlo. Pacífica, después de la revelación, esperó tranquilamente que el fenómeno se repitiera una o dos veces al mes, sin preocuparse mucho de prepararlos.

Estaba en este punto de su vida erótica cuando encontró uno de los comunes "vengadores del sexo", uno de aquellos hombres pícaros, que hacen descontar a las mujeres todo el mal que ellos hacen a los imbéciles.

Su bello amigo era un oficial. Las dos carreras que rinden menos son la carrera militar y la carrera artística.

El gobierno se obstina en dar cuatrocientos francos al mes a un teniente y después pretende que sea un gentilhombre; el público llora sobre la cruz de la miseria a todos los artistas jóvenes y después pretende de ellos una nobleza de carácter.

Este, su disfrutador, la hizo gozar, la pegó a su sangre, la prostituyó... la enseñó a prostituirse con más franqueza y saber buscar dinero con más descaro.

Después de un tiempo ella se libertó del amigo... mejor: fué la pública seguridad quien la libertó. Porque lo tomaron preso.

Entonces ella vivió como viven todas las mujeres que han aprendido a vivir y acumuló una pequeña fortuna, que le permitió no tener preocupaciones para el porvenir, contentándose con un solo "amigo" y con algún "capricho". Vestía con la seriedad y la simplicidad de las munda-

nas, se veía de tarde en tarde en el teatro y hablaba poco...

En este momento de su vida encontró al abogado Venerio Giarda. Cuarenta años. Calvicia incipiente. Fisonomía cualquiera. Sonrisa pfcara. Optima posición. Pasado sentimental. Cuando fué estudiante había amado a las modistillas. De joven abogado a la s señoritas bien. Se había enamorado tres veces en su vida y siempre de mujeres que lo había querido. Ni bello, ni tampoco ocurrencia, poco elegante de forma y en el vestir, había tenido que acostumbrarse desde joven a no ser amado por él sino por su cartera.

Y había reunido para las mujeres aquel odio y aquel desprecio que conciben todos los hombres que no gustan a las mujeres.

Se había casado para no ser obligado a buscar en las calles de la ciudad a las mujeres públicas, con el peligro de pescar una enfermedad, y así mismo, por economía. La mujer con quien se había casado aportó alguna dote, que pasó después de su muerte a un hijo bastardo.

Aunque muy viejo, ahora andaba detrás de astas legales, proponiéndose tener una relación que no le costara muy cara y que al mismo tiempo satisficiera a sus ya no violentos deseos carnales, con tranquilidad y puntualidad.

Laura Dianti le pareció la mujer a propósito.

El le había dicho: "como no le hago la corte y no sabría insistir si resistiese, así quiero que nuestra relación no sea de amor y menos pasión. Nada de celos, nada de escenas, cada uno libre por su lado. Gastaré por usted lo que pueda y vendrá a encontrarme de vez en cuando. Iremos a cenar juntos y alguna vez al teatro. Después... cada uno de su canto".

Ella repuso: "lo demás queda por mi cuenta.

"Como en el país de los ciegos el tuerto es rey, el poco de buen sentido que he heredado de mi madre lavandera y de mi padre zapatero remendon, me ha servido extraordinariamente; he pasado por una intelectual y por una mujer de alta categoría en medio de mujercillas tontas y hombres presuntuosos.

En los últimos años de su existencia, mi padre y mi madre se retiraron a hacer vida tranquila en la portería de un palacio señorial y yo pude conocer bien pronto la vida, meditando sobre las intrigas de todos los inquilinos.

Mi primer amante fué un conde venido a menos y me enseñó las buenas maneras y también la manera de hacerles deudas con desenvoltura; el segundo fué un escritor y aprendí de él, siempre el mejor modo de hacer deudas, algunas lecciones de perfeccionamiento que me fueron de extrema utilidad. El me enseñó a hablar siempre con desenvoltura, de países donde no había estado nunca, de libros que no había leído jamás, de cuadros que no había visto y a conversar en una forma de extraordinaria competencia de aquello que no sabía. Me enseñó a dar juicio con extraordinaria seguridad, a asegurar que Gabriel D'Annunzio ignoraba la lengua, que Guido de Verona no tenía efectos líricos, que Mario Mariani era inmoral, etc., etc.

"Luego tuve mi marido. Era un mujeriego y

yo me he secado haciéndole la sierva. Lo he plantado y he sido mantenida de éste y de aquél.

"La primera vez que me he enamorado verdaderamente, el hombre que amaba me ha explotado y pegado. He terminado por considerar la pasión como la cosa que hace ir las joyas al Monte de Piedad y que rompe los huesos.

"Este poco de buen sentido que he heredado de mi madre lavandera y de mi padre zapatero remendon me hace comprender que tú eres el que me conviene..."

Las relaciones habían durado dos años.

El se portó muy gentil con ella. Además de las dos mil liras mensuales le había hecho regalos. No le había tediado mucho.

Ella se había portado muy bien con él. Siempre pronta a sus órdenes, y no había pretendido nada además de lo que espontáneamente le ofrecía.

El siempre había pensado: las astas me las pone ciertamente, pero con mucha discreción. Con más cuidado que una esposa. Querida criatura".

Una mañana el volvió de Roma, donde había ido por algunos asuntos, con un día de anticipo y tuvo la mala idea de verla a ella.

Serafina, que vino a abrirle, hizo una exclamación de sorpresa.

El comprendió en seguida, como hombre de espíritu inquieto. Tomó la valija y dijo con una sonrisa tranquila:

—Disgusto... es cosa mía... debía haber telegrafiado... he sido una bestia. No incomodaré a la señora. Dígame que he vuelto y que pasaré a saludarla a la siesta.

Descendió, tomó un carruaje y se hizo llevar a su casa.

Se lavaba. Oyó el timbre. Y Laura Dianti entró asustada.

—Sabes... he corrido enseguida... aquella estúpida de Serafina... no sé qué cara puso... pero no comprendo porque... no había nadie... te juro.

El, entonces, se volvió con un aire estúpido, triste.

—No, así no... entre nosotros, no... conmigo, no. Porque quieres que entremos en la vulgar comedia, nosotros que no le hemos recitado jamás. No, Laura, no. ¿Te he dicho algo yo? ¿He pretendido algo yo? Estabas en tu derecho, la culpa es mía; debí telegrafiar. Me está bien. Muy bien como un sombrero nuevo. Tú estabas en tu derecho. Eres todavía más joven que yo y, después... francamente, dos mil liras al mes es muy poco dinero. Pero yo no te he dado más porque he pensado que si proveía a todas, las astas me las habrían hecho gratuitamente. Y esto me hubiera hecho sufrir más. Porque... sí... ¿que es lo que quieres?... me entristece. No lo hubiera creído, pero... me apena.

Mientras me lo imaginaba no era nada, ¡pero saberlo! Es tremendo el veneno que nos han puesto en la sangre... tremendo.

Se piensa, se reflexiona, se razona, se admite. Luego... se sabe, con el cerebro se continúa.

EL CABALLO VIEJO

La mañana era apacible y clara; la tropilla de caballos fué llevada al campo. El caballo viejo enfermo, Kholstomer, se quedó en la caballeriza. Apareció un hombre extraño, flaco, atezado, sucio, dentro de un caftán manchado de negro. Era el descuartizador. Tomó de la rienda al caballo, sin mirarlo, y echó a andar. Kholstomer lo siguió tranquilamente, sin darse vuelta, arrastrando como siempre las piernas, y rozando al pasar la paja con el anca.

Una vez fuera de la puerta cochera, el caballo estiró la cabeza hacia el pozo; pero el descuartizador tiró de la rienda, diciendo:

—No vale la pena.

El descuartizador y Vaska, el cochero, que iba con él, llegaron a un claro, detrás del cobertizo de ladrillo; y como si ese sitio ordinario hubiera tenido para ellos un interés extraordinario, se detuvieron en él. El caballo tendió la cabeza hacia la rienda, queriendo morderla para disipar su aburrimiento, pero no pudo alcanzarla. Exhaló un suspiro y cerró los ojos. Dejó caer el labio, descubrió sus dientes amarillos y gastados, y se adormeció, arrullado por el ruido del cuchillo que afilaban. Su pata enferma y envarada era lo único que se estremecía.

De pronto sintió que lo tomaban y le alzaban la cabeza.

Es para curarme, tal vez — pensó.

En efecto, sintió que le hacían algo en la garganta. Le hacían daño; tembló, dobló la pata, pero se contuvo y esperó lo que iba a seguir. Lo que siguió fué un líquido que corría a torrentes sobre su garganta y su pecho. Un suspiro le hinchó los flancos, y se sintió aliviado, muy aliviado... aliviado de todo el peso de la vida.

Bajó los párpados y dejó caer la cabeza; nadie la retuvo. Después sus patas se estremecieron, todo su cuerpo se bamboleó; lo que sentía era más bien sorpresa que miedo.

Le parecía tan extraño todo... se asombró, quiso abalanzarse, saltar... Pero, en vez de eso, sus piernas, moviéndose sin avanzar, se trabaron;

pensando, reflexionando, admitiendo, se siente un malestar en el estómago... no sé, en el intestino, que no se puede curar. No hablemos más. Hagamos como si no hubiera pasado nada... pero estoy triste... un poco triste... sabes... después de dos años!...

Volvió la cara. Pero Laura Dianti se la vió en un espejo. El viejo lloraba. Dos lágrimas le corrían de los ojos por las mejillas rosadas.

Llorando ella se acostó y le echó los brazos al cuello. Estaba verdaderamente entristecida. Le dijo con voz llorosa:

—¡Sufres!... perdóname.

El se puso la mano llena de pelos sobre los ojos e intentó sonreír.

—Es tremendo, te digo, el miedo... pero pasará... perdóname, sabes, pasará... un día o dos y luego... todo será como antes. Y perdóname tú... perdóname. Qu quieres!... por cinco minutos también una persona sería puede ser imbécil.

MARIO MARIANI.

sintió que tocaba el suelo con el costado, quiso incorporarse, pero cayó de pecho, y luego se tendió del lado izquierdo.

El descuartizador esperó que las convulsiones terminaran, apartando a los perros, que querían acercarse. Después tomó al caballo de las patas, lo dió vuelta poniéndolo sobre el lomo: dijo a Vaska que lo mantuviera así y empezó su faena.

—Era un buen caballo — murmuró el cochero.

—Si estuviera más gordo — observó el descuartizador — la piel sería mejor.

Esa tarde pasó por la altura la tropilla de caballos, y los del ala izquierda vieron en la hondonada un bulto enrojecido, y cerca de él perros que vagaban, cuervos y milanos que revoloteaban. Un perro, con las dos manos asentadas en la cañoña, arrancaba con ruido, sacudiendo furiosamente la cabeza, lo que sus colmillos habían asido. Una potranca se detuvo, estiró la cabeza y el cuello; olfateó largamente el aire. Costó trabajo sacarla de ese lugar.

Al amanecer, en un barranco de la vieja selva, unos lobeznos aullaban alegremente. Eran cinco; cuatro de tamaño casi igual y uno pequeñito, de cabeza más grande que el cuerpo. La loba flaca, en plena muda, arrastrando su vientre henchido, cuyas mamas rozaban la tierra, salió de un zarzal y fué a sentarse junto a sus lobeznos. Estos formaron el semicírculo delante de ella; la loba se acercó al más chico, hizo algunos movimientos convulsivos; después abrió su boca erizada de dientes, y haciendo un postrer esfuerzo vomitó un gran zoque de carne de caballo.

Los lobeznos grandes quisieron echarse encima, pero la madre los contuvo con gesto amenazador, y dió todo al chico. Este, como encolerizado, asentó gruñendo sus manos sobre la carne y se puso a devorarla. De la misma manera, la loba vomitó para el segundo, para el tercero, y así sucesivamente para los cinco.

Y sólo entonces se echó junto a ellos a descansar.

Ocho días después, detrás del cobertizo de ladrillo, no quedaba del caballo más que el cráneo y los dos húmeros; lo demás había desaparecido.

El cuerpo muerto de Serpukhovsky, ex dueño del caballo, que andaba por el mundo comiendo y bebiendo, fué puesto en tierra mucho más tarde.

Así como ese cuerpo había pesado fuertemente sobre los demás durante veinte años, cuando andaba por el mundo, de la misma manera su muerte misma no fué sino una carga más. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser útil, hacía mucho tiempo que incomodaba a todo el mundo. Sin embargo, los "muertos" que entierran a los muertos consideraron necesario vestir a ese cuerpo con un lindo uniforme y lindas botas, tenderlo en un buen féretro con borlas en las cuatro esquinas, poner este féretro dentro de otro de plomo, transportarlo a Moscú, y allá revolver esqueletos viejos para enterrar en medio de ellos ese cuerpo podrido, comido por los gusanos dentro de su uniforme nuevo y de sus botas lustradas, y tapar todo eso con tierra.

LEON TOLSTOL.

LA IMPORTACION DE HOMBRES CELEBRES

- 1906 -
GIMENO.



EL SABIO EN POSICION DE LA IDEA EMPIEZA A PULSAR EL NEGOCIO POR MEDIO DE NUMEROS COMO UN ALMACENERO CUALQUIERA



SABIOS, HOMBRES DE TALENTO Y FAMOSOS ARTISTAS, QUE VEGETAN EN LOS GRANDES MERCADOS DE EXPORTACION LATINOS, SE ESPECIALIZAN MADRID Y PARIS

EN DONDE SE ENCUENTRAN INTELIGENCIAS DE TODOS Y PRECIOS



UN BUEN DIA EL TRANQUILO CIUDADANO LEE UN TELEGRAMA DE MADRID DONDE SE ANUNCIA QUE UN GRAN ARTISTA PARTIRA PARA BUENOS AIRES DENTRO DE SEIS MESES



EL TRANQUILO CIUDADANO VUELVE A LEER A LOS QUINCE DIAS MAS O MENOS LA MISMA NOTICIA SIN DARLE IMPORTANCIA

RESUELTO EL VIAJE, EL FAMOSO ARTISTA EMPIEZA A VISITAR AGENCIAS TELEGRAFICAS, EMPRESAS PERIODISTICAS, SE HACE ORGANIZAR BANQUETES, NO DESCUIDANDO NINGUN DETALLE YA QUE SABE QUE EL FACTOR EXITO DEPENDE DE LA PROPAGANDA BIEN ECHA



PERO LA CASUALIDAD QUIERE QUE EL BUEN CIUDADANO TROPIEZE OTRA VEZ CON LA NOTICIA DE LA PROXIMA LLEGADA DEL GRAN ARTISTA.

EL POBRE CIUDADANO VA A LEERSE TRANQUILAMENTE LA PARTE LITERARIA DE "LA PRENSA Y ZAZ" SE ENCUENTRA CON UN ARTICULO DE AZORIN DE UNA PAGINA TRATANDO SOBRE LA PERSONALIDAD DEL FUTURO VISITANTE.



EL HOMBRE IMPACIENTE TIRA LA PARTE LITERARIA DE "LA PRENSA" Y VA A COMPRAR "LA NACION"



PERO ¡HO FATALIDAD! "LA NACION" SE DESCUELGA CON UN ERUDITO ESTUDIO DE ARAQUISTAIN SOBRE LA VIDA Y MILAGROS DEL QUE MAÑANA SERA NUESTRO DISTINGUIDO HUESPED



DELEGACIONES DE INTELLECTUALES ARGENTINOS ESPERANDO AL ILUSTRE GRAN ARTISTA.



LA LLEGADA

SOCIEDADES ESPAÑOLAS DE TODOS LOS COLORES RECIBIENDO AL GRAN PERSONAJE.

LA SALIDA

LOS UNICOS COMENTARIOS QUE SE HACEN SOBRE EL GRAN ARTISTA



LA REVOLUCION BRASILEÑA Y SUS HOMBRES

¿Que fines persigue?

Una aclaración solicitada y otra que ofrecemos por nuestra cuenta

Simpatizante con el movimiento revolucionario que se desarrolla en el Brasil, en todo lo que represente romper con los moldes de los gobiernos despóticos y tradicionales en los países Sud Americanos, vayan estas líneas como respuesta a las publicadas en el N.º 106 de LOS PENSADORES, bajo el epígrafe: "Los héroes modernos se dedican a robar vacas".

Conozco personalmente a Joao Francisco, y de su trato como así por las obras por él producidas, nada, de lo que se inserta en esa acusación se vislumbra, y meñes de la historia de los acontecimientos del movimiento revolucionario, y si en el conjunto, un hombre de un tempestuoso heroísmo y lo es de un carácter singular e inconfundible. Lo es, por el enérgico sello personal de un propio héroe y lo es, también por la vinculación estrecha e indisoluble de su acción, con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve.

El Brasil, país inmensamente rico, con una población que oscila de 32 a 34 millones de habitantes, sufre la angustiosa situación política de los gobiernos despóticos; herencia quizás de haber sido el último país de América en sacudir las castas monárquicas, por cuanto hace simplemente 35 años de la proclamación de la República.

Proclamada la República, nada mejoró y sí, puede afirmarse sin duda alguna empeoró, por cuanto en tiempo del imperio existían varios partidos políticos que pugñaban cada uno de conformidad a las líneas teóricas del pensamiento político y social contemporáneo y con el triunfo de la República, conseguida sin derramamiento de sangre y sin intervención de las masas populares, debido a que fué creada por un golpe de estado militar, los dirigentes y fundadores de ese estado de cosas, se adueñaron del poder y sin tomar en cuenta la voluntad popular o de enseñarle a ejercer las prácticas democráticas.

Dueños de la situación abandonaron las bellas teorías republicanas y de solidaridad con su pueblo, sin preocupación alguna para la enseñanza pública (actualmente hay 70 o/o de analfabetos) como así de la salud de los habitantes.

En este ambiente socialmente putrefacto donde el pueblo no interviene en la elección de sus mandatarios, por cuanto ante la cifra de 32 millones de habitantes hay solamente inscripto en los padrones electorales un poco más de medio millón, cifra que no alcanza, que poco pasa al uno por ciento de la población total, y con

todo esto y con la máquina electoral montada triunfasen algunos opositores, éstos son desconocidos, como se comprueba con las elecciones últimas donde se rechazaron opositores que habían triunfado por una mayoría abrumadora contra los candidatos gubernamentales, uno de éstos el senador por Río de Janeiro, Irineo Machado, y los diputados por San Pablo y otros estados.

País que no hay libertad de prensa, por ser el único quizá del mundo que tenga una ley draconiana que no permite la expresión del pensamiento escrito. No hay justicia, y los abusos más infamantes se cubren con la farsa galantería de la simulación cocodriliana. Presidentes de estados que se perpetúan en el gobierno como si fueran predios particulares y los hay que los son desde 25 ó 30 años.

Las puertas del comicio cerradas, la crítica del periodismo no es permitida, gobiernos que viven con el estado de sitio permanente, los extranjeros martirizados y vejados, la voz del pueblo sofocada por las ametralladoras; contra esos abusos de fuerza y a ese despotismo que impera sin tregua, que otro recurso queda, que el recurrir a la gran partera de la historia, la Revolución!

Y, más una revista como LOS PENSADORES que en este caso debiera con toda la tenacidad de su pensamiento renovador apoyar este hermoso movimiento que se produce en el país hermano a fin de que ese pueblo conquiste marchar al unísono de los pueblos democráticos del mundo, como lo aspiran los revolucionarios actuales, cuyo postulados han sido proclamados en las declaraciones formuladas y de cuya más importante como ser Sufragio universal y voto secreto; Escuela laica obligatoria y gratuita; Reforma y unificación de la justicia; Supresión de los ejércitos estatales y Legislación social de conformidad con la más avanzada.

El autor de las líneas en cuestión cayendo en el error por la información de la prensa reaccionaria, no debía dar créditos a esas calumnias infamantes, que no van en perjuicio simplemente del hombre y sí de la causa en sí, y más, quién de los revolucionarios de todas las épocas no hayan sido calumniados y vilipendiados? Por si acaso no lo fueron los principales de la Revolución Francesa, no lo fué Cronwell de la inglesa, y actualmente los de México, como ser Carranza, Obregón y otros? Quien ose afirmar hoy de lo que se infamó ayer? nadie. Así ha de pasar con Joao Francisco, y si lo hubiese

sido de vacas le hubiera sido más fácil llevarse el patrimonio de San Pablo que representaba mucho más de mil millones de pesos argentinos, mientras tanto lo dejaron intacto. Deconforme con su acción de ayer en lo que se refiere a sus participaciones en los movimientos reaccionarios blancos, pero hoy felizmente para la buena causa del Brasil comparte los ideales de redención para el pueblo y admite si fuera posible la transformación social en un régimen más justo y más humano.

Por lo tanto por un odio instintivo hacia un hombre por su pasado reaccionario, no puede combatirse jamás una causa santa para todos nosotros los que creemos en transformar y acercarnos más hacia el ideal de supresión de todo despotismo y de la injusticia y para que impere la justicia social al fin.

Este movimiento que felizmente avanza y que aspira a acercarse a esa transformación deseada por "LOS PENSADORES" y los hombres de corazón no puede por eso ser vilipendiado por cuanto su resultado beneficiaría a los vampiros de la situación actual y que lo son en el Brasil, los "legalistas" los que usurpan el poder para producir más mal y más dolor en los hogares del proletariado brasileño.

Hagamos todo lo que de nuestra parte es humano hacer, contribuyendo con nuestro grano de arena a fin de que los revolucionarios lleven de nosotros las mejores enseñanzas democráticas y plasmen en la práctica las bellas teorías de "LOS PENSADORES" en el terreno virgen del Brasil; no combatiéndolos por cuanto en este caso contribuiremos al triunfo de la reacción y del obscurantismo.

JOSE DI BONA.

S/c. Monte Dinero 2665

Nota de la Redacción — Bien, bien, amigo nuestro. V. conoce personalmente a Joao Francisco y opina que no es un caudillo vulgar sino una especie de líder revolucionario. Nosotros decíamos en ese suelto que V. critica, que no poseíamos mayores datos respecto a él y menos a los propósitos de la extinta revolución brasileña. Decíamos, asimismo que era una cuartelada, porque no veíamos más que figurar militares por todos lados. V. no niega que Joao Francisco tuvo un pasado reaccionario y que presidió su concurso a los blancos en las revoluciones uruguayas. V. no niega tampoco que el ideal democrático de los blancos era robar vacas. Por lo menos, el ideal de sus caudillos. En aquella época gloriosa Aparicio Saravia y Joao Francisco eran los hacendados más fuerte de la otra banda. Vale decir: los que tenían más cabezas de novillos. Pero, según parece, Joao Francisco, ahora que es viejo se quiere regenerar. ¿Es posible esto? Vemos a dar por cierto, que es posible y pasemos a discutir los principios democráticos que sustentaba la extinta revolución brasileña. ¿V. los conoce bien? ¿se ha incomodado a leer el programa que lanzó a los cuatro

vientos la "Alianza Liberadora"? El "Manifiesto a o Povo Brasileiro" donde se exponen los propósitos de la revolución es una pieza complicada de literatura brasileña, donde lo único que sale en limpio es que los revolucionarios quieren apropiarse del poder actual para implantar otro poder. La constitución del poder revolucionario no varía sensiblemente del poder conservador. Y en la revolución, el pueblo, no figura para nada. Allí los que más figuran son militares. Se ve también la mano de los militares en la confección del programa revolucionario. Hay un artículo que dice textualmente: "Asegurar a los militares y guardias civiles municipales las condiciones económicas que les permitan hacer frente a las pesadas exigencias de la vida presente". Otro: "Reorganizar el ejército y la armada, reintegrando todos los elementos sacrificados por el arbitrio y las violencias de los gobernantes actuales, etc." Otro: "Libertar las fuerzas armadas de la intromisión de políticos y gobernantes", etc. Vale decir: libertad de acción para el ejército inocente. ¿Qué más se propone? "Confiscar los bienes de todos los hombres públicos cuyas fortunas hayan sido adquiridas en el desempeño de cargos gubernamentales," etc. ¿Cómo se comprueba esto? Luego una serie de artículos... brasileños: "No permitir que ningún funcionario ofrezca regalos o festivos a sus superiores." "Impedir que los encargados de la administración den banquetes a costa de los dineros públicos." "Que los automóviles del Estado no sean destinados al uso particular." "Establecimiento de la semana inglesa." "Reglamentación del trabajo nocturno." "Abolición del trabajo de menores de 14 años." "Ampliación de la ley de ferrocarriles." "Simplificar y tornar posible de ejecución inmediata y rigurosa la ley de accidentes de trabajo." Etc., etc. Como se puede ver: toda nuestra constitución nacional. Y adviértase que todo esto no pasa de ser una promesa. Pero es una promesa burguesa. Allí no se habla de socialismo, ni de bolcheviquismo, ni de sindicalismo, ni de obrerismo, para que V. compare la revolución brasileña con la revolución mejicana. En Méjico la revolución tenía un carácter mercadamentemente proletario. Las personas que se hallaban al frente no eran los drones de vacas. Y la obra que está haciendo actamente Vasconcellos es tan solo meritoria como la que hizo Lunacharsky en Rusia. Los caudillos mejicanos como Zapata no tenían hacienda. Además, no eran simples militares que reclamaban más sueldo. Allí había y hay principios revolucionarios como había y hay en Rusia.

Nosotros consideramos la revolución cuando esta tiene un carácter social. Lo demás, son cuarteladas. Ejemplos de cuarteladas son para nosotros las que pegaron Mussolini y Primo de Rivera; ejemplos de revolución democrática los tenemos en Rusia y en Méjico. Si, tiene razón V.: la revolución es la partera de la historia, pero la cuartelada, no.

Finalmente: ¿cuáles son las obras de Joao Francisco?

-: UN :-
 -: DRAMA :-
SENSACIONAL
 — POR —
 ARCADIO AVERCHENKO

Samatoja era un hombre resuelto y que casi siempre obraba por inspiración.

Sin saber por qué, se le ocurrió, de pronto, la idea de saltar la tapia del jardín ante el cual le habían llevado de un modo fortuito sus pasos. Y la saltó. Acaso pudiera robar algo; tal vez encontrase algún objeto de valor... Los señores suelen pasar gran parte del día en el jardín, y se dejan, a menudo, en los kioscos, ropa, bandejas, servicios de té... Samatoja tenía hambre, y cuando tenía hambre se sentía enemigo encarnizado de la propiedad.

Cuando estuvo dentro del jardín miró en torno.

No lejos de la tapia, entre unas altas matas de lilas, había un banco. Hacía calor, y Samatoja se sentó para descansar un poco al fresco. Con la manga de la vieja chaqueta se enjugó el sudor de la frente.

Diríase — tal inquietud, tal silencio reinaba en él — que el jardín se hallaba a gran distancia de todo lugar habitado. Senderos cubiertos de hierba atravesaban en todas direcciones. Había uno más ancho y más cuidado, que, a juzgar por estos indicios, conducía a la casa.

Antes de que el ladrón hubiera podido orientarse apareció en dicho sendero una niña como de seis años. Al ver entre el follaje las piernas de aquel hombre — lo único que las altas y espesas matas no ocultaban de su persona — se detuvo, perpleja, estrechando contra su corazón a la muñeca, dispuesta a defenderla de todo peligro. Y tras una corta vacilación, preguntó:

—¿De quién son esas piernas?

Samatoja apartó las ramas y miró a la niña, frunciendo severamente las cejas; la inopinada aparición de aquella mocosa podía desbaratar sus planes.

—¿Qué quieres? — interrogó con aspereza.

—¿Esas piernecitas, son tuyas?

La niña escogía, como ve el lector, las expresiones más corteses.

—¿De quién van a ser?

—¿Y qué haces aquí?

—¿Acordarme de mi abuela!

—¿De tu abuela? ¿Dónde está?

—¿Dónde va estar! ¿En su palacio!

—¿Y por qué te has sentado ahí?

—Porque estoy casada.

—¿Sí? ¿Te duelen las piernecitas?

La niña, en cuyos ojos se pintaba la compasión más tierna, avanzó algunos pasos.

—¿Vaya si me duelen! Estoy rendido.

Recordando las lecciones de buen tono de su mamá, la niña no juzgó correcto continuar la conversación sin estar presentada a aquel hombre, y le dijo, tosiéndole la mano:

—Permítame que me presente. Me llamo Vera.

Samatoja estrechó con su mano peluda la delicada manecita.

Hecha su propia presentación, Vera añadió, levantando la muñeca a la altura de la nariz de Samatoja y acercándosela a la cara:

—Ahora, permítame que le presente a mi muñeca. Se llama Martucha. No tenga usted miedo, no es de carne.

—¿De veras? — exclamó con fingido sosiego el intruso.

Y sus ojos examinaron, de un modo rápido, a la niña. ¿No llevaba pendientes, ni pulsera, ni medallón! Lo único que se le podía robar era el vestidito y las botas; pero no valían gran cosa. Además, la rapaza no se dejaría desnudar así como así; empezaría a gritar.

—Mira: la muñeca tiene una herida en el costado. ¿Quieres ser el médico? Anda, cárala.

—¿Dámela; vamos a ver si la curamos.

II

Se oyó hablar no muy lejos. Samatoja soltó la muñeca y miró, inquieto, hacia la casa.

—¿Quién habla por ahí? — preguntó, cogiéndole una mano de Vera.

—No es aquí. Es en el jardín de al lado. Papá y mamá han salido.

—¿Sí? ¿Y tu niñera?

—La niñera me ha dicho que sea buena y se ha ido. Volverá a la hora de comer. Debe estar con un soldado.

—¿Qué soldado?

—¿El suyo?

—¿Su novio?

—¡No, no, su soldado! Oye...

—¿Qué?

—¿Cómo te llamas?

—Michka — contestó secamente el intruso.

—Y yo, Vera.

La niña se quedó un momento silenciosa, y luego, recordando de nuevo las lecciones maternas de elegancia en el trato social, añadió:

—Mamá se alegrará tanto de verte. Vendrá a las seis. La esperarás, ¿verdad?

—Veremos...

—Hasta que venga, jugaremos; ¿quieres?

—Sí; pero ¿a qué?

—Al escondite. Esconde la muñeca, anda. Y si la encuentras...

—No, no me gusta ese juego. Jugaremos al convidado. Es más bonito.

—¿Al convidado? ¿Qué juego es ese?

—Mira: tú serás el ama de la casa y me convidarás a comer; ¿te gusta?

Vera acogió la proposición con entusiasmo. ¡Iba a hacerle los honores de la casa a una persona mayor!

—¡Sí, sí! ¡Vamos!

—¿Adónde?

—¡A casa, hombre!

Samatoja vaciló

—¿Estás segura de que no hay nadie?

—¡No hay nadie! ¡Me he quedado yo sola! ¡Vamos, vamos! ¡Verás cómo nos divertiremos!

—gritó Vera, brillantes los ojos como diamantes negros.

III

Vera puso ante Samatoja un plato vacío, se sentó frente a él, apoyó la mejilla en la mano y empezó a charlar.

—¡Coma, coma! ¡Estas cocineras son una calamidad! La nuestra ha dado en la costumbre de quemar las chuletas. Tendré que echarla.

Viendo que el convidado no contestaba, la minúscula dama le dijo:

—¡Pero no sabes jugar! Debías responder: "Señora: las chuletas están exquisitas!"

—Como no hay chuletas... — objetó Samatoja, demostrando una lamentable carencia de imaginación.

—¿Y eso qué importa, fante? ¿No estamos jugando?

—Yo no puedo jugar así. Para jugar bien hay que comer de veras. Al menos, nosotros...

—¿Quién sois vosotros?

—Mis hermanitos y yo. Nosotros, cuando ju-

gamos al convidado, ponemos en la mesa platos con comida y comemos de verdad. ¿Está cerrado con llave el aparador?

Vera pensó: "¡Qué juego más raro!"; pero decidió complacer al amigo. Acercó una silla al aparador, se puso de puntillas sobre el asiento y dijo, luego de mirar un momento al interior del guardaviandas:

—No hay ninguna golosina. Ni bombones, ni pastelillos. Un pedazo de empanada, pollo asado, huevos duros...

—¡No importa! A falta de otra cosa...

—Como quieras.

—¿Y algo de beber?

—Nada. Una botella de vodka; pero el vodka sabe tan mal...

—¡Venga también el vodka! A mí todo me sabe bien.

IV

Con una servilleta sobre los hombros, a manera de chal — su mamá rara vez se sentaba a la mesa sin dicha prenda —, Vera, sentada frente a Samatoja, remedaba a las amas de casa corteses y solícitas.

—¡Coma, coma! ¡No gaste ceremonias! ¡Esta malita cocinera siempre ha de quemar el pastel! ¡Oh, crea usted que si pudiera una pasarse sin ellas!...

La minúscula dama esperó, en vano, la respuesta.

—Pero...

—¿Qué?

—¿Por qué no contestas?

—¿Qué debo contestar?

—Debes contestar: "Señora; el pastel está exquisito".

Para darle gusto a su amiguita, Samatoja, con la boca llena, balbuceó:

—Señora: el pastel está de rechupete.

—¿Cómo has dicho?

—De rechupete.

—¡No sabes jugar!

—¿Por qué?

—Porque dices "de rechupete", y lo que hay que decir es "exquisito".

—Bueno, pues está exquisito.

—Otro copita de vodka.

—Gracias, señora. Es un vodka exquisito.

—Me parece que el pollo está un poco duro. ¡Oh, son un castigo estas malditas cocineras!

—Señora: el pollo está exquisito.

Tras un breve silencio, Vera, en su papel de perfecta dama de casa, inició una conversación mundana:

—Ha sido muy caluroso este verano, ¿verdad señor?

—¡Ha sido un verano exquisito, señora! — repuso Samatoja, en cuyas respuestas estereotipadas se veía que no había nacido para dialoguista.

Y, cogiendo la botella añadió:

—Con permiso de usted voy a servirme otra copa de vodka.

—¡No sabes jugar!

—¿Por qué?

—Porque debes esperar a que yo te invite a beber... ¡Otra copita, no gaste ceremonias!

¿No encuentra usted demasiado amargo este vodka? ¡Oh, estoy de las cocineras hasta la coronilla! Voy a cambiarle el plato.

Somatoja decía para su capote: "He inventado un juego delicioso". Y, aprovechando un descuido de Vera se metió en el bolsillo un cuchillo y un tenedor de plata.

—¡Coma, coma!

—¡No tengo ya gana, señora!

—¡Pero si no ha comido usted nada, señor!

—¡He comido como un animal!

—¿Qué manera de hablar es esa, Michka? Debes decir: "Gracias, señora; he comido muy bien. ¿Me permite usted encender un cigarro?".

—Bueno, bueno. Lo malo es que no tengo cigarros.

Vera corrió al despacho de su papá y volvió con una caja de puros.

—Estos puros — dijo imitando la voz ruda de su padre — los he comprado en Berlín. Son un poco fuertes; pero no puedo fumar otros.

—Gracias — contestó, distraídamente, Samatoja, mirando con ojos investigadores a la habitación inmediata.

La niña se quedó un momento pensativa y propuso:

—Oye, Michka: ¿quieres que juguemos ahora a una cosa muy bonita?

—¿A qué?

—¡A los ladrones!

V

La proposición dejó perplejo a Samatoja. ¿Qué significaría "jugar a los ladrones"? Semejante juego con una niña de seis años le parecía una profanación de su oficio.

—¿Y cómo se juega a eso? — preguntó.

—Verás. Tu serás el ladrón y yo gritaré y te diré: "Coge el dinero y las alhajas; pero no me mates a Martucha."

—¿A qué Martucha?

—A la muñeca... Me esconderé y me buscarás.

—Yo creo que el que debe empezar, por esconderse es el ladrón.

—¡Tú que sabes! La que debe esconderse soy yo. Preguntáelo a mamá cuando venga.

Samatoja no insistió.

—Bueno, bueno. Escóndete. Pero tienes que ponerte una sortija o un broche.

—¿Para qué?

—Para que yo te los quite... Como soy un ladrón...

—¡Bah! Puedes hacer que me las quitas, aunque yo no las lleve.

—No, yo no quiero jugar así. ¡Vaya un juego!

—¡Jesús, qué tontol! Se ve que no has jugado nunca a los ladrones... Bueno; voy por el relojito y el broche de mamá, que están en un cajón de la cómoda.

—¿Habrá también unos pendientes? — inquirió, con acento acariciador, el intruso, en su afán de darle al juego un carácter marcadamente realista.

—Puede que sí. Espera.

VI

El juego era muy divertido.

Vera saltaba alrededor de Samatoja gritando:

—¡No le hagas nada a mi Martucha! ¡Llévate, si quieres, mi dinero y mis joyas, pero no me la mates!

De pronto se quedó mirando perpleja a su amigo y profirió:

—¿Y el cuchillo? ¡Un ladrón debe llevar un cuchillo!

—¿Sí?

—¡Claro! Espera, voy por uno.

—Si es de plata, mejor. Los ladrones llevan cuchillos de plata.

Cuando Samatoja se hubo apoderado del reloj, el broche, los pendientes y algunas otras joyas, dijo:

—Ahora te encerraré... haré que te mejo en la cárcel.

En los negros ojos de Vera pintáronse el asombro y la indignación. Aquello era contrario a las tradiciones consagradas de la ladronería.

—¡Vamos, no digas tonterías! A quien hay que meter en la cárcel no es a mí, sino a tí.

Samatoja reconoció la lógica de tales palabras.

—Entonces haré que te encierro en una torre.

—¡Eso ya es otra cosa! El cuarto de baño será la torre, ¿quieres?

—¿Sí, sí. Ahora te cojo en brazos... ¡ajajá!... y ¡andando!

Vera, camino de "la torre", braceaba, como si intentara desasirse del ladrón. Y una de sus manecitas, al caer sobre un bolsillo de Samatoja, tropezó con un tenedor.

—¿Qué llevas ahí, Michka? — preguntó introduciendo la mano en el bolsillo.

—¡Nada. Un tenedor. Será de mi casa.

—No, es nuestro. Mira la marca. Te lo habrás guardado creyéndote que era el pañuelo.

—Sin duda.

Cuando llegó al cuarto de baño, el intruso dejó en el suelo a su amiguita.

—Bueno; ya estás en la torre.

—¿Y si me escapo? Debes atarme las manos.

—¡Tienes razón, nena! Eres una niña muy lista y te quiero mucho.

—¡Vaya una manera de hablarle un ladrón a su prisionera! ¡No sabes jugar! ¡Jesús, qué tontol!

—¡Bueno, bueno. Dame las manecitas para que te las ate.

Momentos después, Samatoja salió del cuarto de baño, cerró la puerta con llave y se alejó. Al pasar por el vestíbulo cogió del perchero un gabán de entre tiempo. Atravesó tranquilo, sin apresurarse, el jardín...

VII

Habrán pasado algunos días.

Samatoja se había deslizado, como un lobo entre los carneros, en el parque lleno de niños y niñas. Veláanse por todas partes cochecitos de bebé y sonaban, en toda la amplitud del numeroso cercado, risas y llantos infantiles.

Samatoja observaba los animados y dispersos grupos con ojos de lobo en acecho. A la sombra de un corpulento árbol estaba sentada una miss, absorta en la lectura de un libro, y algunos pasos más allá, una niña como de tres años se divertía construyendo una casa con trocitos cúbicos de madera. Junto a la niña yacía sobre la verde hierba una muñeca más grande que su ama. Era una magnífica creación de una casa de París: tenía una espléndida cabellera rubia y vestía un lindo traje azul orlado de encajes.

Samatoja clavó una larga mirada en aquella muñeca y, tras una breve vacilación, se lanzó sobre ella como un tigre, la cogió y huyó a todo correr.

Niñeras y niñas, aterrorizados, prorrumpieron en gritos. Los guardias empezaron a pitar deses- peradamente, corriendo en todas direcciones. Se armó una batahola infernal.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Pero Samatoja había saltado ya la tapia del parque y jadeaba, sano y salvo, en una calle- juela desierta.

Luego de descansar un momento, sacó de uno de los bolsillos de su vieja chaqueta un lápiz y un pedazo, arrugado y sucio, de papel, y, sir- viéndose de la tapia como de escritorio, escri- bió, sin pueriles preocupaciones ortográficas, la siguiente carta:

“Estimada señorita Vera: Perdóneme usted que me fuera sin despedirme. Si no hubiera puesto pies en polvorosa, el juego de los ladrones hubiera acabado mal para mí. Yo no hubiera querido disgustarle, porque eres una niña muy mona y muy buena; pero ya ves... Te regalo, como recuerdo mío, esa muñeca que me he en- contrado en la calle. Te beso las manecitas. No te olvidaré nunca en mis oraciones. Sé feliz y no le guardes rencor a Michka Samatoga, que te quiere y te estima mucho!

Aquella misma tarde Samatoja tiró por enci- ma de la cerca del jardín de Vera la muñeca, a cuyo traje azul había prendido la casta con un alfiler.

ARCADIO AVERCHENKO.

REFRANES SOBRE EL AMOR

Tanto te quiero que tus flaquezas no veo.

De enamorado a loco va muy poco.

Para el amor y la muerte no hay cosa fuerte.

Hombre apasionado no quiere ser consolado.

Más discurren los enamorados que cien letra- dos.

Si una vez llega a querer es más firme la mu-

Querer es relativamente fácil; pero querer, in- teligentemente, querer con perseverancia, con métodos, pocas personas son capaces de ello.

BIBLIOTECA

LOS NUEVOS

Publicación de EDITORIAL CLARIDAD

Obras publicadas

Tomo I. *Tinieblas*, por Elías Castelnuo- vo.

Tomo II. *Versos de la Calle*, por Alvaro Yunque.

Tomo III. *Malditos*, por Elías Castelnuo- vo.

Obras a publicarse

Tomo IV. *Cuentos de la Oficina*, por Ro- berto Mariani.

Tomo V. *Los Pobres*, por Leonidas Bar- leta.

Tomo VI. *Tangarupá*, por Enrique M. Amorim.

Tomo VII. *Los Bestias*, por Abel Rodrí- guez.

Biblioteca Teatro Nuevo

En virtud de un convenio celebrado con los principales autores del teatro rioplatense, la Editorial Claridad inicia otra vez la pu- blicación de una biblioteca teatral.

Esta biblioteca será la mejor “expresión del teatro en la mayor amplitud de pensa- miento y de arte”.

El primer volumen se pondrá en venta el día 6 de abril.

LA GRIETA ha tenido un doble éxito de pieza en tres actos de Pedro E. Pico y Juan León Bengoa.

Se trata de una obra inspirada en un cuen- to de Alejandro Kuprin, cuyo valor literario está por encima de todos los juicios elogio- sos que puedan hacerse.

Se inicia esta biblioteca con LA GRIETA representación: con su estreno por la com- pañía Quiroga en el Odeón, en marzo de 1924 y su reprise por la compañía Brena-Gutiérrez, en el Teatro Marconi en la actual temporada.

El segundo número de **TEATRO NUEVO** lo ocupará **HERMANA MIA...**, de González Castillo.

Si Vd. tiene interés en formarse una buena biblioteca teatral contemporánea adquiera **TEATRO NUEVO**.

LAS GRANDEZAS ARGENTINAS

EL CHACARERO

Nuestro país se conoce en el exterior por las fabulosas cosechas de trigo y de maíz.

En cambio, de él se desconocen muchas cosas, entre otras, las condiciones, casi animales, en que vive el chacarero, cuyo esfuerzo y sacrificio engendran la producción.

Es maravilloso el contraste entre la gigantesca metrópoli con todas las características de urbe europea, y las pampas ingratas, donde la vida del hombre se desarrolla de una manera primitiva y grosera, que hace pensar siempre en la paradoja desesperante de esta civilización falsa y superficial...

El viajero que recorre las llanuras de las provincias del litoral o el sur de Córdoba encuentra, como habitación característica, el rancho de barro con techo de zinc, que más parece un chiquero que albergue humano. Allí pasa los años el chacarero con su familia y de allí emigra comúnmente para construir en otra parte, otro chiquero parecido.

La chacra es triste, apenas se ve uno que otro árbol nacido más por el azar que por la voluntad fecundante del hombre.

Lógico es todo esto, la tierra no le pertenece, ni siquiera el producto que, bajo el esfuerzo de su brazo le ofrece anualmente la gran madre.

Es extraño que el chacarero no sea más nómada. Si se tiene en cuenta el calvario de su vida, el tiempo escaso de los contratos y las leyes brutales de desalojo que han promulgado los propietarios y legisladores al antojo y gusto de la gran propiedad privada.

El chacarero vive rodeado por una cadena de explotadores que al menor descuido le estrangulan y le hunden sin piedad. No lo matan. Peor todavía, le condenan a un trabajo de 5 ó 10 años, en beneficio del capitalista que supo dar el golpe. Esquilado no tiene otro horizonte que el trabajo cotidiano y perenne.

El primer parásito que sufre, el más grande, es el terrateniente, para quien son todas las mejoras que se introducen en el campo. Las mejoras que se introducen en el campo. Los campos en este país han adquirido precios fabulosos, debido por un lado a las especulaciones y por otro al aumento superfluo de los gastos de los poseedores. Ya es corriente pagar mil o más pesos, por una cuadra de terreno que hace diez años valía cien o doscientos.

Los remates y la parcelación de tierras, han creado precios fabulosos, artificiales, que han colaborado en la suba enorme de los arrendamientos.

Los grandes cuentos del tío están a la orden del día y sin embargo la justicia duerme.

Las rentas de campos sin interés (los inte-

reses están calculados y sumados) a 20 años!! de plazo, ha venido a prestar la mente de los chacareros que después de un cuarto de siglo de trabajo, habían reunido unos cuantos ahorros y a empeñar a los que no tenían y que por no poder pagar, los llevará a la ruina, bajo la dulce ilusión de ser propietarios.

Todos estos negocios repercuten sobre los arriendos en general. Así los propietarios se dicen: "Si por aquel campo han pagado mil pesos la cuadra, el mío que está en buenas condiciones y es mejor, debe valer más y como tengo calculado, en el alquiler, los intereses de setecientos pesos, este año subiré los alquileres a sesenta por cuadra". Así se siente una suba general que cada año se traduce en los desalojos que se verifican en todas partes. Ayer fué en el Tandil donde 250 familias eran desalojadas, hoy es en Largaia, o Las Rocas u Oliva.

La especulación en tierra revienta más al cincuenta mil pesos, al mes siguiente lo vende en doscientos ochenta mil. ¿Qué trabajo ha realizado? ¿Cuál es la producción o utilidad?

Esa "ganancia" pesará sobre la economía general.

El que arrienda ese campo tiende a sacar un interés calculado de 280.000 pesos que pesará sobre el trabajo, sobre el chacarero directamente y por ende sobre la economía entera. El chacarero es explotado por el mayorista, cuyos balances anuales dan un treinta o un cuarenta por ciento de utilidades. Comerciantes que tienen un olfato admirable y que tres meses antes saben si la cosecha viene bien o viene mal.

Si hay perspectivas buenas, la orden es: "Saque no más", y si las hay malas se cierran los créditos y apenas los comestibles se les proporcionan. Amén de que la ignorancia del chacarero es la materia más alta de explotación. En San Francisco en una de las casas más importantes, fuertes y "serias" de la repion un empleado le avisa al gerente, que un colono llevó unos bastos y que no se acordaba quién era. El gerente dió orden que se apuntaran en la seiscientas libretas que tenía la casa, diciendo: "el que no los haya llevado, reclamará". Efectivamente reclamaron unos pocos!!

El chacarero es explotado por el médico. El médico en el campo (cuando trata de enriquecerse presto) es el delincuente más peligroso que existe. Cobra, pesos veinte por legua. Una visita a cinco leguas son cien pesos!! Una fractura, por más simple que sea, son seiscientos o setecientos. La cura de un carbunco, una pulmonía, un parto, arriba de mil pesos!!

Hay chacareros que trabajan para el médico

el año entero. Si caen por desgracia a las grandes ciudades: Córdoba, Rosario o Capital, peor, porque les arruinan más.

"Antes que enfermarse, me decía uno, es preferible reventar".

He conocido otro a quien la idea de curar un reumatismo lo arruinó y retornó al fin de Buenos Aires con el mismo reumatismo y dos mil pesos menos que era su único capital...

Para colmo de las plagas, cada pueblito tiene un cura, éste predica la obediencia y en nombre de la resignación le aconseja tener 14, 15 ó 16 hijos, "porque Dios los manda".

Al final todo el mundo cae sobre el chacarero.

¿Beneficios? Ninguno.

Trabaja la tierra con métodos y máquinas rudimentarias.

Trabaja bajo los soles calientes de enero que reventan caballos y bueyes. Ara en los fríos y crudos inviernos bajo las condiciones atmosféricas más malas. Está expuesto a la suerte del tiempo. Unas veces son muchas las lluvias, otras son escasas. La cosecha siempre puede malograrse.

La naturaleza le manda la langosta que va y vuelve comiendo maíces y frutales. El Estado le manda al langostero que sale de las chacras con huevos, pollos, lechones, etc., y que viene "para hacer cumplir la ley"... por unos cuantos pesos.

Los gobiernos le esquilman con impuestos cada día mayores y pobre si cae bajo la acción benemérita de la autoridad, respetada, que en las campañas adquiere las formas de pequeños señores medioevales, o de la justicia encarnada en el Juez de Paz, que de todo tiene menos de Paz.

Los hijos del chacarero irán descalzos. Permanecerán en la ignorancia, porque en las escuelas de campaña son de tal calidad los maestros que los niños concurren durante tres años y todavía no aprenden a leer!!!

De todas maneras el chacarero es el descendiente directo de aquel paria, que se llamó el gaucho, que para la literatura y la justicia es el gaucho malo de la leyenda y que si hubiera sido tan malo como dicen hubieran llegado algunos hasta nosotros, en vez de desaparecer completamente, con menos de un siglo.

Si esto pasa con el chacarero que pasará con el bracero, con el peón del chacarero, su explotado?

¿Qué será de la vida de ese esclavo moderno que no tiene nombre, familia o albergue fijo? Qué va en las máquinas a la trilla, que junta con paciencia de hormiga, los "choclos" en los incommensurables maizales!

¿Qué decir de esa gente sin historia que salen de las ciudades o bajan del norte, como golondrinas migratorias, viajando sobre trenes de carga, viviendo a la intemperie sufriendo lo indecible?

¿Qué decir de estos peones, algunos de los cuales, sólo unos pocos, serán futuros chacareros?

El trabajo del campo que debió ser el más libre y socorrido, hoy está convertido, por virtud de una civilización torcida, en una maldición sin poesía, en una condena hastiadora y fría.

Cuando el tren pasa por las estaciones, camino de Córdoba al Rosario y me fijo en los chacareros, con caras rudas y sin inteligencia, abotagados por el alcohol o por el veneno de un trabajo animal y continuo; cuando estrecho esas manos ruidosas y ásperas, que parecen troncos o raíces, pienso en la tan cacareada grandeza argentina. Me avergüenzo de haber nacido en este pedazo de tierra, donde se permiten tantas injusticias. Tanto hubiera dado nacer en Esqui-malia o en el centro del Africa.

Yo sé que muchos tienen orgullo de conformarse con todo lo que es argentino, pero esta vanidad de grandeza, no es más que orgullito, Orgullito nacional.

J. LAZARTE.

LITERATO VELETA



LEOPOLDO LUGONES

CURIANGO

CUENTO INEDITO DEL ESCRITOR BRASILEÑO

ALFONSO SCHMIDT

Todos los años, al acercarse las fiestas de San Pedro, hacíase una suscripción para los juegos de arteficio que quemaban los presos. Era una gran colecta pública. Nadie dejaba de llevar una moneda a las redacciones de los diarios, algunos para ver su nombre en letras de molde, otros por el noble deseo de proporcionar unas horas de distracción a los presos.

El año pasado, la suscripción alcanzó casi el doble de las anteriores. Con eso, la gente que hasta entonces hacían el aerostato de San Pedro con papel barrilete, resolvió hacerlo con papel manila.

Fueron quince días de una continua alegría. El papel llegó a la prisión en un fardo de diez resmas, atado por finas cintas de acero. Toda la gente lo miró, comprobó el peso, curioseó, hizo comentarios...

Mateo, que estaba preso por haber matado a su mujer a cuchilladas, era el rey de la fiesta. Excitado, delirante, daba órdenes:

—Pedro, andá a buscar la tenaza para cortar los alambres.

—Curiango, movete, sino te van a herrumbar las rodillas.

Pedro era ladrón; Curiango era un negro magro, pequeño, ágil y fuerte como un mono; tenía la holgazanería metida en la sangre. Había nacido por casualidad.

Dos atorrantes encontraronse una noche, oscura como una caldera de asfalto, en un edificio en construcción. El instinto los atrajo y se entregó el uno al otro sin verse si quiera las caras. Tal vez él fuese un cabron escapado de alguna quinta. Tal vez ella fuese una de esas gatas físicas que la gente ve arapientas, durmiendo en los umbrales, bajo el disco inmenso del plenilunio. El caso es que Curiango nació en esa hora de brutalidad.

Su más nefasto recuerdo de niño aparecíasele nebuloso, llorando en el quicio de una puerta. Después, recordaba una vida vagabunda por los arrabales, en compañía de los mendigos y de los perros. Muchas veces, pasando delante de las chacras ricas, envidió la suerte de los perros, cuya profesión indecorosa es la de cuidar la propiedad... de los otros.

Pasó el tiempo. Como era natural, las diversiones públicas ejercieron sobre él una terrible fascinación. Tanto merodeó por un circo que terminó por ser admitido como peón para cuidar a los animales. Despreciado por los hombres, acabó por ser querido por las bestias. El tigre, por ejemplo, fué para con él dócil y cariñoso como un perro. Por la noche, en el patio cerrado por altos muros, cuando la magnolia de la luna derramaba sobre la tierra su luminoso perfume azulado, Curiango abría la jaula y poníase a jugar con el tigre. Cuando el dueño del circo se enteró, lo castigó. Después tuvo una luminosa idea: presentarlo como domador en el próximo espectáculo. Sería un gran suceso.

El domingo, por la noche, cuando llegó el mo-

mento de exhibir las fieras, en lugar del antiguo domador, apareció Curiango, con una hermosa chaqueta azul, galoneada de oro. En la cabeza llevaba un gorro turco, con una borla tan grande que parecía la de un cortinado. Ya no se llamaba más Curiango, ahora era Mister Pott, domador tartaro, rey de los domadores; Suceso de Londres, Paris y Nueva York...

Desgraciadamente, toda la gente lo conocía. El público que se apretujaba en el circo descubrió debajo del disfraz de Mister Pott a Curiango. Y si alguien dudaba de ello, allí estaba para atestiguarlo el antiguo domador, despechado, con una verdadera claqué de golfillos pagados para estropear el número.

El nombre de Curiango salió del antiguo domador y fué de boca en boca. Una careajada brutal estremeció el techo de lona, haciendo temblar las cuerdas. Mister Pott, tembloroso, entró en la jaula del tigre. El animal, al verlo, echóse a sus pies, moviéndose con satisfacción. El público sintióse defraudado, al ver a ese canillita atrayendo su atención y a exigirles los mismos aplausos, sólo dados a los artistas de fama mundial. El domador dimitido puso a silbar desafortadamente, llevándose los dedos a la boca.

Irrumpió una tremenda gritería que sacudió el circo entero. De las gradas comenzaron a volar para la pista, sombreros, bastones, sillas. Todos gritaban. Silbidos agudos cruzaban el aire. Una loca algazara.

Vióse, entonces, una cosa espantosa. Curiango sintió en su alma el deseo de vengarse de aquella gente.

Abrió la puerta de la jaula y dejó escapar al tigre. Este precipitóse en la arena, espantado de su propia libertad. Se operó un desbande en el público. Un silencio de terror siguió a la infernal gritería. La fiera púsose a dar vueltas por la pista, indecisa. Un hombre lanzó un grito espantoso y se trepó por las cuerdas que conducían al techo. Fué el grito esperado. A él siguió un loco desbande. En su carrera los hombres pisaban a las mujeres y a los niños. Muchos al bajar las gradas tropezaban, cayendo en la pista de arena. Las cuerdas fueron cortadas por los fugitivos y el toldo del circo se levantó, rompiendo las lámparas, que se apagaron, confundiendo todo en una masa compacta y negra de terror.

Había mucha sangre desparramada. El tigre olfateó, dilató las fauces anhelante y huyó en la noche llena de gemidos.

Cuando, horas más tarde, se consiguió restablecer el orden, verificóse la cantidad de los muertos y heridos. Los niños fueron conducidos al depósito de los cadáveres, aplastados, como si hubiesen quedado debajo de una prensa. Veíanse mujeres que solo conseguían levantar la mitad de los brazos en un gesto de locura; la otra mitad quedaba colgada, balanceándose en el aire. Un viejo, livido, casi desnudo, con el vientre abier-

to, seguía con ojos extraviados el movimiento de los intestinos colgantes.

Había muertos en las actitudes más extravagantes; unos sentados, quebrados por la mitad, tocando con las rodillas la nariz afilada, color de cera; otros, de costado, tenían metida la fren debajo de los sobacos; otros, todavía, serenos, con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos cerrados, como si hubieran muerto en sus camas, después de una larga agonía.

Curiango fué preso y el tigre muerto a balas de carabina.

Mucha gente todavía se acuerda de ese jurado sensacional en el que yo fuí de hecho uno de los doce jueces. A pesar de mi voto que absolvía a Curiango, fué condenado a muchos años de prisión.

En los primeros meses de cárcel lo encontramos en la Penitenciaría, mudo y trágico, como si fuera la sombra de un condenado que murió hace ya mucho tiempo y que hubiera quedado olvidado allí, entre los cuatro muros del establecimiento de reclusión.

Para el día de San Pedro, por la tarde, se levantó el globo. Para eso, Mateo subió al techo, lo amarró en la punta de una vara y lo fijó en la posición del pescador que tiende sus líneas. Abajo, en el patio, los presos trataban de hinchar el globo, cuya boca tenía medio metro de diámetro. El globo se infló, redondeóse, oscilando de un lado para otro.

En la boca, hecha con un arco de barrica y dos sunchos de cobre en cruz, fué puesta la mecha de gruesos cordeles de lona embebidos en brea y petróleo. Por último, dispusieron las guirnalda de fuegos artificiales con sus chorros luminosos y las bambas.

La noche era oscura y triste. Afuera, esperábase con ansia el globo de los presos. A la ciudad le preocupaba el cielo. Las plazas estaban llenas de curiosos. En las azoteas, había multitud de gente.

A las siete llegaron los funcionarios de la Penitenciaría, con sus familias, invitados y periodistas. El voluminoso globo quedó rodeado por los curiosos.

Después de hablar con el director, Mateo, loco de entusiasmo, prendió juego a la mecha. Una claridad iluminó el globo, lamiendo las paredes interiores. Dos veces el globo amenazó subir, más volvió a bajar, sujetado por las sólidas amarras. Rollos de humo pesado se deslizaban a ras del suelo. En lo alto, el papel, fuertemente estirado, rígido, tornábase transparente.

Oyose un tiro de mortero, después una "larga" solemne. Con un cuchillo, Mateo cortó las amarras. El globo se sacudió. En ese instante una sombra se echó sobre de él, asegurándose por la boca, debajo de la mecha. El globo titubeó todavía un poco antes de ascender. Luego, precipitose en el vacío, llevando a Curiango, mantenido a pulso en una postura de mártir. Sintióse un clamor sordo. Algunas mujeres cayeron al suelo, llenas de espanto.

Y el globo subía. La atmósfera estaba serena; no había ni una nube ni la más ligera brisa. Todos los vientos dormían. Curiango agarrábase fuertemente del disco de madera. Sobre su cabeza re-

ventaban bombas, quemándole las manos, abrasándole el rostros. Una humareda espesa y caliente envolvía la cabeza, sofocándolo. Los brazos comenzaron a debilitarse, le dolían las manos, casi sin fuerzas. Abajo, la ciudad aparecíasele surcada por grandes ríos luminosos. Sólo entonces tuvo miedo. Y el globo subía, subía... En un desesperado esfuerzo, agitó el cuerpo en el vacío y consiguió asirse con una mano de la manija que sostenía al globo cuando estaba en tierra. Después, hizo lo mismo con la otra. Estaba crucificado en la noche. Y el globo subía...

Un dolor lacerante hizole lanzar un gemido. Era la mecha que se derretía; desparramando sobre su cabeza grandes gotas de brea incandescente. El pelo tornósele un emplasto igneo; escurriéndose por detrás de las orejas, por el rostro, como alargados lagartos de fuego. La ropa se le incendió, pero era tan poca la que llevaba encima, que cayó deshecha en ceniza sin quemarlo. Curiango aún vivía con toda su sensibilidad animal con toda su escasa conciencia de hombre rudimentario. El globo perforaba el aire, ascendiendo.

Las lágrimas de fuego continuaban cayendo sobre su cuerpo, arrancándole lonjas de cuero. Eran tantas que dentro de poco Curiango estaría sin piel. Y vivía y hacía sobrehumanos esfuerzos para no caer, mientras el globo ascendía sereno, resplandeciente, encima de la presión, en el cielo serenamente azul.

(Traducción de L. Stanchina.)

HOMBRE - LECTOR

Hombre-lector, cualquiera que fueses, yo quería en este momento tenerte aquí, frente a frente, fijar mis ojos en los tuyos, apretar tus manos en las mías y decirte en voz baja:

—¿Crees tú que vives? ¿Que vives verdadera, profunda, enteramente?

¿Te parece tu vida tan grande y tan hermosa como acaso la soñaste en las ardientes noches de tu mocedad?

Y todavía más bajo, plenamente, quisiera susurrarte:

—¿Tuviste una juventud? ¿Sentiste en tí mismo, dentro de tus entrañas, en tu propia sangre, algo que fermentaba, que bullía, que se agitaba, que tembloneaba que quería salir, desbordarse, inundar el mundo como un lago de llamas? ¿Sentiste alguna vez, un día de excitación — después de una puesta de sol, después de los versos de un poeta, — te sentiste tú, tú en persona, tú solo, "el primer hombre", el descubridor del mundo? ¿Y no te parece mísera esta vida, y no te parece pequeño este mundo?

JUAN PAPINI.

Las ideas en el cerebro son serpientes enroscadas en el interior de un frasco.

González Prada.

Cada día me interesa menos sentenciar; a ser juez de las cosas, voy prefiriendo ser su amante.

Ortega Gasset.



LA DONNA E MOBILE



UN CUENTO DE LA VIDA DUAL
POR HERMAN SUDERMANN

—¿Por qué se indigna usted de ese modo, amiga mía? ¿Acaso por la inconstancia de esa mujer, que es hoy el tema de todas las conversaciones?

—El hecho de que la víspera de su matrimonio se fugase con otro, me parece, en verdad, horrible.

—Pues yo creo que la pobrecilla hizo bien.

—El novio tiene la culpa de todo. ¿Por qué le llamaba la gente el "hermoso" Martín? No hay mujer que tolere a su lado la presencia continua de un hombre cuya belleza alaba todo el mundo.

—Además, el tal sujeto es la virtud personificada, y no registra en su pasado ninguna aventura amorosa. El bello sexo no suele apreciar más que a los hombres llamados peligrosos. Créame usted, amiga mía, la "donna e mobile", porque en el alma de la mujer no predominan más que las fuerzas inconscientes, lo cual la obliga con frecuencia a realizar ciertos cambios bruscos e inexplicables en sus sentimientos.

A este propósito, me acuerdo ahora de una mujer a quien encontré en la calle y me lanzó una expresiva mirada de gratitud por no haberla saludado.

—Cuénteme usted esa aventura.

—Ahora mismo. Había yo pasado el final de uno de estos últimos veranos en las márgenes del Rhin y regresaba a Berlín a toda prisa. En Frankfurt, gracias a mi amistad con el conductor del tren, pude estar solo en mi coche.

Pero no por mucho tiempo.

En la estación Elina, pequeña ciudad de Franconia, admirablemente situada, abrió el conductor la portezuela, encogiéndose de hombros en señal de desagrado, y vi subir al carruaje a una señora joven y elegante, con el rostro cubierto por un denso velo. Un caballero que subió tras ella, le había dado antes dos maletas, una sombrilla y un saco de noche.

Aquel individuo, que tendría unos treinta y cinco años, se sentó al lado de la viajera, y uno y otra guardaron silencio durante largo rato.

El tren reanudó su marcha, y al cabo de diez minutos dijo la mujer:

—¿Cuánto tiempo podremos estar todavía juntos?

—Treinta y cinco minutos — contestó el caballero mirando su reloj.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó la viajera con doloroso acento.

—Llegarás a Berlín esta noche.

—Y tú ¿cuándo llegarás a Zurich?

—Mañana al amanecer, y volveremos a estar separados por cien leguas de distancia.

—¿Me escribirás con frecuencia?

—Sí.

—Diariamente ¿cómo antes?

—Sí, hija mía. Y tú me contestarás a vuelta de correo, como siempre.

—¿Qué bueno eres!

Y aquellas dos personas volvieron a guardar silencio, como sumidos en una especie de muda con-

templación. Como era natural, no hacían caso alguno de mí.

Cuando dos esposos están a punto de separarse, no existe nadie para ellos en el mundo. Por lo demás, estaba yo encantado con la lectura del último libro de Guy de Maupassant, que había comprado en la estación de Frankfurt.

Al fin reanudaron su última conversación, de la cual sólo pude oír una que otra palabra, reveladora del amor que aquellos seres se profesaban.

Silbó el tren y se divisaron a lo lejos las protescas siluetas de las torres de la antigua ciudad episcopal de Funda.

La mujer se echó a llorar, y cuando el tren se detuvo, abrazó a su acompañante y le estrechó apasionadamente contra su pecho.

El caballero trataba de consolarla, pero él también, a pesar de la fortaleza de su sexo, tenía los ojos inundados de lágrimas.

—¡Adiós! — exclamó el viajero, con los labios crispados por el dolor.

Y saltó al andén. Cerróse la portezuela, y casi al mismo tiempo se puso el tren en marcha.

La mujer le siguió con los ojos, y se acurrucó en un rincón, donde siguió llorando copiosamente. No me atreví a dirigirle la palabra, y volví a engolfarme en la lectura de mi libro.

Cuando al cabo de una hora se detuvo el tren en Hebra, oí la dulce voz de la desconocida que me decía:

—Dispense usted, caballero; me siento indispuesta y le suplico que tenga la bondad de proporcionarme un vaso de agua.

La viajera fué complacida inmediatamente. Con tal motivo, nos pusimos a hablar, y creo que hasta logré distraerla con mi cháchara del pesar que sin duda la abrumaba.

Ella, por su parte, se mostró muy comunicativa conmigo, y, entre otras cosas, me contó que se habían dado cita en Hamburgo, y que él la había acompañado hasta Tula, para regresar en seguida a Zurich. Importantes negocios le retenían en Suiza, mientras ella se veía obligada a vivir en Berlín.

—¿Vive usted también en Berlín? — me preguntó la desconocida.

Cuando contesté afirmativamente hizo un movimiento de terror. Desde aquel momento fué más lacónica, y a los pocos instantes me dijo que estaba cansada y que iba a ver si podía conciliar el sueño.

Y durmió cinco horas seguidas, no despertándose hasta algunos minutos antes del término del viaje.

—Vamos a llegar muy pronto, — dijo mirando por la portezuela.

La viajera empezó a sacar su equipaje de las redecillas, y mientras más nos íbamos acercando, más se acentuaba la impaciencia de que se hallaba poseída.

Al fin llegamos.

—¡Gracias a Dios! — exclamó la desconocida.

—¿Puedo serle a usted útil en algo? — le pregunté.

—No, señor, muchas gracias — me contestó,— mi marido me espera en la estación.

Y acto continuo, estalló un incendio en sus mejillas, quedóse como petrificada, mirándome con los ojos desmesuradamente abiertos, e hizo un ademán con la mano, como si tratase de retirar a viva fuerza las palabras que imprudentemente se habían escapado de su boca.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó golpeándose la frente con la palma de la mano.

Y al mismo tiempo empezó a sollozar convulsivamente.

—¡Por amor de Dios! — le dije en voz baja. Pero ni siquiera me escuchaba.

Abriéronse las portezuelas.

—¡Rosa! ¡Rosa! — gritaron a un tiempo varias voces.

Hallábanse ante nuestro coche varias señoras y un caballero que llevaba dos niños de la mano.

Y siempre sollozando, la viajera se arrojó en sus brazos.

HERMAN SUDERMANN.

LA CRUELDAD HUMANA

Yo he estado en el patio de caballos de la plaza de toros de Madrid una tarde de corrida. Yo he visto a los monosabios hundir sus manos en el sangrante vientre de los caballos para rellenar con estopas las tremendas heridas.

Un incesante temblor corría por las patas de los infelices animales, y sacudía su lomo y su cola mutilada el temblor de un sufrimiento horrible. La sangre goteaba difícilmente al través de los puñados de hebras, ya enrojecidas. Una fuerte aguja cosía la piel.

Después, para reanimar a la bestia moribunda, arrojaban contra ella el agua de un balde. Y la víctima del largo martirio volvía a vacilar bajo el peso del picador, y tornaba al ruedo.

Yo podría haber escrito después de aquella visita un artículo estremecedor, suma de crueldades presenciadas y oídas, compendio de impiedades de brutalidad, cuyo recuerdo se obstinase en la memoria de las gentes de buen corazón. Sólo algo igualaría al horror de este artículo: su inutilidad. Por eso no lo he escrito.

Quiero ahora contar únicamente un episodio para que el lector compruebe que no acumulo adjetivos de modo gratuito, por entenebrecer caprichosamente un cuadro.

He aquí ese episodio.

Había un caballo loco entre los adquiridos para una corrida. Nadie quería montar en él, ni era prudente hacerle aparecer en el ruedo. ¿Imaginan ustedes cómo se consiguió domar sus enfermedades impetuosidades? Piensen algo abominablemente monstruoso. ¿Lo han pensado? Pues fué peor aún. ¡Le saltaron los ojos! Le arrancaron los ojos, fría y tranquilamente.

Anonadada por el dolor, la bestia salió con manso paso a la arena.

¿Es posible que no haya en la ley un castigo para estas espeluznantes revelaciones de maldad?

W. Fernández FLORFZ.

UNA PAGINA INEDITA

— DE —

JUAN PEDRO CALOU

Pensadores hay (en América José Enrique Rodó) que recomiendan a la juventud la serenidad. Pero la juventud vive todas las voracidades del amor y del odio. Arremete contra los valores morales con el mismo ímpetu con que se arrodillará ante la primera mujer que ame. Está tan lejos de la serenidad como cerca de aquella frase de un autor contemporáneo: "hay que vomitarlo todo". Y tanto le es necesario eso que su amor crecerá en ardimiento cuanto más sinceramente se haya cumplido en él el acto que sugiere aquella frase. Parece ser que la inquietud espiritual en la juventud es paralela a la inquietud amorosa o simplemente afectiva. Acaso la una determina la otra. Serenidad y frialdad son sonónimos para el que es verdaderamente joven. He aquí, pues, que equivocarse constituiría acaso la mayor gloria de los que son jóvenes.

Serenarse anticipadamente, ignorando que es lo que sobrevendrá en el curso de la vida, es matarse para la sorpresa, es amenguar la capacidad de entusiasmo.

II

El día seguirá siendo esplendente aún cuando nosotros estemos tristes, o estará triste a pesar de nuestra alegría. Esto es lo encantador del mundo: Saber que siempre hay algo inesperado.

III

La naturaleza nos ha dotado de cinco sentidos para comunicarnos con lo exterior. La capacidad de utilización de estos sentidos hace que el hombre sea más o menos perfecto. De esto deriva una teoría de lo "normal" y de lo "anormal". Aquel en quien se efectúa una actividad más frecuente y más armoniosa de estos sentidos, realiza mejor la finalidad de la naturaleza.

Leonardo da Vinci, escultor, músico, matemático, etc., nos dá el ejemplo del hombre "normal", en contraposición de aquellos que tienen atrofiado o virginal el sentido del oído, del tacto, del gusto, del olfato y de la vista.

Hay casos (Beethoven, sordo) en los cuales se nota la concurrencia de los otros sentidos para reforzar la función o la actividad del sentido anulado por exceso de función. Es la teoría de compensación, que no se cumple cuando ningún sentido se ha desarrollado naturalmente.

La naturaleza nos ha dotado de aquellos sentidos para que los usemos y aquel que no "oye" ni "ve", es "anormal".

Si apareciera el tipo "normal" que huele, toca, ve, gusta y oye perfectamente, el criterio científico diría que es "anormal".

IV

Para no despreciar a los demás, conviene mejor tener en cuenta todo lo que han sufrido y no lo que han gozado. Si no han gozado nada o sufrido nada, entonces si hay que despreciarlos. El que ha gozado mucho es en cierta manera, tan triste como el que ha sufrido mucho.

LOS LIBROS ESCOLARES

"ALBORADA". — Libro de lectura para segundo grado, por José Berrutti — ex-inspector general de escuelas — Ángel

Estrada y Cía. — Editores.

Mira lector, en esta sección te denunciaremos a los que al pretender educar a tus hijos antes bien los embrutecen, afeminando a los varones, frivolisando a las niñas, preparándolos para la vida en una sociedad en que el vicio suele ser una virtud y la virtud un invento de las damas de Beneficencia que no quieren que se las imite.

Vamos a empezar por un libro de la casa Estrada, de que es autor el ex-inspector de escuelas José J. Berrutti, que con un criterio pedagógico, más que seguro "abonado por largos años de labor docente", endilga a las pobres criaturas de segundo grado.

Todos sabemos lo que es un niño que cursa el segundo grado. Tiene siete u ocho años y recién ha dejado de hacer palotes.

Entonces el maestro Berrutti les empieza a decir que hay que trabajar porque trabajan las abejas, los pájaros y las hormigas, incurriendo desde luego en un principio de falsedad.

La abeja está considerada como el insecto más estúpido de la creación; la hormiga es el ejemplo del egoísmo: abejas y hormigas no hacen otra cosa que procurarse el sustento. En cuanto al pájaro, francamente, no sabemos qué trabajo efectúa como no sea el de batir las alas.

La primera, la segunda y la tercera lección son un muestrario de nombres: Amalia, Benito y Carlos, Dorotea, Elvira y Faustino, Genoveva, Hilario, Inés y Juanita. Aquí, en la tercera lección, el autor tiene un rasgo ingenioso. Dice:

Genoveva es la niña mayor; la más pequeña es Juanita. ¿Cuál es Inés?

Naturalmente, el niño se muestra maravillado ante este asombroso problema que nos recuerda otro por el estilo: Juan y Pinchame se fueron al río. — Juan se ahogó. — ¿Quién quedó?

¿Y cómo es que todo un señor ex-inspector de escuelas dice "niña mayor"? El diccionario define: mayor. m. — El superior o jefe de alguna comunidad o cuerpo. — Lo que excede a toa en "cantidad" o "calidad".

Se ve, sin embargo, que ha querido decir: la niña más alta, o bien: la de más edad y si se quiere: la de mayor edad.

Para el autor de "Alborada" todos son "amados niños". Veamos una lección muy moral.

Pascual da limosna a un pobre anciano. ¡Qué buen corazón tiene Pascual! ¿No lo crees tú así, niño amado?

La lección VII es un modelo de corrección. Dos niños de cinco a seis años, hablan como sigue:

— ¿Te agrada el estudio, Ubaldo?

— Sí, Verónica; me gusta mucho.

— A mí, también. ¡Es tan grato saber muchas cosas! ¿No es verdad?

Un momento. Desafiamos a que el señor Berrutti nos presente dos niños que entre esa edad empleen las palabras agradecer y grato.

Y si no los hay, y si son excepciones los niños precoces, ¿qué dirán los que pueblan las clases y leen Alborada? ¿Se reconocerán en sus páginas? ¿O mirarán a estos niños del libro como a extranjeros?

Bruscamente pasamos a otra parte del libro; la parte difícil. La primera lección se titula: "El aire". En un lenguaje incomprensible el autor explica como puede, lo que es el aire. Vamos a entresacar una palabras que no entienden ni los alumnos de un cuarto grado.

Herméticamente — precepto — absteneos.

En la lección siguiente puede leerse:

Complazco — advierte — reparado.

Más adelante:

Efusivo — afecta la forma de... — fecundas enseñanzas — fertilidad — deleitan — pródiga — estériles — amonestarla — incurrir — disteís.

Otra muestra:

Se dá el nombre de cereales a las plantas o frutos farinaceos...

Los mamíferos son animales vertebrados...

La cabra. Viva y caprichosa, vagabunda y ágil...

Más todavía:

— Hierbazales, setos, postura gallarda, alberga.

Hierbazales, setos, postura gallarda, alberga.

Si te ves en la riqueza

nunca con ella te engrías.

Vivo aprisionado y mitigo...

Metamorfosis — plástica — susceptible — árido — indemnizarle.

Bueno, basta. Este hombre se ha dejado llevar por la fantasía y ha supuesto que un niño de segundo grado ha leído ya a Quevedo y a Cervantes.

En resumen: se trata de un libro malo y perjudicial. El autor desconoce, por completo la ciencia de la educación.

Poner un libro así en las manos de un niño es contribuir a su embrutecimiento. Por otra parte, por sus ideas el autor de este libro es un hombre que debiera dedicarse a la política e ingresar al partido Radical, donde haría carrera.

Hablando de la bandera argentina dice:

Esa enseña, para mí la más hermosa de todas las banderas, ha flameado victoriosa en cien combates.

EL SAINETE CORDOBES

Es innegable que la democracia avanza. Todos los días los "diarios grandes", traen noticias asombrosas sobre política, noticias que en un país de escasa educación común, servirían para escarnio de los que dan pábulo a que se publiquen, a los que las envían como "nota saliente", y a los que hacen del diario vehículo de ellas.

Pruebas al canto. Córdoba es un ejemplo.

Mientras Bas se postra ante cualquiera de los muchos altares de las iglesias, capillas y asilos de Córdoba, pidiéndole al Padre Eterno su protección electoral, los que responden a Soria, se nos llevan el "fetiche" de la calle Brasil y a él se encomiendan para que la "obra reparadora" sea una obra de caridad-político-reparadora, en Córdoba.

Uno confía en la omnipotencia del que, todo lo puede desde el cielo, y el otro confía del que todo lo puede desde el sillón de Rivadavia.

Ironías de la vida. Mientras uno besa el escapulario con "unción" cristiana, el otro — liberal en Buenos Aires y católico en Santa Fé, — se deja besar mansamente las manos, por la turba de bárbaros y obtusos que lo adoran. Es que el pueblo todavía necesita de que lo "arreen". No quiere usar lo que la ley le dá para que lo ejercite libremente: el voto. Necesita sentirse obligado, empujado a votar, y por ello se deja arrastrar sumisamente por sus caudillos.

Cierto es que los Demócratas de aquellos pagos, tampoco mejoran los cuadros bosquejados. Se sienten más seguros, porque la sartén donde se fríe el presupuesto está en sus manos, y con la secuela de empleos, cesantías, ascensos y honores, saben que "ese" electorado les responde. Sinó que lo diga el Candidato a Gober-

¿Puede concebirse una alocución más estúpida que esta? Puede decirse que es la obra de un retardado. Para confirmarnos en esta opinión, después de leer en la página 40 "que el fuego prepara nuestro alimento", leamos estos espirituales versitos:

No lo olvides.
Hijo que ama a su papá
bueno y dichoso será.
(Vidalitá).

II

Escucha dócil y ufano (II)
los consejos del anciano.

III

Honra la cabeza cana
para que te honren mañana.

IV

Quien tiene caridad y un alma pura
de las faltas ajenas no murmura.

(Vidalitá).
Lector: ¡pobres tus pobres hijos!

nador Cárcano, el cual proclama como innecesario pregonar en los Departamentos su programa, pues el tiempo le sería corto para recorrer la Provincia, como se propuso... prometiendo... empleos, ascensos, etc., etc.

Córdoba nos brinda un verdadero espectáculo político. Un "kolosal" espectáculo democrático. Una verdadera provincia para demostrar lo que serán las luchas venideras, entre "pelados" y "peludos". Hasta la nota téticamente macabra nos ha ofrecido la "docta" capital mediterránea.

Un conciliábulo entre las juventudes irigoyenistas, junto al cementerio local alumbrados por teas "chirriantes", para llegar a la "conjuración siniesfra", que proclamó Crotto, años hace en el Senado.

Y las juventudes, al calor de las teas, al conjuro del sitio y de la noche, al diapason de la oratoria del magno Beiró, juró ser fiel, a la causa, al Santón y al futuro... presupuesto.

¿Quieren una nota política más sensacional? Sainetes como éste, no se escriben, pero se representan — desgraciadamente, — en el seno de nuestro pueblo, y miren que tiene éxito la pieza, pues en La Plata, ya se ha repetido y tenemos otros 400 jóvenes, que han jurado mantener su fidelidad a Cantilo, su fé en el jefe máximo y su amor a la "causa" y al presupuesto.

Todo esto nos subleba. Deseamos menos "fanfarronadas" y más hechos que enaltezcan y mejoren nuestra pobre educación y capacidad cívica. Queremos que los "mudos" que hacen propaganda política "muda" en las provincias, se queden en su casa, así no "pasarán" su torpe figura caudillesca. Queremos que no se encomienden a Dios sinó a los hombres que sepan valorar sus dotes morales para llevarlos a altas situaciones políticas y queremos por último, que no se especule con la ignorancia del pueblo y se le siga engañando, llevándolo y trayéndolo, como si fuera un juguete.

En una palabra: ¡Estamos hartos de simulación! Queremos obras, escuelas, tierras para cultivar... y el pueblo lo repetirá con nosotros algún día, para nuestro consuelo.

TOMAS J. SCAGLIA.

ANÉCDOTA DE ACTUALIDAD

Hablando en Jerez, su ciudad natal, que a los caballos y a los vinos debe su fama, Primo de Rivera refirió esta anécdota:

"Un día Su Majestad el rey me dijo:
—Gobiernas muy bien. ¿Dónde has aprendido a gobernar?
—Señor — respondí, — en el Casino de Jerez.
—Ya se conoce que has estado en contacto con el pueblo", — exclamó el rey.

LOS HEROES LITERARIOS

"JULIETA" DE SHAKESPEARE

Por J. ORTIZ DE PINEDO

Apenas ha cumplido catorce años... Es el capullo-mujer, la rosa entrecabiada. Capuletti, su padre, caballero de Verona, es enemigo mortal de Monteschi, otro gran señor, y en las plazas públicas de la ciudad luchan entre sí los partidarios y criados de ambas familias poderosas. Cuando el conde París, enamorado de Julieta, pide al padre esperanzas, Capuletti contesta que su hija es muy niña todavía y el único gozo de su casa. No está en edad de las preocupaciones que aporta el nuevo estado, de las responsabilidades, trabajos y penas maternas. Sin embargo, Capuletti autoriza al conde para que conquiste su cariño. Si ella acepta...

Precisamente aquella noche da en su palacio una gran fiesta. ¡Oh, será cosa digna de ver! Música, luces, pedrería, rasos y perfumes... y como supremo esplendor, los ojos de las damas — peregrina constelación verde, negra, azul, — arrogantes o virginales siluetas, finas o pomposas beldades deleite de los ojos, caricia del oído, entre las cuales habrá donde escoger contentando al más descontentadizo. Julieta estará entre ellas, pero a buen seguro — piensa el padre — que las habrá más lindas, más dulces, más graciosas...

La madre de Julieta, aquella noche, comunica a su hija que el conde París, flor de los caballeros de Verona, ha pedido su mano, y ante el fáctico consentimiento materno responde la doncella que podrá la obediencia dirigir sus miradas hacia quien se lo mande, mas no el corazón y el deseo.

En medio del baile, en medio de la fiesta, la hermosa de Julieta resplandece, obscureciéndolo todo; ella es la sola hermosura, luz única, gracia inédita, fragancia sin igual. Los ojos de cierto enmascarado se clavan en ella, prendidos fuertemente en su gracia. Este enmascarado ha venido al baile en pos de su amor, la gentil Rosalina, y sólo el disfraz pudo franquearle puertas que de otro modo hallaría cerradas, pues que es Romeo Monteschi hijo de la odiada familia.

Julieta siente, a su vez, la atracción del mancebo, y cuando sabe quién es conoce la primera angustia de su vida. Comienza a amar a quien debe aborrecer.

Pronto las horas le traen la dulzura de ver a su amado, que escala el muro del jardín y llega a la ventana de Julieta. ¡Momentos inefables, en que los ojos hablan cuando callan los labios, en que la sonrisa o el suspiro son también lenguaje: emoción suprema, tesoro del mundo!

No alumbran tampoco muchas auroras cuando la dichosa enamorada, con ágil pie y corazón ilusionado, se encamina a la gruta de fray Lorenzo, donde en matrimonio secreto ha de unirse con Romeo. Después, verificados los esponsales,

es la dicha infinita envuelta en duelo la que se cierne sobre las cabezas de los jóvenes esposos. Romeo, que dió muerte en desafío a Tibaldo, ha sido desterrado por el príncipe y debe partir. A los balcones de Julieta asoma la palidez del alba; canta la alondra, precursora del día... Romeo se dispone a la separación. Julieta, dichosa, le retiene: "No, bien mío, no es la alondra, es el ruiseñor el que canta". Pero es la alondra, es el día, es la separación.

A partir de este momento ya todo es tristeza y dolor, sombra y desesperanza en el corazón de Julieta. Sabe que persiguen a su amado para vengar la muerte de Tibaldo, y su madre le anuncia su inmediato matrimonio con el conde París. ¿Cómo acercarse al altar, si ya el cielo oyó su juramento de esposa?

En trance tan angustioso, acude al consejo de fray Lorenzo. Esta vez penetra en la gruta con el corazón roto y sangrando... Fray Lorenzo la propone un medio salvador. Fingida que acepta los esponsales y apurará un bebedizo que le entrega, y que, sumiéndola en dulce sueño, prestará a su cuerpo todas las apariencias de la muerte. Cuando, adornada con sus galas de desposada, en féretro descubierto, conforme al uso italiano, la depositen en el antiguo panteón de los Capuletti, él mismo informará a Romeo de lo concertado, ambos la velarán hasta su retorno a la vida y huirán luego y de noche a Mantua.

¡Cuán hermosa está Julieta en su muerte fingida! En las gradas del panteón esparce flores, arrojado, el conde París que así quiere honrar su memoria. Romeo no ha recibido la carta que le enviara fray Lorenzo, y sabe, en cambio, que su Julieta reposa en la tumba de los Capuletti. Decidido a morir junto a ella, ha adquirido un veneno.

Quiere antes contemplar por última vez la adorada carne muerta, y al franquear la entrada del panteón topa con París, que le desafía, creyéndolo el causante de la muerte de su prometida. Pelean y el conde cae muerto. Sus últimas palabras han sido para suplicar un sitio junto a Julieta. Romeo le promete satisfacer su deseo en pago de su amor. "Tendrás un sepulcro resplandeciente. Donde Julieta reposa no puede haber más que luz".

Luego, contemplando la belleza de su compañera, cuya lozanía parece desafiar a la muerte misma, bebe del pomo emponzoñado. Julieta despierta y un espectáculo de sangre se ofrece a sus ojos. De retorno a la vida, lo que creía iba a ser salvación y ventura, amor triunfante del odio y de la desdicha, horizonte prometedor, delicia sin término, es la espantosa visión de dos cuerpos ensangrentados: de su esposo muerto, de su dolor sin remedio. Julieta no puede

A ORILLAS DEL MAR

¡Qué grande, qué sublime es sentirse atraído por la pureza exquisita de nuestra madre naturaleza! A orillas del mar, contemplo extasiado el marmallo elocuente del oleaje sonoro, que corre de un confín al otro; yo, invitado por un hermoso día de primavera, espero paciente que algún pececillo incauto caiga en el anzuelo; bajo la sombra de la barranca me he ubicado tranquilamente, respirando el aire purificado del mar; cerca de mí, sentado en una roca, se encuentra un niño, elegantemente vestido. Me acerco a él y le advierto que ese lugar es algo peligroso que puede caerse. El niño me obedece y se retira, para sentarse en un sitio más seguro.

—¿Has venido solo a pescar? le interrogo. — No con papá y mamá.

—¿Y dónde están?

—Son aquellos que pasean por la playa.

En efecto, una pareja, también elegantemente vestida se paseaba en amena conversación, las joyas que lucían brillaban a lo lejos por los fuertes rayos del sol. A pesar de estar convencido de que eran algunos opulentos banqueros o terratenientes, le pregunté al niño a fin de salir de dudas.

—¡Ah...! Papá tiene mucha plata y tiene muchas estancias — y dando media vuelta — todo ese campo es de nosotros, mientras señalaba con su índice, la vasta llanura que se extiende a lo largo de nuestra vista. El niño calla, algo piensa... de pronto sale de su mutismo para preguntarme:

—¿Y quién es el dueño del mar... de esos bonitos peces y...

—¡Cómo! El mar no tiene dueño — le digo — no es de ninguno ¿de quién puede ser? Esto lo ha hecho la naturaleza, no el hombre, por lo tanto, el hombre no puede ser su dueño.

El niño queda perplejo un momento y luego me dice:

—¿Y cómo la naturaleza es la que ha creado la tierra y es parte integrante — como el mar — de lo que le llamamos natural, y nosotros la hemos comprado y por lo tanto es nuestra? — Y sigue su conversación — así es que el mar

sobrevivir a desventura tanta, no puede, sobre todo, sobrevivir a su amado, y arrancando de la diestra crispada de Romeo el veneno liberador, lo apura ansiosamente.

Este veneno es la aurora a la vida nueva e inmortal del más allá, el amanecer al eterno amor. Julieta no vacila en seguir a su esposo por caminos de sombras hacia la eterna luz. Un mismo odio quiso separarlos, un mismo amor, más fuerte que el odio, los juntó; el mismo veneno volvió a unirlos definitivamente... Tal fué la dulce y desgraciada mujer que Shakespeare, gran forjador de almas, trajo a la vida, en su drama *Romeo y Julieta*.

también tiene que tener dueño ¿sabes? a mí me gustaría que papá comprara todo este mar y así pasearíamos en él a nuestro gusto y yo cuando fuera grande sería el dueño...

Con el tiempo será de Vds. ¡todo, todo! Y me levanté con ganas de apretarle el pescuezo y hacer una obra buena para la humanidad, pero me dió lástima y lo dejé, y mi fuí corriendo a mi casa.

... ..

Esa noche soñé. Soñé cosas fantásticas. El sueño, el delirio me transportó a un mundo extraño. No había sol, un señor comerciante había acaparado el sol y lo había cubierto con un manto negro, hasta tanto los habitantes de la tierra, no le pagaran el alquiler que él imponía. Igualmente la luna, el aire, el agua...

... ..
/ Cuando desperté en la mañana, tenía la cabeza como un torbellino.

ANTONIO FEITO.

Cosas raras de escritores

Racine rechazaba toda la obra de Esquilo, y solamente concedió amnistía a dos o tres escenas de "Las Coéforas" en una nota puesta al margen de su ejemplar de Esquilo.

* *

En cierta ocasión, Fernández y González dijo, respecto de Núñez de Arce estas palabras cáusticas:

"Es un ratón que se pasea por dentro de una armadura. La armadura suena, tiembla y retumba, pero no porque la anime un ser humano".

* *

Fontanelle dice en sus "Observaciones":

"No se sabe lo que es el "Prometeo" de Esquilo. Esquilo parece loco".

* *

Núñez de Arce fué, durante muchos años, director del Banco Hipotecario de Madrid.

El torero Guerrita fué un día a dicho banco para hacer una cancelación, y al ver a un hombrecito enfermo, que pintaba con letra menuda su nombre y apellido; al advertir el contraste de de la escena; al recordar que estaba frente a frente de uno de los primates de su patria, de un príncipe del espíritu, exclamó sin poderse contener, con franca irreverencia:

—¡Y éste es el artista!

* *

Una vez preguntó Dickens a Julio Sandeau cuanto había ganado con su novela "La señorita de la Seiglière". Y cuando supo que sólo había ganado quinientos francos, replicó admirado: —¡Quinientos francos! ¡Pues "Oliverio Twist" acabará por producirme cien mil!

UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES

* POR LUCIO V. MANSILLA *

CARTA II

Hacia mucho tiempo que yo rumiaba el pensamiento de ir a Tierra Adentro.

El trato con los indios que iban y venían al Río Cuarto, con motivo de las negociaciones de paz entabladas, había despertado en mí una indescible curiosidad.

Es menester haber pasado por ciertas cosas, haberse hallado en ciertas posiciones, para comprender con qué vigor se apoderan ciertas ideas de ciertos hombres para comprender que una misión a los Ranqueles puede llegar a ser para un hombre como yo, medianamente civilizado, un deseo tan vehemente, como puede ser para cualquier ministril una secretaría en la embajada de París.

El tiempo, ese gran instrumento de las empresas buenas y malas, cuyo curso quisiéramos precipitar, anticipándonos a los sucesos para que éstos nos devoren a nos hundan, me había hecho contraer ya varias relaciones, que puedo llamar íntimas.

La china Carmen, mujer de veinticinco años, hermosa y astuta adscripta a una comisión de las últimas que anduvieron en negociados conmigo, se había hecho mi confidente y amiga, estrechándose estos vínculos con el bautismo de una hijita mal habida que la acompañaba y cuya ceremonia se hizo en el Río Cuarto con toda pompa, asistiendo un gentío considerable y dejando entre los muchachos un recuerdo indeleble de mi magnificencia, a causa de unos veinte pesos bolivianos que cambiados en medios y reales, arrojé a la *manchancha* esa noche inolvidable, al son de los infatigables gritos: ¡padrino pelado!

¡Ah! Tú has sido padrino pelado alguna vez, y me comprenderás.

Carmen no fué agregada sin objeto a la comisión o embajada ranquelina en calidad de *lenguaraz*, que vale tanto como secretario de un ministro plenipotenciario.

Mariano Rosas ha estudiado bastante el corazón humano, como que no es un muchacho; conoce a fondo las inclinaciones y gustos de los cristianos, y por un instinto que es de los pueblos civilizados y de los salvajes, tiene mucha confianza en la acción de la mujer sobre el hombre, siquiera esté ésta reducida a una triste condición.

Carmen fué despachada, pues, con su pliego de instrucciones oficiales y confidenciales por el Tayllerand del desierto, y durante algún tiempo se ingenió con bastante habilidad y maña. Pero no con tanta que yo no me apercebiese, a pesar de mi natural candor, de lo complicado de su misión, que a haber dado con otro Hernán Cortés habría podido llegar a ser peligrosa y fatal para mí, desacreditando gravemente mi *gobierno fronterizo*.

Pasaré por alto una infinidad de detalles, que te probarían hasta la evidencia todas las seducciones a que está expuesta la diplomacia de un jefe de fronteras, teniendo que habérselas con secretarios como mi comadre; y te diré solamente

que esta vez se le quemaron los libros de su experiencia a Mariano, siendo Carmen misma la que me inició en los secretos de su misión.

El hecho es que nos hicimos muy amigos, y que a sus buenos informes del compadre debo yo en parte el crédito de que llegué precedido cuando hice mi entrada triunfal en Leubucó.

El cacique Ramón, jefe de las indiadas del Rincón, me había enviado su hermano mayor, cómo muestra de su deso de ser mi amigo.

Liconao, que así se llama, es un indiecito de unos veintidós años, alto, vigoroso, de rostro simpático, de continente airoso, de carácter dulce, y que se distingue de los demás indios en que no es *pedigüeño*.

Los indios viven entre los cristianos fingiendo pobreza y necesidades, pidiendo todos los días, y con los mismos preámbulos y ceremonias piden una ración de sal, que un poncho fino o un par de espuelas de plata.

Tener que habérselas con una comisión de estos sujetos, para un jefe de fronteras, presupone tener que perder todos los días unas cuatro horas en escucharles.

Yo, que por mi temperamento sanguíneo-bilioso no soy muy pacienzudo que digamos, he descubierto con este motivo que el deber puede edificar fundamentalmente la naturaleza humana.

En algunos *parlamentos* de los celebrados en el Río Cuarto, más de una vez derroté a mis interlocutores, cuyo exordio sacramental era: —Para tratar con los indios se necesita mucha paciencia, hermano.

No sé si tienes la idea de lo que es un parlamento en tierra de cristianos; y digo en tierra de cristianos, porque en tierra de indios el ritual es diferente.

La comisión se manda anunciar anticipadamente con el *lenguaraz*.

Si la componen veinte individuos, los veinte se presentan.

Comienzan por dar la mano por turuo de jerarquía; y en esa forma se sientan, con bastante aplomo, en las sillas o sofases que se les ofrecen.

El *lenguaraz*, es decir, el intérprete secretario, ocupa la derecha del que hace cabeza.

Habla éste y el *lenguaraz* traduce, siendo de advertir que aunque el plenipotenciario entienda el castellano y lo hable con facilidad, no se altera la regla.

Mientras se parlamenta hay que obsequiar a la comisión con licores y cigarros.

Los indios no rehusan jamás beber, y cigarros, aunque no los fumen sobre las tablas, reciben mientras les den.

Pero no beben, ni fuman cuando no tienen confianza plena en la buena fe del que les obsequia, hasta que éste no lo haya hecho primero.

Una de ella sestriba en no comer ni beber cosa alguna, sin antes ofrecerle las primicias al genio misterioso en que creen y al que adoran sin tributarle culto exterior.

Consiste esta costumbre en tomar con el indio

y el pulgar un poco de la cosa que deben tragar o beber y en arrojarla a un lado, elevando la vista al cielo y exclamando: ¡para Dios!

Es una especie de conjuro. Ellos creen que el diablo, *Qualicho*, está en todas partes, y que dándole lo primero a Dios, que puede más que aquél, se hace el exorcismo.

El parlamento se inicia con una serie inacabable de saluciones y preguntas, como verbigracia: —¿Cómo está usted? ¿cómo están sus jefes, oficiales y soldados? ¿cómo le ha ido a usted desde la última vez que nos vimos? ¿No ha habido alguna novedad en la frontera? ¿No se le han perdido algunos caballos?

Después siguen los mensajes, como por ejemplo: —Mi hermano, o mi padre, o mi primo, me ha encargado le diga a usted que se alegrará que esté usted bueno en compañía de todos sus jefes, oficiales y soldados; que desea mucho conocerle; que tiene muy buenas noticias de usted; que ha sabido que desea usted la paz y que eso prueba que cree en Dios y que tiene un excelente corazón.

A veces cada interlocutor tiene su lenguaraz, otras es común.

El trabajo del lenguaraz es ímprobo en el parlamento más insignificante. Necesita tener una gran memoria, una garganta de privilegio y muchísima calma y paciencia.

¡Pues es nada antes de llegar al grano tener que repetir diez o veinte veces lo mismo!

Después que pasan los saludos, cumplimientos y mensajes, se entra a ventilar los negocios de importancia, y una vez terminados éstos, entra el capítulo quejas y pedidos, que es el más fecundo.

Cualquier parlamento dura un par de horas, y suele suceder al rato de estar en él, que varios de los interlocutores están roncando. Como el único que tiene responsabilidad en lo que se ventila es el que hace cabeza después que cada uno de los que le acompañan ha sacado su piltrafa, ya la cosa ni le interesa ni le importa y no pudiendo retirarse, comienza a bostezar y acaba por dormirse, hasta que el plenipotenciario, dándose cuenta del ridículo, pide permiso para terminar y retirarse, prometiendo volver muy pronto, pues tiene muchas cosas que decir aún.

Lincanao fué atacado fuertemente de las viruelas al mismo tiempo que otros indios.

Trajéronme el aviso, y siendo un indio de importancia, que me estaba muy recomendado y que por sus prendas y carácter me había caído en gracia, fuíme en el acto a verle.

En un albardón verde y fresco, pintado de flores silvestres, estaban colocadas las tiendas en dos filas, blanqueando risueñamente sobre el campestre tapete.

Todos ellos me esperaban mustios, silenciosos y aterrados, contrastando el cuadro humano con el de la riente naturaleza y la galanura del paisaje.

Lincanao y otros indios yacían en sus tiendas revolcándose en el suelo con la desesperación de la fiebre, — sus compañeros permanecían a la distancia, en un grupo sin ser osados a acercarse a los virulentos y mucho menos a tocarles.

Detrás de mí iba una carretilla de expreso.

Acerquéme primero a Lincanao y después a los otros enfermos; habléles a todos animándolos, llamé algunos de sus compañeros para que me ayudaran a subirlos al carro; pero ninguno de ellos obedeció, y tuve que hacerlo yo mismo con el soldado que lo tiraba.

Lincanao estaba desnudo y su cuerpo invadido de la peste con una virulencia horrible.

Confieso que al tocarle sentí un estremecimiento semejante al que conmueve la frágil y cobarde naturaleza, cuando acometemos un peligro cualquiera.

Aquella piel granulenta al ponerse en contacto con mis manos, me hizo el efecto de una lima envenenada.

Pero el primer paso estaba dado y no era noble, ni digno, ni humano, ni cristiano, retroceder, y Lincanao fué alzado a la carretilla por mí, rozando su cuerpo mi cara.

Aquel fué un verdadero triunfo de la civilización sobre la barbarie; del cristianismo sobre la idolatría.

Los indios quedaron profundamente impresionados; se hicieron lenguas alabando mi audacia y llamáronme su padre.

Ellos tienen un verdadero terror pánico a la viruela, que sea por circunstancias cutáneas o por la clase de su sangre, los ataca con furia mortífera.

Quando en Tierra Adentro aparece la viruela, los toldos se mudan de un lado a otro, huyendo las familias desfavoridas a largas distancias de los lugares infestados.

El padre, el hijo, la madre, las personas más queridas son abandonadas a su triste suerte, sin hacer más en favor de ellas que ponerles alrededor del lecho agua y alimentos para muchos días.

Los pobres salvajes ven en la viruela un azote del cielo, que Dios les manda por sus pecados.

He visto numerosos casos y son rarísimos los que se han salvado, a pesar de los esfuerzos de un excelente facultativo, el doctor Michaut, cirujano de mi división.

Lincanao fué asistido en mi casa, cuidándolo una enfermera muy paciente y cariñosa, interesándose todos en su salvación, que felizmente conseguimos.

El Cacique Ramón me ha manifestado el más ardiente agradecimiento por los cuidados tributados a su hermano, y éste dice que después de Dios, su padre soy yo, porque a mí me debe la vida.

Todas estas circunstancias, pues, agregadas a las consideraciones mentadas en mi carta anterior, me empujaban al desierto.

Todos vieron los preparativos, todos hacían conjeturas, nadie acertó.

Sólo un fraile amigo conocía mi secreto.

Y esta vez no sucedió lo que debiera haber sucedido a ser cierto el dicho del moralista: "Lo que uno no quiere que se sepa no debe decirse".

Es que la humanidad, por más que digan, tiene muchas buenas cualidades, entre ellas, la reserva y la lealtad.

Supongo que serás de mi opinión, y con esto me despido hasta mañana.

LUCIO V. MANSILLA.

LA CULTURA GERMANICA SEGUN NIETZSCHE

Yo soy vuestro admirador entusiasta, Hert Gehrardt Hauptmann, y vuestro traductor. He traducido *El cochero Henschel*, esa obra maestra de realismo dramático; tengo en el taller vuestro admirable drama *La asunción de la niña Annelle*. No soy, pues, sospechoso de hostilidad hacia vos; os rindo el homenaje que merecen vuestro talento, vuestra fecundidad llena de brío y vuestro alto conocimiento de las realidades del mundo moderno...

Sois a la vez realista y fanfarrista; espiritualista y conecador de la vida actual; tenéis un sentido pleno de la poesía de la vida cotidiana, tal como lo manifestáis en *El cochero Henschel*; sentís intensamente las angustias de los trabajadores, de los que luchan por un bienestar superior, como lo reveláis en *Los Tejedores*; habéis creado dos magníficos poemas de ensueño en *La campana sumergida* y en *Almas solitarias*. Desde el ensueño místico de *La asunción de Annelle Mattern* hasta el crudo realismo de *El cochero Henschel* hay una gama de valores literarios que os colocan a la altura de los mayores dramaturgos de Europa. ¡Salud, pues, Gehrardt Meister!...

Solamente yo quiero contestaros humildemente, modestamente, suavemente, como un escritor español puede contestar a un gran escritor alemán, a ciertas afirmaciones contenidas en un bellísimo artículo que habéis publicado hace algunos días en el *Berliner Tageblatt*.

Yo he leído ese artículo con verdadero placer, pues era una voz sensata la que surgía contra las exageraciones francófilas o, mejor dicho, germanófilas, que hacían responsable a la Alemania entera de los desmanes de la "casta militar prusiana". Espero desde luego que me será tenido en cuenta este dato cuando se haga la liquidación total de germanófilos y francófilos. Vuestra voz, Herr Hauptmann, era más serena, sensata y pura que la voz irritada de Max Harden, contestando sin eufemismos, a las finas insinuaciones de Romain Rolland — ¡el gran escritor francés tan amante de Alemania! — que deseaban ser bárbaros y como bárbaros comportarse, y que cuando hubiesen puesto el tacón prusiano en Toulon, Antibes y Marseille, — *œgri somnia*, por lo demás, como usted habrá ido viendo, señor Hauptmann, — entonces discutirían sobre la barbarie...

No; yo no pienso que Alemania sea bárbara, y cuando los franceses, para usar ese apelativo, acuden a una evocación histórica — llanuras de Chalons y batalla de los hunos — desde luego cometen a sabiendas una omisión de la Alemania actual, estudiosa, culta y trabajadora... Pero desearía recordaros, a vos y a Mr. Du Bois-Reymond, ilustre profesor de Fisiología de la Universidad de Berlín, cuyos flagrantés apellidos franceses le delatan, que quiere poner la Universidad al servicio de la Patria. (*Die Universität im Dienste des Vaterlandes*, como dice

en su artículo del *Berliner Tageblatt*, 4 de Septiembre) cómo han juzgado de la cultura alemana vuestros grandes espíritus... Por las glorias ruéyonse las memorias, dicen en mi tierra natal; y no es extraño que con el humo de la pólvora y los trofeos de la guerra hayais olvidado un poco, aun siendo tan robustos de memoria, lo que de vuestra cultura han dicho los grandes espíritus de Alemania...

Decís en vuestro bello alegato en pro de Germania que sois "viejos de cultura". Y a eso sería temeridad que os contestara yo, humilde escritor español. Os ha de contestar el más teutón de los escritores alemanes, Goethe, quien dijo en una de sus conversaciones con Eckermann:

"Nosotros, los alemanes, somos de ayer. Ciertamente nuestro trabajo civilizador ha sido bastante intenso desde hace cien años, pero pasarán aún dos o tres siglos antes de que haya penetrado en nuestros compatriotas bastante espíritu y civilización superior, para que se pueda decir de ellos que están separados de la barbarie por un lapso de tiempo considerable..."

¿Y qué pensaba Nietzsche de vuestra cultura? El gran Nietzsche era un admirador entusiasta de Francia. Por odio al germanismo acabó detestando a Wagner, no a causa de su música (que admiró siempre) sino a causa de las ideas filosóficas de que Wagner estaba imbuido. La idea de la renovación del mundo por el germanismo, sobre todo por el germanismo wagneriano, no debió seducir a Nietzsche. Por eso se comprende mal que admirase tanto al Conde de Gobineau, un francés germanófilo, que tiene idólatras en Alemania (hasta el punto de que se ha fundado una sociedad Gobineau, *Gobineau-Vereinigung*, para estudiar las ideas del filósofo casi desconocido en su patria) y cuyo libro-primerdial — *Essai sur l'inégalité des races humaines* — se hacía leer por su hermana en las soirées de invierno, en Basilea, cuando vivieron allí juntos de 1875 a 1878.

"Yo tengo lectores en todas partes; — escribía al fin de su vida — los tengo en Viena, en Copenhague, en Estokolmo, en París y en San Petersburgo; no los tengo en el país más mediocre de Europa, en Alemania". Cuando publicó su *Ecce Homo*, ponía en antecedentes a su editor sobre el número de ejemplares. "Soy de vuestra opinión que para la tirada de *Ecce Homo* no pasemos de los mil ejemplares. En Alemania el número de 1.000, para una obra de estilo elevado, parecerá acaso un poco arriesgado. En Francia cuento muy seriamente con 40.000 a 80.000 ejemplares". (*Ecce Homo*, traducción francesa de Bloert, Introducción, p. 8.)

"Yo no creo más que en la civilización francesa — decía, enérgicamente, en otro pasaje — y todo lo demás que se llama en Europa cultura me parece un 'malentendu' para no decir nada de la civilización alemana". Los raras

casos de alta cultura que yo he encontrado en Alemania eran todos de origen francés; así y sobre todo era el caso de Cósima Wagner, la voz más autorizada en materias de gusto que yo he oído jamás... No veo en qué siglo de la historia se podría reunir, con una buena redada, psicólogos tan curiosos y al mismo tiempo tan delicados como en el París actual: nombro al azar — porque su número es considerable — a MM. Paul Bourget, Pierre Loti, Gyp, Meilhac, Anatole France, Jules Lemaitre, y para distinguir otro, de los de la fuerte raza, un verdadero latino que yo amo muy particularmente, Guy de Maupassant. Prefiero — dicho sea entre nosotros — esta generación a sus maestros que han sido corrompidos por la filosofía alemana. Donde quiera que entra Alemania, corrompe la cultura. Sólo después de la guerra, el espíritu ha sido libertado en Francia". (Ecce Homo 3, p. 52 y 53; Edición del Mercure de France, París, 1909).

En los versos que van al final de Ecce Homo, que son verdaderos sollozos y gritos ahogados de un delirium tremens intelectual, agri somnia, leemos imprecaciones tan "germánicas" como estas:

"¡Oh, pueblo de los mejores Tartufos,
seguramente yo te soy fiel!"
Apenas dicho esto, en el buque más rápido,
bogó hacia Cosmópolis...
Todos los jorobados se inclinan más,
todos los cristianos hacen oficio de judío,
los franceses se tornan más profundos,
los alemanes cada día más necios...

Alemanes, estos anglo-sejones,
gentes de juicio mediocre,
¿nos dan la filosofía?
Darwin al lado de Goethe,
es un crimen de lesa majestad.
¡Majestatem genti!...

¿Y cuando habla de la historia escrita por alemanes, siendo como es, al parecer, la historia la creación de la Alemania moderna que la ha vivificado? Así como Schopenhauer decía de la filosofía de Fichte, Schelling y Hegel que era la filosofía confabulada con la religión del Estado, así como el viejo cascarrabias de Francfort protestaba de esa filosofía de cátedra que defendía la autocracia del Kaiser como el desideratum de todo verdadero filósofo... para trabajar en paz; otro tanto dice Nietzsche de los historiadores. Ningún latino se atrevería a firmar estas palabras de Ecce Homo...

"Pero aquí nada me impedirá ser brujal y decir a los alemanes algunas duras verdades: ¿Quién había de hacer otra cosa? Hablo de su impudicia en materia histórica. No sólo los historiadores alemanes han perdido por completo el golpe de vista amplio para el valor de la cultura, no sólo todos son muñecos de la política (o de la iglesia) sino que hasta llegan a proscribir ese golpe de vista amplio. Hay que ser, ante todo, alemán; hay que ser de la raza, sólo entonces se tiene derecho a decidir de todos los va-

lores y los no valores en materia histórica... Alemán: ese es un argumento. Alemania, Alemania sobre todo; ese es un principio; los germanos son el orden moral en la historia; con relación al Imperio romano son los depositarios de la libertad; con relación al siglo XVIII, los restauradores de la moral, del imperativo categórico... Hay una manera de escribir la historia conforme a la Alemania del Imperio; hay una manera de escribir la historia para la Corte, y M. de Treitschke no se avergüenza... Cuando oigo ciertas cosas, se acaba mi paciencia y siento ganas de decir a los alemanes todo lo que tienen ya en la conciencia; casi considero que es un deber decirselo. Los alemanes tienen sobre la conciencia todos los grandes crímenes contra la cultura de los cuatro últimos siglos". (Ecce Homo, 2, págs. 152 y 153; Edic. del Mercure de France).

Y por no ensafiarme (aunque me sobran aun textos) acabo recordando, Sr. Hauptmann, aquel párrafo de El crepúsculo de los ídolos. (Lo que los alemanes están en camino de perder, 7): "Aun en las universidades, aun entre los sabios en filosofía, propiamente dichos, la lógica, en cuanto teoría práctica y oficio, comienza a desaparecer". ¿Sería herirlos demasiado recordar que la hermana del gran filósofo, la señora Förster-Nietzsche, habló de "la grosera suficiencia" de los alemanes?...

Andrés GONZALEZ BLANCO.

FRASES DE RENAN

"Quiero dar a las almas enamoradas de lo bello y de lo perfecto mi ideal tal como yo lo entiendo; anhelo presentar, contrastando con la repulsiva sensualidad de nuestra juventud y el realismo de nuestros hombres primitivos, un tipo celeste, que atravesase la vida con los ojos puestos en el cielo".

* *

"La poesía más hermosa es la que no ha sido puesta en verso. El sentimiento real de dos corazones que no se han preocupado por manifestarlo. Al ser expresado, pierde".

* *

"Destruir los campanarios equivaldría a destruir una multitud de paisajes. ¿Qué serían nuestros pueblos y ciudades de casas uniformes sin este elegante ornamento? Lo pintoresco vale tanto como la moral, como la crítica".

* *

"¡Oh, armonía celeste del hombre! Mil voces diversas, ciencia, amor, filosofía, poesía, bello, bueno, verdadero, ideal, santo amor, cosas bellas que aspiran por todos sus poros la belleza, esparcida en el aire que respiramos. ¡Oh, Dios, ya te alcanza!"

* *

"Puede considerarse que la mujer debe conservar para siempre en la Humanidad el sentido estético, aún en el seno de la más horrible barbarie".

CHISMES DE LA ADUANA

Ante todo una salvedad: nosotros creemos que la Aduana es un organismo regresivo que está demás en un país civilizado. Los puertos deben ser libres.

No hay duda que se trata de la principal fuente de recursos con que cuenta el país; gravando, claro está, en un 100 o los artículos que el pueblo necesita.

Ya que el mal está hecho, se debería por lo menos disimular el daño. Pero no es así. Todos sabemos lo que es un empleado público. Es un hombre que el pueblo paga para que le atienda y que lo que menos piensa es atender al pueblo, multipliquemos por tres a este empleado y tendremos un aduanero.

Desde el administrador hasta el portero todos atienden al recurrente como de favor.

D. Bemigio Lupo desconoce el mecanismo aduanero y hace ensayos de reorganización, asesorado por empleados adulescentes, que no se animan a decir la verdad.

En estos ensayos la cabeza de turco es el comercio.

Cuanta innovación ha introducido en las prácticas aduaneras, el actual administrador, ha fracasado. Ocurre en estos casos lo mismo que en el de esos médicos que estudian sobre el paciente y concluyen por matarlo.

Los vistas de valor declarado, la reglamentación del acarreo, la tarjetita de turno, son innovaciones que fracasaron ruidosamente.

¡Curioso: el fisco hostiliza al comercio. ¡Estos burgueses ni entre ellos se perdonan!

Si el lector quiere conocer gente bien vestida y mal educada, vaya a la Aduana y converse con un vista cualquiera.

Hay excepciones, es cierto; pero no compensan la guaranguería de los restantes. Los empleados de despachantes, que son unos carneros, los vienen aguantando desde tiempo antiguo.

El representante máximo de lo que llevamos dicho es el vista Gustavo López.

Los vistas llegan al dique, a verificar, a la hora que más les conviene. El despachante tiene que esperarlo.

Si el vista llega tarde porque ha estado de charla en el café, empieza a gritar que hay que apurarse; si el despachante llega diez minutos después, pierde el despacho.

El administrador es un ente invisible. No se le puede ver sino al entrar o salir.

De su poca versación en asuntos aduaneros, nos da una idea los innumerables casos fallados en contra de la administración por la justicia federal.

Para tomarse un pequeño desquite el administrador la emprende con los empleados de despachantes. Ordena que se retiren los bancos, prohíbe el uso del ascensor en el descenso, establece vigilancia para que el pobre empleado no pueda detenerse en ningún lado.

Ahora, en la oficina del habilitado, donde se pagan los sueldos, no hay ni un vigilante y abundan los rateros.

En la Aduana de la capital no hay más que una oficina de sellos nacionales y un solo vendedor. Todos los días hay que formar en la fila, donde se pierden tres cuartos de hora para comprar los sellos necesarios.

Para terminar, una anécdota. El despachante de una de las casas más importantes de Buenos Aires, consulta al Jefe de Registros sobre un documento. El Jefe Castagnola, le dice: —Véalo a Gonzalito (que es el 2o. Jefe). Gonzalito interrogado, contesta: —Yo no se, che, véalo a Curti. (Curti es jefe parcial) Curti no recuerda nada del asunto y llama a Máximo. El negro jefe de ordenanzas se despacha de esta manera:

—¿Qué quiere? ¿Lo vió a Castagnola, a Gonzalito y a Curti? Entonces ¡que quiere! ¡Oh! que tanto fastidiar.

RENO MANTINI.

LOS POBRES

POR LEONIDAS BARLETTA

5º. VOLUMEN DE LOS NUEVOS

12 cuentos de la clase humilde ilustrados
con 12 grabados en madera de

JOSE ARATO

LOS POBRES — LA MALA GENTE — EL
TRABAJO DE LA VIEJA MILAGROS —
SOLEDAD — AMIGOS — EL SEPULTU-
RERO LOCO — LA MUERTE — RELEVO
DE MEDIA NOCHE — GRAMIYA — EVA-
DIDOS — DESDICHA — VIA CRUCIS

Un libro del propio corazón del pueblo

BIBLIOGRAFIA

LIBROS BUENOS Y LIBROS MALOS

Los Pesimistas, por Paul Armand

De Córdoba nos llega este bien impreso, aun cuando no bien corregido volumen de cuentos. El autor no ha aprendido bien su oficio. No es exacto en el adjetivo; no ve con justeza el paisaje e incurre en no pocos errores que nos confirman en nuestra opinión.

No siendo verídico en el diálogo le resta fuerza a la narración. Además no dispone bien el material literario que ha de emplear como ocurre en el primer cuento. Aquí nos presenta un vagabundo sino un poeta en desgracia, que habla un lenguaje almibarado.

—Soy tan infimo, tan pobre, tan esporádico... — dice en una de esas. Y como no puede dejar de suceder en un cuento tan falso, el vagabundo llega a adquirir fama y se enamora con la hija de su bienhechor.

Es un personaje curiosísimo este. Conoce a Kiplin, Stevenson, Elliot, Tackeray, Meredith, etc., y es hijo de un padre alcoholista que le llamaba con toda delicadeza: *arrapiezo*.

Sin embargo, hay en este largo cuento y en los siguientes buenas cualidades: el autor se deja arrebatar por el asunto que desarrolla, es simple en la enunciación de los problemas morales de sus personajes y tiene una rica imaginación, bien que libresca.

Este libro que comentamos no es bueno; pero puede serlo la obra futura del autor con buenas condiciones de cuertista.

De más está decir que esto lo conseguirá si hace del estudio el pan de cada día, si hace caso omiso de las adulaciones, desarraigando sus vanidades y poniendo los ojos en alturas no holladas todavía.

Quizás no le convenga ser tan variado en el asunto, como en el presente libro, en el que a un cuento desarrollado en provincias sigue otro de Francia y Norteamérica, para terminar en un relato de ambiente campero.

Extraiga, mejor, sus cuentos del ambiente observando con paciencia y profundidad y cúdese la manera de decir. Simplifique y enriquezca su lenguaje. No se haga eco de cierta terminología aparatosa y pase en limpio, dos, tres veces, lo que escribe. Al cabo del tiempo usted nos agradecerá si persiste, que hayamos afirmado que *Los pesimistas* es un libro malo.

"Nosotros", correspondiente al mes de febrero.

Notablemente mejorado este número de "Nosotros" trae como trabajo inicial un artículo titulado: *Un año de dictadura*, que es sumamente interesante.

El autor hace un análisis de la situación política española y señala cuáles fueron las causas, cuáles son los males del actual régimen.

En su "silueta del dictador", la manera anecdótica de tratarlo nos pone esta vez frente

al general tal cual es y nosotros lo ignorábamos aunque lo sospechásemos. Y también entramos a conocer algunos personajes brutales de esta época, como el general Martínez Anido que fué gobernador civil de Barcelona y su provincia y que tiene un pasado gravado por los crímenes más espantosos.

Se trata, en fin, de un trabajo bien informado, con todo el valor de un documento.

"Algunas reflexiones sobre el arte moderno", de Antonio Aíta y "Nuevo derrotero para la preceptiva literaria", de José María Mouner Saus, son dos estudios que interesan a la nueva generación de escritores, si es que todavía se le concede alguna importancia a la retórica y a las cuestiones que le atañen.

También leímos un hermoso artículo breve titulado "La vida transitoria", de Jaime Torres Bodet.

Un ensayo titulado "Alrededor de Spengler", de Juan Rómulo Fernández, algunas poesías de mariquitas, otras originales y extrañas del mejicano Enrique González Rojo, y el material de información bibliográfica, notas, comentarios, etc., constituyen un excelente volumen de doscientas setenta y seis páginas.

Música sentimental — Silbidos de un vago — Por Eugenio Cambaceres.

La editorial Minerva ha reeditado la novela cuyo título nos sirve de epígrafe. A Eugenio Cambaceres se le puede leer sin ambages. Es un autor entretenido, original y fuerte. Claro está que de 1870 a la fecha la novela ha dado más de un paso; pero no es menos cierto que algunos pretendidos escritores de novelas realistas de los de primera fila están muy por debajo del autor de estas antiguas y aun actuales páginas.

Su prosa es brusca y desaliñada; pero tiene cierta felicidad en el empleo de algunas llanezas que dan la idea de un trabajo varonil, sobrio y en cierto modo autobiográfico.

En veces humorista, en veces dramático, siempre sencillo y simple en la narración hace que su prosa se lea con todo gusto. No puede decirse lo mismo del estudio del doctor Arturo Giménez Pastor, que es una pieza aburrida, mal dispuesta y escrita con una suficiencia que no tiene razón de ser, ya que en nuestro ambiente literario no se le reconoce al doctor Giménez Pastor la autoridad necesaria para juzgar sin empacho y con visos de juicio definitivo, tal como lo hace.

El lector en muchos casos dejará de leer la obra después de llegar al cansancio con el citado estudio que ocupa la friolera de 25 carillas en cuerpo 6. Obra más beneficiosa hubiera hecho prestándose a corregir las pruebas, ya que la nueva edición del libro ha visto la luz plagada de errores.

BIBLIOTECA CIENTIFICA

Volumen II. *Impotencia y esterilidad sexual*, por el doctor Carlos Lacassen; vol. III y IV. *La concepción sexual de los jóvenes*, por el doctor Mayoux; vol. VI. *El amor y el espíritu sexual*, por el doctor Augusto Forel y *El delito de besar*, por el doctor José Ingenieros; vol. VII. *Psicología del amor conyugal*, por el doctor Venette; vol. VIII. *Higiene del matrimonio*, por el doctor Roch y *Etica sexual*, por el doctor A. Forel; vol. IX. *El arte de tener hijos*, por el doctor L. Sosiac; volumen XI. *Enfermedades sexuales*, por el doctor Doniel Sánchez de Rivera y Moset; vol. XII. *Historia de la cultura sexual*, por el doctor Lázaro Sirlin; vol. XIII. *El amor fecundo*, por el doctor Juan Escalante Escandón; vol. XIV. *La prostitución*, por los doctores Alba y Jiménez; vol. XV. *La mujer y el niño*, por el prof. Escipión Sighole; vol. XVI. *La Ciencia*, por Camilo Flammarion; vol. XVII. *La radiotelefonía vulgarizada*, por J. J. Escanciano; vol. XVIII. *Higiene sexual del soltero y la soltera*, por el doctor T. de R. Climent; vol. XIX. *¿Es contagiosa la tuberculosis?*, por el doctor L. D. Romero y *¿Estoy sano o enfermo?*, por Luis Kubne; vol. XX. *La vida sexual*, por el doctor Dapuy; vol. XXI. *Semillas de oro*, por J. Krishnamasti; vol. XXII. *Historia de la vida sexual del hombre y del matrimonio*, por el doctor Augusto For-1; vol. XXIII. *Fenómenos sexuales*, por el doctor V. Suárez Casañ; vol. XXIV. *El matrimonio, el divorcio y el adulterio*, por el doctor F. A. Vargar Marty.

Cada volumen: 0.20 centavos

LOS POETAS

Volumenes 1, 2, 3 y 4, agotados; vol. 5. *Antología de versos para niños*, selección de Gustavo Bricio; vol. 6. *Poesías completas*, de José Asunción Silva; vol. 7. *Triunfos nuevos*, de Alberto Ghirardo; vol. 8. *Serenidad*, de Amado Nervo; vol. 9. *Nuevas Rimas*, de Josué Carducci; vol. 10. *Las fuentes del camino*, de José de Matrana; vol. 11. *Poemas Pástumos*, de Juan Pedro Calou; vol. 12. *Viaje Sentimental*, por Francisco Villares; vol. 13. *La Buena Canción*, por Paul Verlaine; vol. 14. *Las Luces de Oro*, por Julio Herrera y Reissig; vol. 15. *Canciones y Poemas*, por Mario Bravo; vol. 16. *Los ojos de los fantasmas*, por Emilio Carrere; vol. 17. *Poesías completas*, por Jorge Isaac; vol. 18. *Pástumá*, por Stechetti; vol. 19. *Poesías selectas*, por Almafuerte; vol. 20. *Nuevas Castellanas*, por P. M. Gabriel y Galán; vol. 21. *Misa de Requiem y otras poesías*, de Alfredo R. Bufano; vol. 22. *Poesías Completas*, de Edgard Allan Poe; vol. 23. *Las Flores del Mal*, de Carlos Baudelaire.

Cada volumen: 0.20 centavos

CLASICOS DEL AMOR

Volumen I. *Florilegio del amor*, (lo que han dicho sobre el amor los más grandes espíritus de la humanidad); vol. II. *Arte de Amar*, de Ovidio; vol. III. *Cómo aman las mujeres*, Max Nordau; vol. IV. *La cúpula*, (novela de amor), por Salvador Rueda; vol. VI. *Y así pasó el amor*, por Iván Turguenef; vol. VII. *Corte de amor*, por R. del Valle Inclán.

Cada volumen: 0.30 centavos

Libros y publicaciones diversas

Barietta, Leonidas, *Canciones Agrarias*..... 1.—
 " " *Los Fiebles trágicos*..... 1.—
 Castelnuovo Elías, *Tuichlas*..... 1.—
 " " *Malditos*..... 1.—
 Fernández Espiro, Dgo., *Poesías completas* 1.—
 Fabbri Luis, *Diadema y revolución*..... 2.—
 Fischer, Max y Alex, *Cuentos de Francia* 1.—
 Frutos Carlos, *Náufragos de la vida*..... 1.—
 Justo Juan B., *Socialismo*..... 1.—
 Olivari Nicolás, *La amada infiel*..... 0.50
 Roeker Rodolfo, *Artistas y Rebeldes*..... 1.80
 Rolland Romain, *Vida de Mahatma Gandhi* 1.00
 " " *Vida de Tolstov*..... 1.—
 " " *Vida de Miguel Angel*..... 1.—
 Stachina Lorenzo, *Desapreciados*..... 0.50
 " " *Bramas*..... 0.50
 Tagore Rabindranath, *Pájaros perdidos*... 0.30
 Uenal José María, *Los Poemas Gaudíbricos* 1.00
 Yunque Alvaro, *Verseos de la calle*..... 1.00
 Von Grubber Dr. Max, *La higiene en la vida sexual*..... 0.30
 Borghi Armando, *La Italia tra due Crispi* 1.50
 Vidal Georges, *Hau Egher (l'homme et l'amore)*..... 0.50
 Makatista E., *Au café*..... 1.—

Todos los pedidos se remiten franco de porte.
 Dirija la correspondencia a: *Editorial Claridad*.

Casilla de Correo 736, Buenos Aires.

